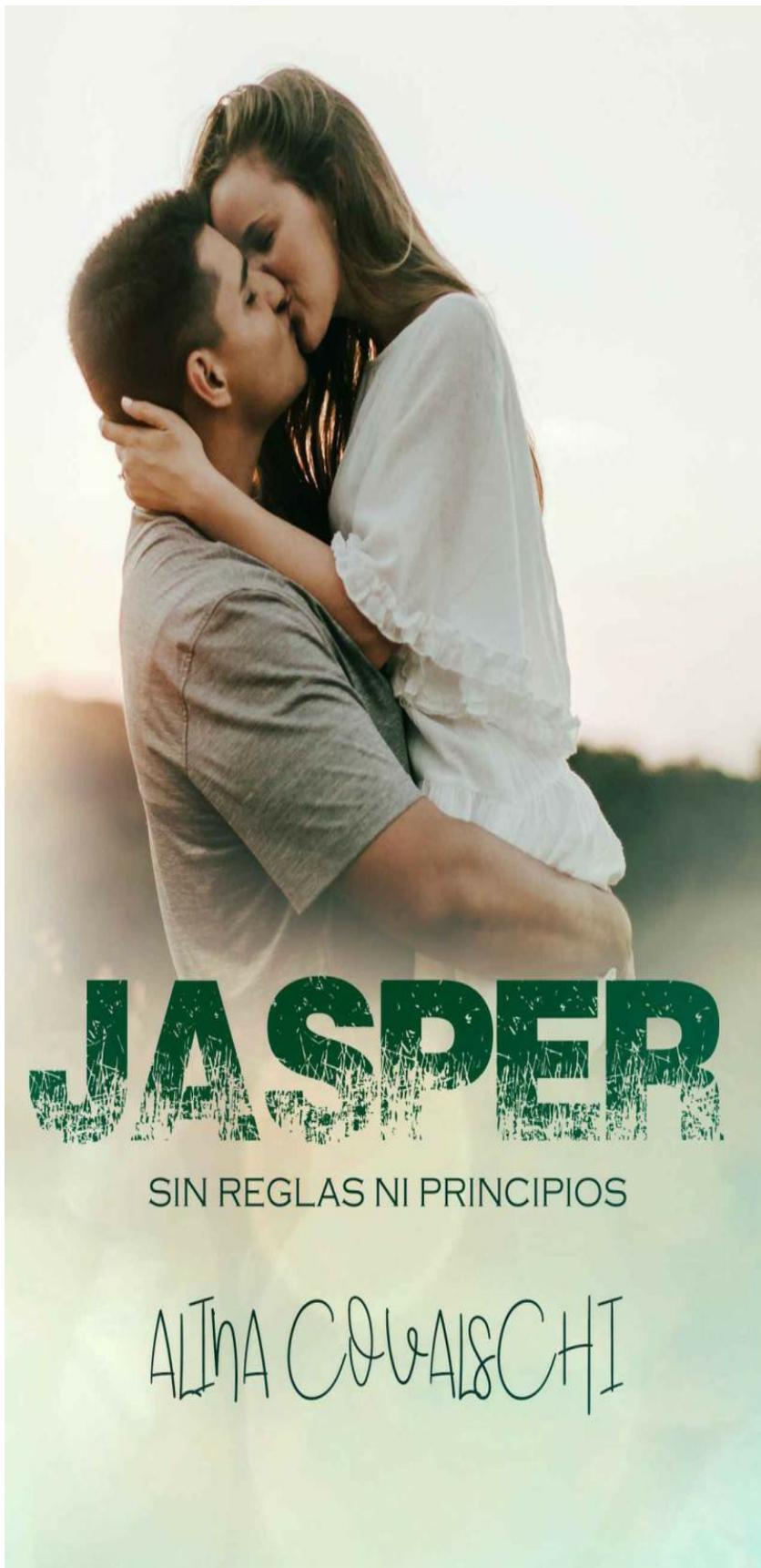




JASPER

SIN REGLAS NI PRINCIPIOS

ALINA COWALSCHI



JASPER

SIN REGLAS NI PRINCIPIOS

ALINA COWALSKI

JASPER

SIN REGLAS NI PRINCIPIOS



ALINA COVALSCHI

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constructiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: JASPER

Autora: Alina Covalschi

Primera edición: Marzo 2019

Photo by [SARAH X SHAR P on Unsplash](#)

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

 Capítulo 24

 Capítulo 25

 Epílogo

Sobre el autor

 Agradecimientos

Empezaron siendo amigos sin saber que
acabarían enamorándose

PREÁMBULO

A fuego lento se derriten los corazones helados. A fuego lento se queman los recuerdos fríos. A fuego lento se enciende la pasión.

Jasper y Sarah están enamorados desde que eran niños.

Todo va perfecto en sus vidas hasta que un oscuro secreto los separa. Él luchará por su amor pero el corazón de ella sigue atado a su pasado.

Y esa no será la única lucha que emprenderán. Las peleas entre las diferentes bandas siguen activas y éstas, unidas a un nuevo clan formado por dos despampanantes chicas que se hacen llamar Las Bandidas, serán la fuente principal de conflicto.

No puede cambiar el pasado pero Jasper estará dispuesto a arreglar su futuro.

¿Conseguirá conquistar de nuevo a Sarah? ¿Descubrirá su más profundo secreto?

CAPÍTULO 1

Jasper

La brisa cálida agitaba mi cabello a la vez que me deslumbraba la repentina claridad que se abría paso tras las nubes que inundaban el cielo. Muy a mi pesar, tuve que cerrar los ojos y esperar a que mi vista se acostumbrara al cambio. A mi alrededor, las personas circulaban produciendo los ruidos propios de una muchedumbre en movimiento, pude imaginarme cómo unos se dirigían con apuro al trabajo, divisé en mi mente como otros llegaban tarde a llevar a sus niños al colegio o como algunos paseaban a sus perros con ganas de volver a casa. Todo se reducía a eso, prisa y rutina.

Sin embargo, y a pesar de todas las distracciones que me rodeaban, yo solo podía fijar mi vista en un punto concreto. Ahí estaba la casa de Sarah, como si el tiempo nunca hubiese pasado.

Lo que se encerraba entre aquellas paredes eran recuerdos demasiado dolorosos que emanaban a mi mente montones de secretos guardados. Era como verla de nuevo jugando en el porche, como ver una vez más ese maravilloso brillo en sus ojos mientras me seguía a todos lados cuando éramos críos. Todavía recordaba con detalle la primera vez que la había visto. No tendríamos más de seis o siete años y, sin embargo, desde el principio me cautivó. No sabría decir si fue su alegría, su inocencia o incluso esa fragilidad que mostraba en ciertas ocasiones.

Quizá fue el conjunto de todo eso lo que consiguió fascinarme. Aunque también debería añadir que, a medida que pasaban los años, su belleza y encantos iban a más. Y antes de tener la edad de fijarme y apreciar todo eso, ya era consciente de que la quería.

Fuimos novios en la escuela. Si cerraba los ojos, aún podía verla sentada esperándome en el patio del colegio. Sus pies no alcanzaban el suelo y se

balanceaban en un compás enternecedor.

Estudiábamos juntos todas las tardes en su casa. La misma que estaba mirando en ese momento después de quince años.

¿Cuándo dejó de ser mi novia? No recordaba el momento exacto, lo que sí recordaba era el motivo de la ruptura. Después de cumplir los dieciséis años, comenzó a distanciarse. Pasé de compartir todo con ella, a verla de lejos en el instituto a la hora del recreo.

Sarah ya no era la misma, notaba algo diferente en ella, algo que no me agradaba. Su sonrisa, aquella que transmitía tanta alegría y paz, había sido reemplazada por una mueca forzada que lo único que dejaba ver era tristeza. Era común verla sola en el patio y con el rostro bañado en lágrimas, pero cada intento de acercamiento por mi parte, resultaba fallido.

¿Podría un amor infantil durar una eternidad? Estaba seguro de que sí. A los veinticinco años seguía sintiendo cosas por ella, quizá aún más que cuando éramos niños.

Llamé al timbre y di un paso hacia atrás. Estaba nervioso, incapaz de ordenar mis pensamientos. La última vez que había visto a Sarah, estaba grabada a fuego en mi mente desde hacía ya dos años. Ella me había dejado claro que no quería tener nada conmigo.

—*¿Podemos hablar un momento?*

—*Que sea rápido. Los demás están a punto de llegar y quiero recibirlos con una sonrisa* —contestó, manteniendo su actitud desafiante.

Armado de valor, di un paso hacia delante, y cuando estuve justo frente a ella, endurecí mi tono de voz.

—*¿A qué te refieres?* —pregunté, haciendo una breve pausa, buscando las palabras adecuadas—. *No voy a causarte ningún disgusto, si eso es lo que piensas.*

Ella se mostró un poco intimidada ante mi cambio de actitud.

—*El hecho de que estés aquí, ya es una molestia* —murmuró, borrando todo rastro de intimidación.

—Sarah... No sé qué ha pasado, pero nunca te haría daño. Lo sabes, ¿verdad?

Ella frunció el ceño por un momento y cambió su tono de voz.

—Es mejor que me olvides.

Mi corazón dio un vuelco. Aquello me tomó desprevenido, mucho más al darme cuenta de que ella hablaba en serio. Verla de esa forma, provocó en mí una extraña sensación.

—No, me niego a hacerlo. —Tomé su rostro entre mis manos—. Te quiero, siempre lo he hecho. Mi corazón es tuyo, Sarah.

—No digas eso. Yo no siento lo mismo por ti. Busca a una chica que te quiera de verdad.

—Sarah...

—Olvidame.

Nuestras conversaciones eran siempre así. Yo intentaba entenderla y averiguar que le había pasado, y ella me hablaba con frialdad y se alejaba cada vez más. Colin había mencionado un secreto doloroso, pero nada más. A pesar de todo, ella era la única dueña de mi corazón.

Cuando entré a la universidad, me centré solo en los estudios. Allí conocí a chicas muy atractivas que llegaron a pasar por mi cama, incluso alguna consiguió que la acompañara al cine o a cenar, pero ninguna me importó tanto como para olvidar a Sarah. Realmente hice esfuerzos por olvidarla y enamorarme de nuevo, pero todos fueron en vano.

Yo creía en el amor pero solo si era correspondido y sabía que Sarah sentía lo mismo por mí, por eso había decidido esperar y encontrar el motivo por el que ella se empeñaba en mantenerse alejada de mí. Le ofrecí mi amistad porque era la única forma de estar a su lado.

Cuando la policía se llevó a Damien, Colin y yo volvimos a nuestros hogares. La alegría que sentí cuando vi a mis padres de nuevo, no tenía límites y el abrazo que recibí de mi hermana pequeña, Amelie, fue divino. El momento fue tan intenso que lloré. Ellos eran mi refugio, las personas que más

quería en este mundo.

La puerta se abrió y alcé la mirada. Los ojos verdes y penetrantes de Colin se clavaron en los míos. Sin ningún disimulo y con gran brusquedad, me agarró del brazo izquierdo y tiró de mí.

—Me alegro de que hayas venido. Tenemos que hablar —dijo en voz baja—. Estoy en problemas y puede que tú también. Pero ni una sola palabra a Austin, él se lo cuenta todo a Kate y no quiero estar en el punto de mira de la policía estatal.

—¿De qué diablos estás hablando? ¿Qué hiciste? Estoy harto de salvarte el culo.

—Yo no hice nada. —pronunció con el mismo disimulo que había demostrado hacía un momento—. Luego te lo explico. Recuerda que hoy es el cumpleaños de mi hermana y no quiero que nos note nada, tiene que ser un día especial.

CAPÍTULO 2

Jasper

Entré detrás de Colin, distraído en mis propios pensamientos, pero las voces procedentes del fondo de la sala, me devolvieron de nuevo a la realidad. Sarah no había cambiado nada en aquel lugar; la decoración era la misma, de color neutral y sencilla. Fue como volver a mi época de instituto en apenas segundos

Me acerqué a los ventanales y miré el piano que se erguía delante de mí, negro e imponente. Le había cogido mucho cariño a ese instrumento y no solo porque a Sarah le encantaba tocarlo, también porque había aprendido a sentir la magia de la música a través de él.

—Así no se hace. —Sarah soltó una risilla, divertida por mi ignorancia frente a aquel instrumento—. Tienes que estirar más los dedos.

Ella agarró mi mano derecha y la colocó encima de su palma abierta. Ese toque atravesó mi brazo como una corriente eléctrica.

Su mirada se detuvo en mi rostro, y me vi obligado a reprimir las ganas de besarla. Tenía tan solo quince años, pero sabía con certeza que estaba enamorado de ella.

—Entiendo. —Mi voz sonó suave—. Pero así no se hace.

Ella frunció ligeramente el ceño y preguntó en voz baja:

—¿Cómo que no? He tomado clases de piano...

—Estoy hablando de esto. —Apreté su mano y la llevé a mi boca. Coloqué sus dedos encima de mis labios y los moví despacio de un lado a otro—. También se puede tocar el corazón... Con pasión; ternura y amor, como haces con las teclas de ese piano.

—Jasper —susurró a modo de protesta. Una protesta débil y tan frágil

que estaba a punto de romperse.

—Si me enseñas a tocar el piano, yo te enseñaré a tocar los sentimientos con tus propias manos.

Me sentía tonto y un poco nervioso. Ver el piano y recordar aquellos momentos, hicieron que dejase de ser el dueño de mis actos durante unos minutos. Tras varias clases, llegué a aprenderme de memoria una preciosa melodía. Después de cada una de sus lecciones, tocaba para ella mientras expresaba con palabras todo lo que sentía.

—Hola, Jasper. Has llegado tarde.

Me sacudí ante la voz que se acababa de inmiscuir en mi mente. Ya no me acordaba de Austin y Kate. Hacía un par de horas que había recibido un mensaje suyo para decirme que llegaban antes y que ya le habían dado el regalo Sarah.

Habíamos decidido comprarle algo juntos, la última vez había metido la pata hasta el fondo.

Kate me ayudó a elegirlo, desde que lo vimos en la joyería supimos que sería el detalle perfecto. Le compré una cadena de plata muy fina y delicada, que terminaba con un colgante en forma de nota musical. No era ni lo más caro ni lo más exclusivo, pero sabía que para ella tendría el mismo significado que para mí. El error había sido perderlo en un tonto descuido y llegar al cumpleaños sin nada para ella. Sabía que nada arreglaría aquello pero, no obstante, le había comprado un pequeño detalle por mi cuenta que tenía planeado entregar antes de irme.

—Ya, te aseguro que tuve una buena razón. —Torcí un poco los labios.

La verdad era que no quería ir a esa casa. No tenía las fuerzas necesarias para recordar el pasado, lo que un día Sarah y yo fuimos. Me dolía mucho ver su indiferencia hacia mí.

—Cuéntame, soy todo oídos. Necesito una distracción, tío. Kate me está volviendo loco. —Rodó los ojos, exagerando.

—¿Habéis discutido otra vez?

—Sí y no. Bueno, lo de siempre...

—Hola, Jasper. —Kate se acercó y me dio dos besos—. Sarah está un poco nerviosa —susurró en mi oído.

—Yo también —reconocí con voz temblorosa.

—Voy a poner un poco de música —dijo Colin—. Aún falta gente por llegar y nos hará la espera más amena.

—¿A quién has invitado? Sabes que mi cumpleaños lo celebro solo en familia.

La voz aguda de Sarah me sobresaltó, casi llenando mis ojos de lágrimas.

Estaba pálida y su cabello era un desastre de rizos rubios. Se mordió la comisura del labio, gesto que la hacía parecer aún más joven, más dulce.

Ese pensamiento retorció mis entrañas. Ella no había cambiado, pero no podía decir lo mismo de mí. Y podría decir que ya no era mi tipo. Últimamente solo me fijaba en chicas atrevidas, en las que no se molestaban en hacer preguntas y las que sabían como volverme loco.

—Hola, Sarah —dije en voz baja.

Ella saludó pero parecía igual de incómoda. Noté que estaba mirando el sofá y mis ojos viajaron hasta allí. En aquel lugar nos habíamos dado el primer beso. Lo recordaba bien porque fue el primero y el último. No me atreví a besar a nadie más. Sabía que no tenía sentido, pero no quería manchar ese bonito recuerdo. Fue bastante torpe, pero suficiente como para darme cuenta de que me había hechizado.

—¿Cómo estás? —preguntó cortés.

—Estoy bien. —Mi tono fue más frío de lo que quería que fuera, pero había pasado tanto tiempo con los chicos, que los viejos hábitos eran ya difíciles de romper. Usaba mi frialdad como una armadura.

—Me alegro.

Ella dio un paso hacia atrás con timidez. Era tan bonita y tan delicada que me sentí fatal por tratarla con tanto desinterés.

—Invité a Travis, el amigo de Chase—murmuró Colin, respondiendo a la

pregunta de su hermana.

—Él no es familia. —Sarah puso mala cara—. No lo quiero ver por aquí. Solo se mete en problemas y además es una mala influencia para ti.

Colin gruñó, aunque no pude descifrar lo que dijo, sabía que había maldecido.

—No puedes juzgarlo sin conocerlo.

Ella hizo una mueca, lo que tuve que admitir que era lindo. Siempre lo hacía cuando se peleaba con su hermano.

—Y no quiero hacerlo. Sabes que no me gusta que sigas con la banda.

—¿Y qué quieres que haga con mi tiempo libre? ¿Leer libros y llorar como lo haces tú?

—No... —Ella se mordió los labios y retrocedió—. Yo no lloro.

—Lo que tú digas.

Colin dio la vuelta y se acercó al equipo de música.

—Chicos... —Austin dio un paso hacia delante—. Os tengo que contar algo, y creo que he metido la pata.

—¡Habla de una puta vez! —bramó Colin—. Empiezo a cabrearme.

—Esa boca —gruñó Sarah.

—Invité a Freya... —dijo Austin.

Los ojos de Colin se agrandaron y apretó la mandíbula. Cerró la distancia que los separaba y lo miró a los ojos.

—¿Por qué demonios lo hiciste? Te dije que no quiero volver a verla.

—Ella es como de la familia y... Bueno, pensé que a Sarah le haría ilusión verla. Viene con su novio.

—¿Que mierda me estás contando? —Estaba seguro de que la voz de Colin fue escuchada a un kilómetro a la redonda—. ¿Qué novio? ¿Ese rubio que lleva un piercing en la ceja?

—Ese mismo.

—¡Joder! Yo me voy de aquí.

—Si sales de esta casa, dejaré de hablar contigo —graznó Sarah y lo

agarró por el brazo—. Eres mi única familia, bueno... Austin también. Por favor, hazlo por mí.

—Sarah, me pides lo imposible. —Él cerró los ojos con fuerza—. Me duele verla, demasiado...

—Te entiendo, más de lo que te imaginas.

Las palabras de Sarah me conmovieron. Tan pronto como encontré sus ojos, mi ansiedad incrementó. Había algo funesto en la forma en la que me devolvía la mirada. Su expresión siempre revelaba mucho y podías saber lo que se escondía tras ella. Sin embargo, en ese momento, no había nada. Era extraño verla así, tan vacía.

Me di cuenta de que estaba mirándola fijamente y cerré los ojos. Me rasqué la cabeza e hice un esfuerzo para calmarme. Necesitaba despejar mi cabeza con urgencia y manejar la situación como siempre lo hacía.

Colin miró el suelo con las manos metidas en los bolsillos. Nos quedamos ahí los tres, incómodos y ausentes, cada uno pensando en lo suyo, hasta que el timbre de la puerta sonó.

—Ya voy —dijo Sarah con voz cansada.

CAPÍTULO 3

Sarah

Dos años... Dos años y tres meses para ser más exactos. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Jasper y yo coincidimos. Lo extrañaba, quería llamarlo solo para escuchar su voz una vez más, para imaginármelo cerca de mí pero nunca me atreví. Yo lo había alejado, yo era la única culpable de mi sufrimiento. Y tenía una buena razón.

Extrañaba la complicidad que un día tuvimos y me dolía haberlo perdido. Sabía que él creía que había jugado con sus sentimientos, pero no era así. Aunque si era cierto que le estaba haciendo mucho daño y yo era consciente de ello. Por lo que Colin me iba contando, sabía que Jasper había dejado de estudiar y que su comportamiento cada vez iba a peor. No podía evitar culparme por ello, al igual que no podía evitar desahogarme al final del día. Cuando ya estaba sola en mi cuarto y no había nadie alrededor, dejaba que las lágrimas retenidas durante todo el día salieran al exterior. Y lloraba, lloraba hasta quedarme dormida. A pesar de mi sufrimiento, si algo me animaba a seguir separada de Jasper, era que sabía que estaba haciendo lo mejor para él. No podíamos estar juntos, cada uno debía seguir su camino.

El día que encerraron a Damien y me vi libre para hacer lo que quisiera, volví a casa de mis padres. Fue la decisión más precipitada que pude tomar, allí todo me recordaba a él, a ese niño que entraba a escondidas por mi ventana por las noches porque sabía que lloraba la muerte de mis padres, al chico formal que me ayudaba con los deberes y al atractivo adolescente que sostenía mi mano cuando íbamos al colegio para reclamarme como su novia.

Durante varios años, mis abuelos se hicieron cargo de nosotros. Pero el tiempo no pasa en vano y ambos se hicieron mayores. No nos quedó más remedio que buscar una solución para seguir pagando las facturas.

Colin encontró trabajo enseguida en un taller y comenzó a formarse como mecánico. Allí conoció a Hermes, el cabecilla de una banda de moteros. Y yo, terminé mis estudios y empecé las prácticas en el hospital como enfermera.

Abrí la puerta y Freya se me tiró encima, dejando mis recuerdos en un rincón oscuro de mi mente. Me abrazó tan fuerte que me costaba respirar.

—Amiga, te he echado tanto de menos —susurró.

—Me... Ahogas...

—Lo siento. —Se apartó y se mordió los labios.

Esa chiquilla se había convertido en toda una señorita. Su cabello multicolor le llegaba a la cintura y sus ojos salvajes brillaban de una forma tan extraña que no podía decidir si querían ser verdes, dorados o azules. Era demasiado adorable para perder el tiempo con un chico como Hans. Él era guapo, pero parecía la copia perfecta de mi hermano, solo que era más tonto y más torpe en todo. Hacía prácticas en el hospital donde yo estaba trabajando y sabía de buena mano que se pasaba el tiempo alardeando y diciendo a todos los que quisieran oírle, que a su novia le gustaban los chicos malos. Por eso él hacía todo lo posible para parecerse a uno. En eso tenía razón, pero no podía estar de acuerdo con su intento de imitar a mi hermano. Se compró una moto y se perforó la ceja, incluso se hizo un par de tatuajes. No entendía cómo Freya estaba tan ciega como para no ver las idioteces que cometía Hans con el único fin de impresionarla.

—¿Y tu novio? —pregunté en voz baja.

—Está aparcando la moto o admirando las otras. La verdad es que no lo sé y tampoco me importa.

—Entiendo...

—¿Está Colin? —Se puso de puntillas y miró por encima de mi hombro.

—Sí, pero se quiere ir —suspiré.

—Es por mí, ¿verdad? —Tragó saliva y me miró—. No entiendo porque no quiere verme. Hice todo lo que él me pidió. Seguí con mis estudios, hice amistades... Incluso tengo novio.

—Colin quiere que lo olvides, Freya. Está empeñado en que eres demasiado buena para él.

—Yo no quiero olvidarlo. Yo lo quiero...

—Hola Sarah —saludó Hans y agarró posesivamente a Freya por la cintura—. Te hemos comprado un regalo pero como vinimos en la moto, tuvimos que dejarlo en casa. Te lo llevo mañana al trabajo.

Puse los ojos en blanco y los dejé pasar. Ni siquiera me molesté en contestarle. Ese chico no me acababa de caer bien, algo dentro de mí me decía que no era lo que decía ser.

Busqué con la mirada a mi hermano. Sabía que era doloroso para él ver a Freya, y entendía porqué quería mantenerse alejado de ella. Colin estaba acostumbrado a vivir una vida inestable, con constantes giros y llena de emociones fuertes. Tenía un lado oscuro difícil de controlar, ni siquiera yo podía hacerlo. Le gustaban las peleas, las borracheras y las fiestas sin control.

—Hola a todos —dijo Freya mientras se acercaba directamente a Kate. Se dieron un abrazo y se fueron a la cocina.

Era lo mejor. La expresión de mi hermano hablaba por él. No quería sorpresas y tampoco un ambiente tenso durante mi cumpleaños.

Hans saludó a Austin y a Jasper, luego estiró la mano para hacer lo mismo con mi hermano, pero él se dio la vuelta y abandonó el salón dando grandes zancadas.

—Iré a hablar con él —avisó Austin mientras lo seguía.

—Siéntate en el sofá, Hans —dije caminando hacia la cocina, así no tendría que mirar a Jasper—. Traeré un par de cervezas.

—Genial, gracias.

Empujé la puerta y vi a Freya llorando desconsolada. El maquillaje y las lágrimas habían hecho estragos en su hermosa cara.

—Freya, ¿qué pasa? —Me acerqué y rodeé su cintura con mi brazo. Ella se dio la vuelta y me abrazó con fuerza.

Kate nos estaba mirando sin decir nada, estaba igual de sorprendida que

yo. No pude evitar asombrarme al saber que ella desconocía lo que estaba pasando, ya que Freya vivía con ella y con Austin.

—Soy una tonta, mi vida... —Freya sollozó y cogió aire para poder seguir hablando—. Mi vida no tiene sentido. Mi padre está encarcelado y Colin me odia.

—Nos tienes a nosotros —dijo Kate—. Sabes que te queremos mucho.

—Lo sé, pero... Yo... Colin...

—Mi hermano es un idiota —murmuré mientras intentaba secar sus lágrimas y arreglar el maquillaje corrido—. Pero no te odia.

—Ni siquiera me miró cuando entré —murmuró con voz ronca—. No me dijo ni un triste hola.

—Deberías olvidarlo, no tiene sentido esperar. Eres joven, hermosa y con un futuro brillante por delante.

Las cejas de Freya se levantaron sugestivamente.

—¿Tú podrías olvidar a Jasper?

Su pregunta hizo que mi corazón se retorciera. No quería tener esa conversación porque no quería admitir que estaba enamorada de Jasper, que me dolía el alma porque no podíamos estar juntos.

Le respondí con rapidez antes de que pudiera dejar que la duda se estableciera.

—No es lo mismo, Freya —dije con voz trémula.

Tragué el nudo que se había formado en mi garganta.

—Sí que lo es. No confundas el amor con la amistad. ¿Cuando estás a solas con Jasper, hay atracción física? ¿Hay deseo? ¿Quieres besarlo? ¿Piensas solo en él? ¿Lo comparas con otros chicos?

—Para, por favor. —Ella estaba divagando tan rápido que apenas podía seguir su conversación.

Freya tenía razón, y más que eso, yo en realidad estaba de acuerdo con ella. Todo lo que había dicho era verdad.

—¡Chicas! ¿Qué hacéis?

La voz intrusa de Chase me sobresaltó.

Freya se secó las lágrimas y forzó una sonrisa para disimular.

—Felicidades. —Él se acercó y me dio dos besos largos en cada mejilla. Luego tomó mi rostro en sus manos grandes y callosas y me miró con detenimiento—. Estás triste... —susurró.

—Estoy bien.

—Y una mierda, Sarah —levantó el tono de voz—. Tú nunca estás bien.

—Te equivocas —dije con tono mordaz.

Cuando vi a Chase por primera vez pensé que me había tocado a la lotería. Aparte de ser muy apuesto, era también muy comprensivo.

Él era mi mejor amigo, y pasaba más tiempo con él que con mi hermano. Chase sabía que estaba enamorada de Jasper y también sabía porque no quería estar con él. Mi secreto estaba a salvo.

—Te conozco bien, no me mientas.

—No quiero hablar ahora. Tengo que animar este cumpleaños.

Miré de reojo a Freya y le dediqué una sonrisa de compasión.

Chase alzó las cejas hacia ella como si fuera un misterio insólito. Se dio cuenta de que Freya había llorado porque de un solo movimiento brusco la envolvió en sus brazos. Él era muy protector y cariñoso con nosotras. Me contó que sus dos hermanas mellizas dejaron de hablarle cuando había entrado en prisión. Se avergonzaban de él.

Chase había cometido el error de confiar en su mejor amigo. No sabía que lo había utilizado hasta que la policía se presentó en su casa para detenerlo por tráfico de drogas. Encontraron debajo de su cama doscientos gramos de cocaína y un kilogramo de marihuana.

—Odio ver a mis chicas tristes. Patearía el culo a esos dos gilipollas si no fueran mis amigos. —Su voz tenía un tono urgente, casi furioso.

—Estamos bien, deja de preocuparte por nosotras —murmuró Freya—. Valeria me dijo que no quieres hablar con ella. Tú también tienes problemas.

Sus ojos verdes parpadearon lentamente e inclinó su cabeza hacia un lado

mientras la examinaba con atención por un instante.

—Valeria es un desastre, un volcán en erupción... —Escuché un temblor en su voz—. Solo quiere una aventura.

—Yo creo que te quiere. Cuando estamos a solas, solo me pregunta por ti. Ese beso que os habéis dado es el tema principal de nuestras conversaciones.

Los labios de Chase se torcieron y ese hoyuelo que tanto adoraba, se profundizó en su mejilla.

—No deberías contarme eso. Ella es tu mejor amiga.

—Y tú como un hermano para mí. Mi padre está en prisión, pero gracias a ti y a mis amigos no me siento sola.

La dulce voz de Freya se filtró sobre nosotros. Se había quedado sola cuando detuvieron a su padre, pero Kate y Austin se hicieron cargo de ella y de sus estudios. No había ido a ver a su padre, y tampoco hablaba de él, pero sabía que en cierto modo lo echaba de menos. Damien era un delincuente pero a su manera, quería a Freya.

—El marido de Valeria tiene dinero y le proporciona una estabilidad. Yo soy... —Chase tragó saliva—. Soy un ex convicto. Nadie quiere contratarme y me rechazan la entrada a otros países. A ella le gusta viajar...

—Chase... —Kate dio un paso hacia adelante y lo agarró por el brazo. Lo miró durante unos largos segundos y luego esbozó una sonrisa—. Voy a conseguirte ese permiso de trabajo y la libertad condicional para viajar — declaró, levantando su mentón con convicción—. Solo necesito un poco de tiempo. Alguien me debe un favor.

—No quiero poner en el punto de mira tu integridad como detective, Kate. No quiero causarte problemas.

—Eres uno más de la familia, así que mi deber es ayudarte. —Le dio un codazo en las costillas vivamente.

—Gracias.

La tomó en sus brazos y giró con ella alrededor de la mesa.

Estaba rodeada de amigos y de cariño, pero faltaba algo. Y ese vacío

tenía un nombre: el amor. Me sentía sola, triste y débil, y me daba miedo encariñarme con otra persona que no fuera Jasper. Lo extrañaba, pero sabía que él no me echaba de menos. Mis compañeras de trabajo me contaron que lo habían visto con Ángela varias veces.

No estaba rogando por su amor y no estaba buscando su atención. Sin embargo, quería tener la oportunidad de ser algo más que su amiga. No podía dejar de imaginarme cómo sería besarlo, confesarle lo que sentía por él y ser una pareja. Echaba de menos sus abrazos, sus consejos y tenerlo cerca. Simplemente... Tenerlo.

Era difícil olvidarlo porque era imposible sacarlo de mi corazón.

CAPÍTULO 4

Jasper

Dejé la botella vacía encima de la mesa y traté de sonreír. Austin me contaba lo ilusionado que estaba por la boda. Kate quería una ceremonia pequeña, tan solo invitarían a sus amigos. Como lugar para el enlace, habían elegido el viejo granero que él había comprado después de su vuelta de Afganistán.

—Me alegro, no olvides que tenemos una despedida de soltero pendiente. ¿Kate está de acuerdo?

—La verdad es que aún no le he dicho nada. —Miró a Colin, que estaba parado detrás de mí.

—Tendrás que hacerlo. Hemos contratado a *Las Bandidas* —dijo Colin—. Esas moteras saben subir la temperatura, además... Son muy calientes.

—¿Q... Qué? —Austin lo agarró por el brazo con brusquedad y lo miró con recelo—. No quiero problemas con Kate. Esas dos chicas tienen un largo historial de delitos. ¿Por qué no contrataste a unas strippers normales y corrientes?

—¿Quieres decirme que no te pone ver a una chica desnuda encima de una moto? —dijo Colin, esperando la respuesta con intriga.

—¡Tengo a Kate, joder! Encima de mi harley es jodidamente caliente.

—No lo dudo primo, pero nosotros queremos pasarlo en grande.

Él y Travis chocaron los puños. Esos dos juntos, eran la definición perfecta de la palabra problema. Sarah tenía razón cuando dijo que Travis era una mala influencia para su hermano. Hacía ya un mes que la policía estatal se había visto obligada a intervenir para calmar una fuerte discusión entre Colin y un miembro de los Skulls. Circulaban rumores de que iban a soltar a Roy y Travis empezó a lanzar amenazas. Nadie querría que ese loco saliera de la

cárcel, pero tampoco era prudente empezar otra guerra entre bandas.

—Conmigo no contéis —dije con tono cansado—. No quiero meterme en líos.

—Oh, no. Tú te vienes. Que te hayas tirado a Ángela, no significa que no puedas verla desnuda.

—¿Quieres callarte? —gruñí, apenas alzando la vista.

—Ah, mi hermana no lo sabe.

La risa de Colin silbó en mis oídos. *Las bandidas*, era la única banda de chicas moteras que había en Texas. ¿Por qué nadie se metía con ellas? Porque las dos eran dos ex convictas. Pero no había ninguna duda de que eran malditamente atractivas; rubias con piernas largas y un buen par de pechos.

Ángela y Stephanie, enloquecían a los hombres con sus espectáculos. De hecho, a mí también. Hacía ya unos meses que había acudido a una fiesta, más bien a una desbandada porque todos estaban borrachos y colocados. Ángela y Stephanie bailaban en el escenario desnudas alrededor de sus motocicletas.

Llevaba mucho tiempo sin tener sexo, de hecho unas cuantas semanas, y ese espectáculo había sido un maldito volcán de sensaciones para mi cuerpo.

—¿Qué me he perdido?

Sarah entró en el salón y el mundo alrededor de mí se desvaneció. Sus ojos encontraron a los míos, y una sombra oscura cayó sobre sus rasgos. Me recorrió con la mirada lentamente, desde arriba hasta abajo, y ese suave movimiento me estremeció, como si estuviera grabando mi imagen en su cabeza.

Llevaba puesto un vestido blanco veraniego con un escote amplio que se ajustaba a su pequeño cuerpo como un guante. Sus rizos rubios descansaban encima de sus hombros desnudos y apreté los puños. El deseo de pasar mis dedos por su pelo, jugar con él y enredarlo entre mis dedos, arañaba mis entrañas con furia. Sentía que me estaba sofocando en el breve espacio del salón porque olía a ella, a ese perfume artesanal que compraba en la tienda de mis padres. De hecho, toda mi casa estaba empapada con aromas parecidos.

Mi madre había aprendido de su abuela a hacer jabones, velas perfumadas y colonias. El negocio familiar se había convertido en uno bastante conocido y próspero.

—Nada interesante, hermana. Cosas de hombres —le contestó Colin con sus ojos llenos de ternura y sin rastro del enfado que acababa de escenificar. Se pasó una mano por la mandíbula con incipiente barba áspera y luego se ajustó el cuello de su camisa vaquera.

Sarah apartó toda la emoción de su rostro y dijo con frialdad.

—En mi casa, no. Quiero un cumpleaños tranquilo, con baile y juegos de mesa. —Su respiración pareció quedarse pegada a su garganta.

—Deberíamos jugar a verdad o reto. Estoy seguro de que todos querrán participar. La última vez nos reímos bastante —dije en un tono que resultó poco audible. Normalmente hablaba bastante alto, pero en ese momento estaba muy nervioso.

La cabeza de Sarah se volvió hacia mí y, aunque sonrió, había poca calidez en ella. Una emoción se movió a través de su cara, pero no estaba seguro de sus pensamientos. Estuve a punto de preguntarla por qué se veía asustada y al mismo tiempo un poco triste, pero luego entraron Freya y Kate, seguidas por Chase.

Mientras entraban en el salón, una expresión indescifrable atravesó los ojos azules de Colin. La presencia de Freya lo afectaba bastante; se podría decir que estaba en la misma situación que yo.

—¿Por qué estáis tan callados? —Chase frunció el ceño—. ¿Esto es una fiesta o qué?

—Vamos a jugar a verdad o reto —pronunció Sarah con firmeza—. Cada uno que se busque un sitio en el suelo.

Ella señaló la alfombra de colores y no pude evitar mirar su escote. Sentí escozor en las manos; quería tocarla. Observé también la curva de su trasero femenino, que se ostentaba apetitoso en ese vestido blanco y se me antojó colocar la mano ahí y apretar. Ella era menuda, pero con cada cosa en su lugar.

—Es un juego de niños —se quejó el novio de Freya—. Yo no tengo secretos y ya he besado a mi novia.

Colin levantó una ceja, perspicaz y torció los labios en señal de disgusto. No me gustaría estar en su lugar, con un novio de Sarah restregándose en la cara que él la había besado.

—Puedes irte si tanto te aburres. —Colin liberó un suspiro de exasperación—. Nadie te invitó...

—Sarah es mi compañera de trabajo y donde va Freya, yo también voy.

Hans golpeó su pecho con el puño y gruñó. Era algo torpe en sus intentos de ser un chico malo.

—Tranquilos. —Austin cruzó sus brazos y los miró—. No quiero peleas aquí. Si tenéis algo que resolver, lo hacéis fuera.

Hans dio un bufido y se sentó en el suelo, al lado de Freya. Pasó un brazo alrededor de su cintura y la atrajo hacia él.

Austin y Colin intercambiaron miradas. Los dos estaban molestos, los conocía demasiado bien. No había sido una buena idea juntar a tantas personas que no se llevaban bien.

—Sentaos en el suelo, voy a formular la primera pregunta —hablé con voz firme.

Nadie dijo nada. Se sentaron en el suelo, al lado de Freya y Hans, formando un círculo. Austin al lado de Kate y Colin al lado de Chase y Travis. El único lugar que había quedado libre era al lado de Sarah. No me quedó otra que sentarme allí.

Ella giró la cabeza y levantó una ceja, expectante. Pero para mi alivio, no dijo nada.

Mantuve mis emociones lo más tranquilas que me fue posible. Sarah era hermosa, era jodidamente hermosa. Puede que no cumpliera con los estándares de los demás, pero no me importaban las normas. Ella era bonita por la forma en la que pensaba y por los principios que tenía. Era preciosa porque siempre se preocupaba por los demás y porque tenía la capacidad de sonreír en los

momentos más difíciles.

—Jasper, si no sabes qué preguntar lo haré yo —dijo Kate con un guiño—. Tengo muchas ganas.

—Está bien. Las damas primero.

Ella aplaudió como una niña pequeña y esbozó una sonrisa traviesa. Se giró hacia Austin y le echó los brazos al cuello.

—¿Verdad o reto? —susurró.

Él se tocó los labios con el dedo índice y entrecerró los ojos.

—Reto.

Kate puso un puchero que consistió en juntar los labios y parpadear con rapidez.

—Bueno... Tienes que tomarte la cerveza en menos de tres segundos.

—Está llena. —Austin se apartó un poco y levantó la botella en el aire—. Empieza a contar, cariño. Ah, y tendrás que llevar la moto.

—¡Uh, no! —chilló—. Pensaré en otro reto.

—No puedes cambiarlo, Kate —dijo Chase—. Tampoco se pueden cambiar las preguntas.

Austin llevó la botella a sus labios y Kate empezó a contar, desanimada.

Miré de reojo a Sarah y le estudié el perfil con atención, pero aparté la mirada cuando ella se giró a mirarme.

—Ahora me toca a mí. —Austin eructó y dejó la botella vacía en el suelo. Entrecerró los ojos y nos miró con atención—. ¿Con cuántas personas te has acostado, Hans?

El novio de Freya casi se ahogó con la cerveza cuando escuchó la pregunta.

—¿Tengo que contestar? —dijo en pro de fingir que no tenía ni idea de lo que trataba el juego—. La verdad... No me acuerdo. No tengo una lista. ¿Tú lo sabes?

—¡Contesta a la maldita pregunta! —Colin dejó la botella de cerveza en el suelo, haciendo ruido.

Puse los ojos en blanco. Nada fluía con normalidad, todo se desmoronaba a mi alrededor. Podría ser porque todos teníamos secretos guardados bajo llave, secretos dolorosos y traumas no afrontados, y que sabíamos que ponerlas en voz alta se convertirían en trampas explosivas.

—Algo te pasa conmigo, ¿verdad? —Hans dejó su cerveza delante de sus pies y se remangó la camisa.

Me preguntaba si tenía cojones de enfrentarse a Colin o sólo quería enseñar sus horripilantes tatuajes.

—Pasa que eres un idiota.

Colin se puso de pie y dio una patada a la botella, haciéndola aterrizar en las botas de Hans y el poco líquido que había dentro mojó sus pantalones.

—¡Maldita sea! No pienso aguantar este circo. ¿Nos vamos, mi amor? — Hans se puso de pie y estiró una mano.

—Es el cumpleaños de mi amiga, lo siento. —Freya negó con la cabeza. Sus labios apretados indicaban que estaba enfadada con él.

—Como quieras. —Bajó la mano y retrocedió—. No esperes que venga a recogerte.

—Tranquilo, yo la llevaré a su casa. —La voz de Colin se tornó seria. Lo miró con fiereza y apretó los puños.

—Si... Si la tocas...

—¿Qué? —Colin dio un paso hacia delante—. ¿Intentas amenazarme? Tienes cojones, chaval.

Sus ojos azules eran gélidos y su rostro duro como una piedra.

—Me voy de aquí, estáis todos locos —dijo Hans irritado—. ¿Me das un beso, amor?

—Aquí no —protestó Freya. Sus mejillas se ruborizaron y metió la barbilla contra el pecho. Ella estaba claramente incómoda.

—Está bien, tú te lo pierdes.

Hans dio la vuelta y abandonó el salón, murmurando y maldiciendo en voz baja. Los chicos silbaron y abuchearon, pero las chicas no dijeron nada.

—Alguien se ha quedado sin novio —dijo Chase riendo—. Ya era hora.

—¿Por qué lo hiciste? —Freya se puso de pie y golpeó el pecho de Colin con el dedo—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Qué quieres conseguir? ¿Verme llorar? No me quedan lágrimas.

—Pequeña...

—No me vengas con *pequeña*. Ya no lo soy, por si no te diste cuenta.

—¡Maldita sea! ¿Os queréis tranquilizar? —Sarah chilló y se tapó los oídos—. Estáis estropeado mi cumpleaños.

—Lo siento, hermana. —Colin se arrodilló delante de ella y la abrazó. Hablaba con la respiración entrecortada, llena de ansiedad—. Perdóname.

El ambiente estaba tenso, ya nadie sonreía.

Austin y Kate hablaban en voz baja, Freya masticaba un chicle con la boca abierta haciendo un ruido repugnante, Chase miraba su móvil y Travis bebía de su cerveza como si hubiera estado dos días en el desierto sin agua.

—Vamos a seguir con el juego —dije y señalé a Chase—. Te toca preguntar.

—Está bien —murmuró y se volvió hacia Travis—. ¿Verdad o reto?

—Verdad... Puedo manejarlo, *baby*.

—Si pudieras tener sexo con un famosa, ¿quién sería?

La boca de Travis se curvó en una sonrisa.

—Sin duda Megan Fox. Esa tía es caliente... Tiene un buen culo y una boca sensual...

—Ella no lo haría contigo, tenlo por seguro —bromeó Colin.

—Soñar es gratis, tío.

—No quiero saber tus fantasías. —Colin hizo una mueca.

—Y yo tampoco las tuyas. —Travis miró de reojo a Freya y carraspeó—. Bueno... Me toca. Prepárate guapura.

Ella parpadeó un par de veces y se reclinó contra la pared.

—Dispara...

—¿Verdad o reto? —Él le sostuvo la mirada.

—Reto, los secretos me los guardo... Pueden volverse en mi contra — contestó ella con lentitud, midiendo sus palabras.

Capté un tímido suspiro, proveniente del pecho de Freya y apenas me resistí a decir: “Tienes razón”. A veces me preguntaba quién era yo en realidad y si era feliz. Me sentía impotente porque no era capaz de mirar a Sarah a los ojos, de abrazarla y tratarla como una amiga.

—Tienes que besar a Colin durante un minuto y que sea con lengua.

Tragué saliva con dificultad y exhalé. Travis había soltado la bomba justo cuando pensaba que las cosas no podían volverse más extrañas.

—No tienes que hacerlo —dijo Colin volviéndose hacia Freya—. ¡Joder!

—Quiero hacerlo —Ella lo desafió. Escupió el chicle en su mano derecha y alzó la barbilla—. ¿Tienes miedo?

—¡No! —exclamó él con la cara roja de ira—. Solo es un estúpido beso. Colin se encogió de hombros, pero había tensión en el movimiento.

—Para ti... —Ella se mordió los labios y dio un paso hacia delante—. Este sería nuestro primer beso. No quiero tener un mal recuerdo. Bésame tú.

Hubo una pausa momentánea mientras que él asimilaba lo que estaba pasando. Luego su expresión se endureció poco a poco.

—¡Freya! —gritó—. ¿Te estás oyendo? Tienes novio y...

—¡Eres un idiota! —vociferó ella—. Te odio.

Dio la vuelta y salió corriendo.

—Quedaos aquí —dijo Chase—. Iré a ver como está y luego la llevaré a casa. ¿Estás contento, Travis?

—¿Yo qué hice? —preguntó él con un fruncimiento de cejas y lo miró en completa confusión.

—Estropeaste mi cumpleaños. —Sarah se puso de pie y lo miró mal—. No sé qué haces aquí todavía.

—Vale, me voy. No debería haber venido. Estas fiestas no me van.

—Espera —dijo Colin y lo agarró por el brazo—. No hace falta que te vayas pero mantén la boca cerrada.

—Está bien...

—Yo tengo hambre. —Kate se puso de pie y se acercó a la mesa—. Voy a sacar los aperitivos.

—Me parece buena idea. Yo te ayudo, cariño.

Ella y Austin se fueron a la cocina.

Me arrastré por la habitación y recogí las botellas vacías del suelo. El ruido me sobresaltó, y miré de reojo a Sarah. Ella había permanecido el silencio, pero sus ojos estaban fijos en mí. Viendo todo lo que hacía, analizando cada uno de mis movimientos. La intensidad de su mirada, curiosa y a la vez triste, envió un escalofrío por todo mi cuerpo.

—Vamos a fumar, ¿vienes? —preguntó Colin.

—No... Estoy intentando dejarlo —contesté en voz baja. Dejé las botellas encima de la mesa y me preparé para afrontar la inevitable situación que se aproximaba. Iba a quedarme solo con Sarah, en la mismo lugar donde nos habíamos besado por primera vez.

CAPÍTULO 5

Jasper

Me pasé una mano por la parte de atrás de mi cuello y dejé escapar un suspiro.

—Estos idiotas pueden ser muy cansinos a veces. —Hice un gesto hacia la terraza.

—Lo sé, pero prefiero tenerlos cerca. Es la única manera de controlar a mi hermano.

Ella metió la mano dentro del cubo con hielo que había encima de la mesa y agarró una botella de cerveza. La abrió y me la dio.

De inmediato la llevé a mis labios y tomé un sorbo. La cerveza era refrescante después de unas horas tan largas y tensas.

—Te ves bien —dije con voz ronca—. ¿Cuánto tiempo ha pasado ya, dos años?

—Dos años y tres meses. —Su voz sonó segura, pero no pude dejar de notar el rubor que se arrastró hasta el cuello y que coloreó sus mejillas.

Estuve tentado de sonreír, pero no lo hice, no quería incomodarla. Sabía perfectamente que habían pasado dos años y tres meses, yo también había contado los días. Mi decisión de estar lejos de ella, había convertido mi vida en un infierno. Pero también era culpa suya, ella me había dejado claro que nunca íbamos a estar juntos de nuevo.

—Cuéntame que hiciste —dije—. Has vuelto aquí, la casa sigue igual...

—Nada importante. —Se mordió el labio como si no estuviera segura de sí misma, y miró a todas partes menos al punto concreto en el que yo me encontraba—. Hecho de menos a mis padres y a mis abuelos. Supongo que necesitaba reconectar con el pasado y con los buenos recuerdos.

—¿Estoy en ellos? —Tomé otro sorbo de mi cerveza y corté lo que me

estaba reprimiendo—. ¿Recordaste algo de lo nuestro?

—Jasper... —Su voz era una súplica.

—¿Es un sí? —Dejé la botella encima de la mesa y me acerqué a ella—. Contéstame. —Respiré contra su pelo. Su corazón golpeaba jodidamente fuerte y pude ver su pulso zumbando contra su cuello.

—No puedo.

Levanté su barbilla y no pude dejar de notar como sus ojos se detenían en mis labios. Su debilidad en aquel momento era palpable. Quería abrazarla, estrecharla contra mí para aliviarla y hacerla saber que todo iba a estar bien. Mi corazón estuvo a punto de romperse, mis sentimientos hacia ella se retorcieron en mis entrañas y sacaban a flote mis instintos más protectores.

—¿No puedes o no quieres?

Sus ojos se cerraron al oír mi voz. Se quedó pensativa, seguramente dándose cuenta de todo lo que mis palabras implicaban. Las ganas de besarla aparecieron de forma salvaje por un par de segundos, para después dejar paso como siempre, a la cobardía.

—No tiene sentido recordar lo nuestro. —Su voz sonaba apagada, pero clara. Quería que la dejara tranquila.

—¿Me odias? —pregunté con seriedad—. ¿Sabes?... Nunca supe por qué rompiste conmigo, por qué dejaste de hablarme. Ya somos mayores, puedes contármelo. Estoy seguro de que podré asimilarlo.

—No es el momento. —Me miró molesta.

Todo aquello me descontroló y perdí la paciencia y los modales. Sentía que una vez más perdía la oportunidad de escuchar su versión.

Le cerré el paso cuando ella quiso evitarme, obligándola a dar pasos hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la pared.

—Déjame pasar, alguien puede vernos.

Sus ojos se encontraron con los míos y se veían llenos de recelo.

—¿Crees que me importa?

—¡No, a ti no te importa nada! No te has molestado en todo este tiempo

en llamarme, o preguntarle a Colin si estoy bien. Podría haber muerto y...

—Me importas, maldita sea —le dije con demasiada seriedad, casi como si fuera un regaño—. Es... Es tu culpa. Tú no querías verme más. ¿Por qué? —Golpeé la pared con el puño—. ¿Por qué?

Estaba molesto, harto de sus secretos.

—Me asustas, tú no eres así —dijo con la respiración entrecortada—. Has cambiado...

—Te equivocas, sigo siendo el mismo chico que estaba loco por ti. Solo que no eres capaz de verlo.

—¿Loco por mí? ¿Por eso te dejas ver con otras por ahí?

—Sarah. —Mi voz se convirtió en una súplica, solo que no sabía para qué. Se suponía que debía de ser fuerte e indiferente.

—¿Interrumpo algo? —preguntó Kate en voz baja. Dejó encima de la mesa dos platos con aperitivos y puso los brazos en jarra.

—No... —Retrocedí dos pasos. Me maldije a mí mismo porque estuve a dos segundos de arrastrar a Sarah fuera, al estilo del hombre de las cavernas para obligarla a decirme lo que estaba ocultando. Mis hombros se hundieron, nuestra relación estaba tan dañada que no había posibilidad de sanarla—. Voy a salir un momento. Aquí no soy bienvenido...

Sarah abrió la boca para discutir, pero la determinación en mis ojos debió convencerla porque se apartó y caminó hacia la mesa.



Al atardecer, los chicos y yo nos pusimos a hacer la barbacoa. Sarah había comprado filetes de ternera y champiñones, algo diferente y más saludable. Siempre comíamos hamburguesas, bacón y tocino en sus cumpleaños. Aunque el año pasado no estuve, no quería verla y reabrir las heridas que poco a poco habían sanado.

Durante un tiempo me sentí culpable y estuve enfadado conmigo mismo. Cuando Roy secuestró a las chicas para hacernos daño, estaba tan asustado que después del rescate me encerré en mi mundo y luego no vi la forma de salir. La impotencia que había sentido en ese momento, cuando vi que no había podido hacer nada para evitarlo, me hizo tocar fondo.

Lo peor de todo había sido la soledad. No había tenido a quién despedir con un beso por las noches y encontrarme solo entre las sábanas noche tras noche, me había quebrado por completo. Hubo chicas que visitaron mi cama, pero al día siguiente se iban, nadie quería complicarse la vida con un hombre como yo; rebelde, rudo y tosco.

¿Dónde se había escondido el chico tímido, responsable y educado? Ni siquiera yo mismo lo sabía. Cada vez que me miraba en el espejo, me daba cuenta de que había desaparecido para siempre.

Pensé que lo había superado, por eso decidí acudir al cumpleaños de Sarah. No obstante, me di cuenta de que nunca la olvidaría.

Chase y Travis se habían ido para llevar a Freya a su casa. La pobre chica no había parado de llorar. Ella también vivía un amor imposible, y no la culpaba por haberle gritado a Colin y pedirle un beso. Cuando estás enamorado cometes un montón de locuras, te ilusionas y lo ves todo diferente.

El amor funcionaba bien y se sentía bien cuando ambas personas estaban dispuestas y emocionadas por dar y recibir. Pero en realidad, no importaba lo compatibles que pudieran llegar a ser dos personas, sino el momento de la vida que estuvieran atravesando.

Una vez estuve a punto de besar a Sarah, de presionarla para reconocer que me quería, pero luego me di cuenta de que había cometido un error y no la volví a llamar.

—*¿Qué haces aquí?* —preguntó Sarah mirándome desconcertada—. *¿Quién te dejó entrar?*

Ella se dio cuenta de que llevaba puesto un pijama de seda muy sexy y sugerente, e intentó cubrirse con las manos.

—Eh... Yo... —Miré sus piernas bronceadas y ese pequeño tatuaje que se había hecho en el tobillo cuando cumplió los dieciséis años. Era el símbolo del infinito y dos mariposas. Ella nunca me dijo que significado tenía para ella, pero escuché cuando le contaba a una de sus amigas que las mariposas éramos nosotros. La azul era yo, porque tenía los ojos azules y la marrón con naranja era ella porque sus ojos eran color miel. Y el infinito eran sus sentimientos hacia mí, intensos y profundos.

—¿Jasper?

—Lo siento —parpadeé y alcé la mirada—. Vengo a coger la chaqueta de tu hermano. Él me dio las llaves para entrar. No me dijo que estabas en casa.

—Pues cógela y vete.

—No.

—¿Qué?

—Digo que no ahora... Quieres que me quede, ¿verdad?

—No, no quiero.

—¿Me tienes miedo? —pregunté y me acerqué más a ella—. ¿Qué piensas que puede pasar?

—Jasper, ¿qué te pasa? Estoy... Yo... Mira, no tengo miedo... —balbuceó.

—Entonces, no te importará que te ponga a prueba, ¿verdad?

—¡Vete! —gritó y miró a su alrededor para tratar de escapar.

—Sabes lo que siento por ti, Sarah. Quiero verte más. —La atrapé contra la pared y sonreí—. Quiero una cita.

—No puedo, no podemos...

—Mientes —murmuré con la boca pegada a su oído—. Sientes lo mismo por mí.

—Nunca sabrás la verdad —dijo con voz trémula y se echó hacia atrás un poco. Se apartó el cabello de su hombro y tuve que esforzarme para mantener mi mirada fija en su rostro.

—Me estás torturando. Eres muy cruel conmigo.

—Solo digo la verdad.

—Si te abrazo supongo que no sentirías nada. —Ella negó con la cabeza—. ¿Y si te beso? ¿Temblarás de deseo? —Me incliné un poco hacia delante.

—No. —Descruzó sus brazos de su pecho y puso sus manos en las caderas. Traté realmente fuerte de ignorar la forma en que la nueva pose empujó sus pechos contra el material de seda de su pijama. Fallé. Quería besarla. Quería que me besara.

—Tienes que ser más convincente. —Mi voz no sonó como la mía. Parecía otro el que hablaba por mí.

—Te odio. —Sus ojos destellaron hacia mí mientras su voz continuaba elevándose—. Déjame tranquila.

—Si esto es lo que quieres. —Sacudí mi cabeza hacia ella y me alejé—. No volverás a verme.

—La carne se está quemando —gruñó Austin y arrancó la pinza de mis manos—. ¿En qué estabas pensando?

—En nada...

—En mi hermana —dijo Colin mirando hacia la terraza—. Y lo entiendo.

—Tanto dramatismo. ¿Por qué no hacéis algo al respecto? A mí me habéis intentado convencer para que hiciera mi vida con Kate y estamos bien, felices. Deberíais aplicaros el mismo consejo.

Ambos giramos la cara en dirección a la firme voz de Austin, pero sólo Colin se atrevió a contestarle.

—Es demasiado tarde. Freya tiene novio y además, no somos compatibles. Cada vez que intento hablar con ella, termina llorando. —Colin dio un trago a su cerveza y apretó los labios con fuerza—. No soy bueno para ella.

—Llora porque siempre la alejas. Ella te necesita y lo sabes. Prácticamente la abandonaste cuando encerraron a su padre. —Austin tomó un

plato y empezó a llenarlo con la carne asada.

—Sarah me odia... —susurré.

—Te equivocas. —Colin dio otro trago a su cerveza y torció los labios—. La mirada de mi hermana ahora mismo dice todo lo contrario. ¿Tenías que quitarte la camiseta?

—Hace calor... Espera, ¿qué mirada?

Levanté las cejas y crucé los brazos.

—No mires ahora. Se dará cuenta de que hablamos de ella. Mira tío, eres mi mejor amigo y me duele verte así. Has cambiado.

—Sarah dice lo mismo —le dije con ironía.

—Porque es verdad.

—Voy a llevar este plato a las chicas —dijo Austin y caminó en dirección a la casa.

—Por fin solos —murmuró Colin con un gruñido—. Respecto a mi hermana... Yo no soy el más adecuado para darte consejos. Mira lo mal que lo estoy haciendo con Freya, pero no deberías haber abandonado tan rápido.

—No puedo hacer nada. Ella me aleja constantemente. —Respiré profundamente. Una cantidad inmensurable de pensamientos y emociones se agolpaban en mi mente de forma contundente, dejándome más confuso de lo que ya estaba—. Me dijiste que ella esconde un secreto, cuéntamelo. Me estoy volviendo loco.

—No puedo, le prometí...

—¡Mierda, Colin! Estoy con las manos atadas. —Apreté mis dientes.

—Lo siento, tío. No puedo. —Él miró directamente a mis ojos y se encogió de hombros mientras levantaba las manos, a modo de disculpa.

—Tal vez debería dejar la banda e irme de aquí.

Me volví hacia la barbacoa y empecé a darle la vuelta a los champiñones, necesitando algo para mantenerme ocupado y distraerme del torrente de emociones que sentía. Eché un poco de sal por encima y miré hacia la terraza.

Justo en ese momento Sarah giró la cabeza. Nos miramos el uno al otro en silencio durante un largo rato y luego pasó la lengua por sus labios. Ese simple gesto hizo que mis tripas se tensaran. Necesitaba alejarme por completo de ella, y hacerlo antes de cometer alguna estupidez.

Me preguntaba porque la vida era así, tan cruel como para hacerme sentir tanto por alguien con quién no podía estar ni sentir nada. Sabía que no era perfecto, que ella me veía como un rebelde, pero la quería y eso era más importante que cualquier otra cosa.

Podría ofrecerle amor, ternura, compañía, risas. Tantas veces había intentado hacer que me escuchara y tantas veces ella se había comportado reticente conmigo, ignorándome.

Estaba muy jodido.

—Ni se te ocurra irte. Precisamente de esto quería hablar contigo. —
Crujió su cuello y dijo con rigidez: —Estamos en problemas.

—¿Qué demonios hiciste? —pregunté sin aliento.

—No fui yo, sino Travis.

—Déjame adivinar... Habéis cabreado a los *Skulls*. Si empiezas otra guerra, las cosas se pondrán feas. —Terminé lo que quedaba de mi cerveza y arrojé la lata al cubo de basura—. Austin y Kate no van a poder ayudarnos.

—Lo sé, por eso fui a ver a Damien.

—¿Estás loco? —Lo agarré por el brazo y apreté con fuerza.

—No grites, maldita sea. Llamas la atención.

—¿Por qué lo hiciste? —susurré—. Es justo lo que ese loco quiere; una oportunidad para contactar con el exterior.

Dejé escapar un suspiro frustrado y limpié el sudor de mi frente. Colin era mi mejor amigo, crecimos juntos y nos cubrimos las espaldas un montón de veces. Sabía que él haría lo mismo por mí, nuestra amistad había pasado pruebas realmente difíciles y nunca se había enfriado.

—Prefiero ver libre a Damien que a Roy. —Su voz era un susurro acuciante.

—No estás bien de la cabeza. ¿Olvidaste el infierno que pasaste por culpa de Damien? Es el padre de Freya, vale, pero nos amenazó de muerte.

—Ya hice un trato con él. —Encendió un cigarrillo y tomó una larga y profunda calada, sosteniendo el humo durante mucho tiempo, antes de soltarlo —. No me voy a retractar.

—No cuentes conmigo. Dejaré la banda...

—Eres mi mejor amigo, no puedes dejarme tirado. —Su rostro se endureció.

—No quiero más problemas. Tengo una familia —espeté.

—Y yo tengo a Sarah. Si Roy sale de la cárcel, estamos todos jodidos. — Sus ojos permanecieron centrados en los míos, inquebrantables.

—Tienes razón, pero...

—El trato no tiene nada que ver contigo. No tienes que preocuparte por esa mierda —gruñó.

—Cuéntamelo.

Él sujetó su cigarrillo y lo apartó de sus labios, exhalando.

—Lo único que puedo decirte es que Roy se quedaría para siempre encerrado.

—No me gusta esto. ¿Qué quiere Damien a cambio?

—Déjalo... El problema es que los *Skulls* sospechan algo. Escuché que quieren quemar el bar de Austin.

—No me jodas... Deberíamos contárselo a Kate.

Resopló y pisó su cigarrillo.

—No, no podemos hacerlo. Si involucramos a los policías, el trato que hice con Damien no tendría validez.

—Entonces, ¿para qué demonios me necesitas?

Me quedé quieto, con la pinza para la carne en la mano.

—Quiero quitarles el territorio y necesito que *Free Souls* vuelva a la vida para hacer justicia.

Traté de enterrar el impulso repentino de gritarle mientras miraba el

fuego de la barbacoa.

—Así que quieres parchear nuestras chaquetas con el nombre de Drasco —dijo con desdén—. Sabes que *Los Skulls* son peligrosos, ¿verdad? Tienen armas.

—Nosotros también. —Se encogió de hombros.

—¿De qué hablas?

—Chase y Vincent tienen en sus casas rifles y pistolas. Sabes que los ex militares nunca dejan atrás su pasión por las armas.

—Drasco siempre fue el territorio de los Skulls. —Dejé la pinza encima de la mesa de madera y me froté las sienes, tratando de ordenar en mi mente todo lo que Colin me estaba diciendo.

—Chase, Vincent y Travis están ahora mismo en la tienda de Gabe para encargarse de los parches.

Parpadeé sin creerlo.

—Gabe es hermano de uno de ellos. Si Austin se entera de todo esto...

—No me importa. Él ya está fuera —dijo con pesar.

No tenía sentido seguir discutiendo con él. Recordé que tenía hambre y me puse a terminar la barbacoa.

CAPÍTULO 6

Sarah

Después de cenar ocupamos todos los sillones que había en el salón, ya no cabía ni un alfiler. La música suave que sonaba de fondo ayudaba a que el ambiente estuviera relajado. Los chicos se encargaron de la barbacoa y de limpiar y recoger la terraza. No pude evitar controlar a Jasper todo el tiempo; cuando el no me veía, me daba el lujo de comerlo con la mirada, estaba tan sexy sin su camiseta... Fui bendecida con la visión de sus apretados abdominales en varias ocasiones y tuve tiempo de mirar con atención sus tatuajes. Poco quedaba del chico dulce que conocía, aquel chico tímido que me robó un beso y luego se disculpó como si hubiera cometido una infracción.

El nuevo Jasper era mucho más maduro y más atractivo; todo en él reflejaba dolor y oscuridad. Un hombre problemático, siempre al margen de la ley. Pero eso no me asustaba, era la copia idéntica de mi hermano y estaba acostumbrada a tratar con ese comportamiento.

Me preguntaba cuál podía haber sido el detonante de su cambio. Verlo después de tanto tiempo despertó en mí un deseo que no conocía. Siempre estuve enamorada de ese chico tímido y dulce, pero el nuevo Jasper me enloquecía. Deseaba sentir su tacto. Deseaba el roce de sus labios sobre los míos y que me besara de forma salvaje. Necesitaba un hombre que entendiera lo que necesitaba, en la cama y fuera de ella. Y Jasper era el único capaz de encajar en ese perfil.

Me hallaba tan perdida en mis pensamientos que cuando finalmente me concentré en mi entorno todos empezaron a reír.

—Entonces Colin tiene razón —dijo Austin riendo y mirándome fijamente—. Por las noches solo se escucha tu ronquido.

—No es verdad... Y ya que estamos sacando trapos sucios, ¿sabéis que

mi hermano tiene la costumbre de dormir desnudo? —Sonreí como una idiota atolondrada.

—¡Oye! —Colin se puso de pie de un salto—. Cuidado con lo que cuentas.

—Yo también duermo desnudo —dijo Jasper y entrelazó los dedos detrás de la cabeza, relajándose—. Me ayuda a conciliar el sueño... Y dicen que ayuda a ralentizar el proceso de envejecimiento.

Oh, Dios, imaginarlo desnudo en su cama era un pecado. No recordaba la última vez que había visto a un hombre sin ropa. El sexo no era algo que estuviese buscando. No era virgen, pero había aprendido bastante pronto que si me dejaba llevar por el deseo, los chicos pensaban mal de mí. Había salido con tres chicos mientras permanecí en la universidad y fue agradable, pero no me sentía cómoda cuando manteníamos relaciones sexuales, era todo muy forzado.

—Mmmm, no es una mala idea, ¿verdad mi amor? —Austin abrazó a Kate y le dio un beso largo en los labios.

Se veían muy lindos los dos juntos, y enamorados. Tenían una relación preciosa, sin infidelidades, sin celos o dramas, una que envidiaba y admiraba. Tenía muchas ganas de que alguien sintiera lo mismo por mí.

—Escuché que van a soltar a Roy. ¿Sabes si es verdad, Kate? —Me volví hacia ella con gesto interrogativo.

—Eso se rumorea... A ver, él tiene un buen abogado, pero nuestros testimonios y las pruebas están ahí. Yo creo que es prácticamente imposible que salga —respondió con total seguridad.

—Nada es imposible —gruñó Colin—. Si ese loco tiene contactos, las pruebas pueden desaparecer.

—No es verdad —dijo Kate—. Una vez procesadas, una vez celebrado el juicio, es imposible que alguien las pueda destruir. No hay nada de qué preocuparse.

—Espero que tengas razón. Si ese maldito pisa la calle, me lo cargaré —

Colin se puso de pie—. Pero confío en tu palabra.

Había algo extraño en el comportamiento de mi hermano. Era verdad que nadie quería que Roy saliera de la cárcel, ese hombre nos había hecho mucho daño, tanto físico como psicológico. Desde ese día, no había vuelto a dormir con la luz apagada, tenía miedo de que alguien entrase en casa.

—Yo me tengo que ir, hermana. He quedado con Chase y Travis. —Colin me agarró por los codos para ponerme de pie. Me dio un abrazo largo y fuerte—. Feliz cumpleaños. Eres todo lo que tengo en este mundo... Te quiero mucho.

—Yo también y gracias por organizarlo todo —murmuré—. Cuídate y no vuelvas tarde.

—Me recuerdas mucho a mamá. —Apartó los rizos de mis hombros y tomó mi rostro entre sus manos—. Eres la chica más hermosa de Texas y estoy orgulloso de ser tu hermano.

—¿Vas a llorar? —Austin palmeó el hombro de Colin con fuerza y soltó una carcajada—. No te vendría mal... Tanta tensión acumulada...

—Deja de burlarte —dijo Colin. Le miró de reojo y el borde de su boca se curvó en una sonrisa—. Deberías verte en el espejo.

—Nosotros también nos vamos —murmuró Kate—. Tengo que madrugar mañana. Gracias Sarah. Llámame para hablar de la despedida de soltera. — Me guiñó un ojo.

—Oye, yo también quiero detalles —gruñó Austin—. No quiero sorpresas.

—Lo mismo digo. —Kate golpeó su pecho con el puño y enarcó una ceja hacia él—. Quiero saberlo todo.

—¿Nos vamos? —dijo Colin con nerviosismo—. Me esperan los chicos.

—Sí, vamos —murmuró Austin con el ceño fruncido. Se giró hacia mi hermano y pasó ambas manos por su cabello de forma forzada. El tema de la despedida de soltero los había puesto nerviosos.

Se miraron en silencio durante un instante y luego abandonaron el salón.

Eso había sido extraño y odiaba ese sentimiento. Hacía que mi estómago se retorciera de inseguridad. Tuve el presentimiento de que esos dos estaban tramando algo. Y podría atreverme a aventurar que no era nada bueno.

—Buenas noches. —Kate besó mi mejilla y se fue detrás de ellos.

Cuando di la vuelta para enfrentarme a Jasper, pensé que tendría más tiempo para prepararme a hablarle, para buscar las palabras adecuadas, pero su mirada hizo que mi corazón latiera más rápido y una parte. Me di cuenta de que lo deseaba. Estaba tan bueno, que se alejaba de cualquier cosa que antes habría considerado sexy. Tenía la total seguridad de que era su indomable actitud lo que me atraía de esa forma.

CAPÍTULO 7

Jasper

Nadie le había dicho a Kate que la despedida de solteros de Austin iba a celebrarse en la mansión de las Bandidas. Como policía, ella conocía ese lugar como la palma de su mano, era tan conflictivo que la policía había tenido que acudir en varias ocasiones. También tenía acceso a los certificados de antecedentes penales de aquellas dos explosivas chicas. No era una buena idea ocultárselo, pero parecía que a los chicos todo eso no les importaba.

Me puse de pie y metí las manos dentro de los bolsillos de mis pantalones, suspirando y sin poder parar de pensar en la que se avecinaba. Rocé algo duro y frío con mis dedos, tardé un poco en darme cuenta de lo que era: el regalo de Sarah. Me maldije a mí mismo por haberme olvidado de dárselo. Le había comprado un broche en forma de piano. No era gran cosa, pero tenía un significado importante para los dos como en su día lo tuvo el colgante que perdí por tonto.

Di un paso hacia delante y me enfrenté a su mirada con esfuerzo. Sus ojos derrochaban emoción y ardían con intensidad.

Nos quedamos frente a frente, encerrados en una silenciosa batalla que parecía imposible de acabar.

—Olvidé darte un detalle que compré para ti. Lo siento —dije apenas en un susurro.

Sus labios empezaron a moverse y quedé hechizado por su preciosa boca.

—No tenías por qué haberte molestado. Para mí lo más importante es que hayas venido —me dijo, sonriendo con amabilidad.

Tomé su mano derecha y dejé el pequeño sobre morado en su palma. Pude sentir un temblor moverse por su brazo mientras mis dedos establecían contacto con los suyos. La tensión que había entre nosotros era como un lobo

hambriento cansado de que no le dieran de comer. Si no éramos cuidadosos, podría devorarnos y empujarnos a cometer errores. Quería besarla más que cualquier cosa en el mundo, quería tocarla y conquistarla con palabras bonitas, pero era demasiado tarde. Yo había cambiado y ella me había olvidado. El gran daño que podría cometer si ignoraba todas las campanas de advertencia, sería irreparable. Podría arruinar su vida para siempre y la mía también. No podría sobrevivir a otro rechazo.

—Espero que te guste —dije en voz baja.

Ella se aclaró la garganta y dio un paso en mi dirección. Tomó el regalo y lo abrió. La pude ver eligiendo las palabras que quería utilizar con mucho cuidado mientras me decía:

—Un piano... —Ella hizo una pausa y tomó una profunda respiración—. Llevo muchos años sin tocar.

—Hay una inscripción. Dale la vuelta.

Ella parpadeó y luego prestó atención al broche. Lo sacó del sobre y lo miró con atención. Sus labios empezaron a moverse pero las palabras no salieron, como si hubiera olvidado cómo hablar.

—¿Sarah?

—No puedes hacerme esto. —Respiró profundo y lento—. Esta frase...

—*También se puede tocar el corazón... con pasión, ternura y amor* —susurré.

Nos miramos el uno al otro por un largo y silencioso momento. Algunas veces sentía que era más fácil comunicarnos con los ojos que hablando. Las palabras a veces hacían daño.

—Yo te enseñé a tocar el piano, pero tú nunca me enseñaste a tocar los sentimientos. No cumpliste tu promesa, Jasper.

—No lo hice porque me has dejado. —Levanté una ceja y la miré de reojo. No quería asustarla, pero me sentía inquieto. Me preguntaba si el motivo de aquella ansiedad exacerbada era su frialdad y su indiferencia hacia mí. Ella siempre había sido difícil y no se dejaba impresionar por los chicos

pero verla ahora después de tanto tiempo, hacía que las dudas resurgieran en mi interior. ¿Tenía una oportunidad? ¿Podría seducirla?

—No estábamos juntos. Te ilusionaste tú solo... Éramos sólo amigos. Los mejores amigos —puntualizó con frialdad.

—Los amigos no se besan y no se miran a los ojos con deseo.

—Fue solo un beso. Apenas sentí algo. —Su voz era áspera y pude adivinar que estaba reteniendo sus emociones.

—Mientes. —Gruñí y sentí que los recuerdos se deslizaban con frialdad por mi columna vertebral. Hablar de aquel inocente incidente era difícil. No quería borrarlo y tampoco cambiarlo. Todo lo que había sentido aquel día había sido real y maravilloso. Ella no tenía ningún derecho de hacerme ver las cosas diferentes.

—No llegaremos a ninguna parte. Es mejor que te vayas.

—Si esto es lo que quieres. —Di un paso hacia delante y pasé una mano de su espalda a su cuello y agarré un puñado de ese cabello dorado. Los rizos eran suaves y elásticos.

Su cara estaba tan cerca, que podía sentir su respiración saliendo en ásperos jadeos y podía sentir su corazón latiendo tan salvajemente como el mío.

Ella me miró con el ceño fruncido, pero no hizo nada para soltarse. Parecía como si quisiera simular que nuestra pequeña discusión nunca había tenido lugar. Estaba feliz de hacer lo mismo.

Sin embargo, no le iba a gustar lo que iba a hacer, pero esperaba que terminase por rendirse. Ella lo necesitaba tanto como yo. Deslicé mi pulgar a lo largo de su labio inferior y vi que sus ojos se abrían en un destello de sorpresa antes de que reclamara su boca con la mía. Moví un poco mis labios, pero ella se encontraba rígida como una tabla, sorprendida por mi atrevimiento. Curvando mis dedos en su trasero, la acerqué más. Gimió bajito y mis manos se movieron hacia abajo, rozando con mis pulgares los huesos de su cuello. Su boca era una maravilla; podría presionarme contra ella por

siempre y nunca cansarme. No abrió sus labios y no dejó que invadiera con mi lengua el calor húmedo de su boca, pero el deseo ya se había introducido en mis huesos, atizando el fuego de mi sangre. Me sentía como si llevase esperando ese momento toda la vida, sin embargo, no podía dejarme llevar por mi entrepierna.

Cuando me retiré, ella tenía el ceño ligeramente fruncido y sus ojos eran el puro reflejo de la confusión.

—Ahora son dos besos, chica bonita. ¿Qué vas a decir al respecto? ¿Sentiste algo?

Gruñí un poco, intentando controlar mi respiración.

—No, no sentí nada. —Ella sacudió la cabeza, lo que hizo que sus rizos rebotaran—. Ni siquiera me dejé llevar...

—La próxima vez, lo harás mejor. —Le guiñé un ojo—. Solo es cuestión de práctica.

—No habrá una próxima vez. No vuelvas a intentarlo. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no quiero nada contigo? —Ella suspiró—. Somos...

—Amigos, ya lo dijiste. Pero no es verdad. —Apreté los dientes. Estaba siendo muy dura conmigo, pero yo también podría serlo—. No somos nada. Creo que será mejor que olvidemos todo y sigamos con nuestras vidas como si nada de esto hubiera sucedido.

—Me parece perfecto. —Metió el broche dentro del sobre y me lo dio—. Llévate el regalo, no pienso ponérmelo.

—Sarah, no lo quiero —suspiré—. ¿Por qué siempre termino lastimado? ¿Tanto me odias?

—No... Pero... ¡Joder! —Retrocedió y dejó el sobre encima de la mesa. Resopló de una manera muy adolescente y me lanzó una mirada mordaz—. Vete por favor. Quiero estar sola.

Asentí de mala manera. Ella no quería estar cerca de mí y no estaba de humor para aguantarla, tampoco para obligarla a soportar mi compañía.

—No te molestaré más. Hasta aquí llegó mi paciencia contigo. —Mis

palabras eran agudas y cortantes. También eran demasiado duras para venir de mi parte.

Di la vuelta y crucé el salón con paso decidido. Pasé por delante del piano y apreté los puños. Quería destrozarlo, romperlo en pedazos y gritar su nombre mientras lo hacía. Ella rompió mi corazón tantas veces que ya no tenía fuerzas para volver a amar. No tenía el valor de comenzar de nuevo, de sanarme e intentarlo una vez más. Me había rendido ante lo imposible.

CAPÍTULO 8

Jasper

Mi conversación con Sarah seguía dando vueltas en mi cabeza, consiguiendo una vez más que me arrepintiera de cómo demonios la había tratado. No tenía derecho de besarla en contra de su voluntad. La parte jodida era que le había dicho que no la volvería a ver. ¿Cómo había podido ser tan estúpido?

Me dejé caer en el sofá de mi casa y miré hacia la nada. Aquella calma ambiental me sentaba mal, porque todo en mí era tormenta. Me daba rabia que ni siquiera fui capaz de decirle la verdad.

Odiaba mi suerte, era injusto lo que me estaba pasando. Tenía la sensación de que nunca sería lo suficientemente bueno para ella. Tampoco sabía cuál era su tipo. No la había visto nunca saliendo con chicos. La complejidad de nuestra inexistente relación se estaba volviendo un dolor de cabeza.

Cavilando en mis recientes decisiones, escuché el timbre de la puerta y me puse de pie. Caminé hasta allí y con sumo cuidado giré el pomo. No tuve tiempo a echarme hacia atrás, una mano fuerte me había agarrado por el hombro y apretaba con fuerza.

—Ey, Vince —dije con voz cansada—. ¿Y Colin?

—Se quedó en el bar. Quiere ultimar un par de detalles con Chase y Travis para la despedida de soltero de Austin —explicó mientras pasaba por mi lado.

Vincent era un chico alto, moreno, con rasgos españoles. Nació en España, pero a los cinco años sus padres se vinieron a Estados Unidos en busca de una vida mejor. Vivieron un tiempo en Dallas y luego se mudaron a Texas.

A pesar de su aspecto de chico malo, cabeza rapada y tatuajes, Vince era bastante tímido. Estuvo dos años en prisión condenado por robo con violencia, pero era imposible imaginarlo haciendo algo así. Chase nos dijo que su timidez era solo con las chicas. Y que desde que había salido de la cárcel, no se había acercado a ninguna. No hablaba mucho, no a menos que tuviese algo importante que decir y era bastante inteligente.

—¿Por qué no viniste al cumpleaños de Sarah? —pregunté intrigado.

—Mis padres organizaron una fiesta por el día del trabajo con algunos compañeros y tuve que asistir. —Suspiró haciendo una pausa—. Sabes que ellos intentan lavar mi imagen...

—Lo sé.

Entré en la cocina y abrí la nevera. Saqué dos botellas de cerveza y las dejé encima de la mesa. Mientras intentaba usar el destapador contemplé la pila repleta de platos sucios. Me preguntaba cuántos días llevaban allí. Cuando alquilé la casa, puse mucha ilusión en decorarla, limpiarla y organizarla de acuerdo a mis necesidades. El dinero que ganaba los fines de semana en la tienda de mis padres, dio para eso y mucho más. Me había comprado una moto nueva, customizada. Mi pasión por los libros fue reemplazada por las motos y las chicas atrevidas. Cuando Austin dejó la banda para ocuparse solo del bar, me tomé en serio mi lugar como miembro fundador de los *Free Souls*.

—Estás muy callado. ¿Qué pasó en el cumpleaños? —preguntó Vince.

—Discutí con Sarah. Creo que me mantendré alejado de ella por un tiempo.

Él me miró, torciendo la boca.

—No tengo mucha experiencia con las chicas, pero sé que a veces ellas dicen lo contrario de lo que sienten. —Dio un trago a su cerveza y se relamió los labios.

—No tiene sentido insistir. Ella no me quiere —dije con determinación, negando sutilmente con la cabeza—. Hay más peces en el agua.

—Mmm... ¿Qué pasó con Ángela?

Reprimí un gemido y le miré con los ojos entrecerrados.

—¿Cómo demonios lo sabes? —Me rasqué la nuca. Solté una respiración pesada y bajé la cabeza—. Fue solo una noche, nada más. Ni siquiera me quedé a dormir en su cama.

Había sido una ronda de sexo para matar el tiempo y para ahuyentar los momentos monótonos de la angustia. No hubo sentimientos involucrados, ni siquiera besos o caricias. ¿Por qué lo hice? Porque necesitaba echar un polvo con una desconocida, sin pensar demasiado y sin esforzarme en conquistarla.

—Estaba allí. Te vi subiendo con ella a la habitación. —Deslizó su mirada de vuelta a mí.

—Estaba tan borracho...

Él me sonrió y me miró haciéndome saber que había sido un imbécil.

—Ella también. —Dejó la botella encima de la mesa. Suspiró y frotó una mano por encima de su cabeza rapada—. Esa casa parece una verdadera mazmorra. Se practica el sexo en todas partes. No entiendo por qué lo permiten. Sé que no son chicas malas. Las he observado. Usan ese lado salvaje como una tapadera, como si intentasen esconder algo.

—No lo sé y tampoco quiero averiguarlo.

—¿Cuándo fue la última vez que limpiaste la casa? —Me dedicó una mirada y apuntó el extremo abierto de su botella de cerveza hacia la mesa—. Si necesitas ayuda, puedes contar conmigo.

—Te lo agradecería.

Suspiré y le di a mi cabeza una pequeña sacudida de resignación. Terminé de beber la cerveza y tiré la botella a la basura. El alcohol era la respuesta a todos los problemas de mi vida, pero también un mal consejero.

—Necesito distraerme... —Hizo una breve pausa—. Mis padres quieren casarme con la hija de nuestros vecinos. Es guapa, pero...

—¿Pero?

—Creo que es virgen, justo lo que estoy evitando. Yo necesito una mujer

con experiencia para superar mi timidez, no una chiquilla mimada y presumida. —Por primera vez su rostro presentaba ligeros cambios, denotando molestia. —No pienso renunciar a las camisetas y cambiarlas por los polos. No quiero dejarme crecer el pelo... Maldita sea, no quiero cambiar por nadie. Me gusta como soy.

—Vaya mierda. —Solté un bufido—. Te comprendo. Mis padres intentaron hacer lo mismo conmigo.

Cuando volví a casa, ellos se mostraron reticentes conmigo; habían notado el cambio. Salía todos los días y volvía muy tarde, a veces borracho. Había dejado de leer y de comprar libros nuevos.

Sin embargo, fui consciente de aquello y me mudé. No era una buena influencia para mi hermana.

—¿Vienes más tarde al bar?

Negué con la cabeza.

—Tengo que cubrir a mis padres en la tienda. Se van a visitar a mi tía, y no quieren dejar sola a mi hermana.

—Te veré mañana en la fiesta. —Terminó su cerveza de un trago y tiró la botella a la basura—. Tienes que ver las chaquetas con los parches nuevos. Las tiene Colin.

—No sé si es una buena idea llevarlas puestas y empezar una guerra.

No discutí conmigo.

—Pienso lo mismo, sin embargo, es la única manera de terminar con los *Skulls*. Llevan amenazando y extorsionando a los dueños de los comercios demasiado tiempo.

Solo gruñí a modo de respuesta. La verdad era que estaba inquieto y algo preocupado. Todos teníamos familia, personas queridas que podrían sufrir y pasarlo mal. Y los enfrentamientos de bandas eran violentos, a punta de navajazo e intercambio de disparos.

—Nos vemos. Tengo que llevar a mi madre al médico. Quiere hacerse otra operación estética. —Resopló—. Debería preocuparse por otras cosas,

como su matrimonio por ejemplo. Estoy seguro de que mi padre tiene una amante, y de que mi madre lo sabe. Todo es muy raro, odio vivir con ellos.

—Puedes quedarte aquí un tiempo. No me importaría.

—Gracias, lo pensaré.

Él salió por la puerta y me quedé un rato largo en silencio. Por primera vez en mucho tiempo, me sentí solo y temía que eso pudiera convertirse en algo permanente.

CAPÍTULO 9

Jasper

Cuando llegué delante de la tienda vi el coche de mi padre aparcado al lado de la bici de mi hermana. No entendía porque hacían el viaje sin Amelie; siempre la llevaban a Kansas con ellos. Mis tíos tenían un rancho grande, con docenas de empleados y adolescentes cuidando de los animales. A mi hermana le encantaba pasar tiempo con ellos, montar a caballo y mover el ganado.

Algo había pasado.

Me bajé de la moto y guardé las llaves en el bolsillo de mi chaleco de cuero. Mientras subía los escalones de madera sentí el aroma floral flotando en el aire. Mi madre heredó el don de hacer jabones, velas y perfumes naturales tal y como lo hacía mi abuela, lo que la ayudó para poder hacerse cargo del negocio familiar. En Kansas, teníamos otra tienda pero estaba a cargo de mis tíos.

Empujé la puerta principal y un acogedor sonido de campanillas avisó mi llegada. Vi a mi madre atendiendo a una mujer y no quise molestar. Sabía que era de mala educación, cuando empecé a trabajar con ellos me dijeron que el cliente era lo más importante y que tenías que prestarle toda tu atención.

Mi hermana estaba sentada detrás del mostrador y golpeaba una hoja de papel con un lápiz al ritmo de una canción. Me acerqué indeciso, intentando adivinar su estado de ánimo. Pero cómo su gesto era totalmente inexpresivo, decidí levantar la mano en señal de paz. Amelie dejó su cuaderno de dibujos encima del mostrador y se quitó los auriculares.

—Eh, hola —dijo en voz baja y rodó los ojos—. Odio cuando vienes solo para hacer de niñera.

—Hola, Amelie. Sabes que estoy...

—Lo sé. Demasiado ocupado para llamarme. Echo de menos nuestras

charlas. ¿Dónde demonios está el hermano cariñoso?

—¡Lenguaje! —gruñí.

—Me da igual. —Se puso de pie de un salto—. Hablo como me da la gana. Tú también lo haces.

—Soy mayor que tú y soy un chico.

—Tengo dieciséis años. Esto es una porquería, no podéis controlar cada cosa que haga o diga. —Ella tenía las mejillas ruborizadas y los ojos brillantes.

—No me pongas a prueba. Te quedarás sin salir con tus amigas mañana —dije, lanzándole una mirada que decía claramente que no se excediera.

Mi hermana tenía el cabello rebelde, rubio y rizado. Vestía como un chico, camiseta ancha y una camisa a cuadros por encima. Me preguntaba si era de mi padre. Tenía media docena de pulseras alrededor de su muñeca izquierda y un pañuelo atado alrededor de su cuello.

—Has cambiado... No me gustas. —Se agachó y empezó a guardar sus cosas dentro de una mochila negra—. Papá quiere hablar contigo.

Hice un sonido ahogado, sabía que ella tenía razón. Había cambiado y no para bien, pero a mí me ayudaba a seguir adelante con mi vida. Me escondía detrás de una máscara para dar la impresión de ser fuerte. Había creado una fachada de indiferencia que me ayudaba a fingir que todo estaba bien.

Entré en el pequeño almacén que había detrás del mostrador y mi padre levantó la vista. Empujó con un dedo sus gafas, que las tenía tan caídas como siempre y parpadeó tras los cristales.

—Hijo, que bien que hayas llegado. Tu madre me vuelve loco con las maletas —dijo con una especie de indecisión cautelosa—. Solo vamos a estar fuera dos días y quiere llevarse medio armario.

—Mamá siempre exagera. —Apoyé mis manos en su escritorio—. ¿Por qué no va Amelie con vosotros? Yo mañana tengo... —carraspeé—. Tengo planes.

Mi padre suspiró y se echó hacia atrás.

—El hijo de Carmen, la cocinera, ha sido asesinado y Amelie está devastada —dijo, reflejando una aplastante tristeza en su voz—. Ellos se llevaban muy bien.

—¿Por qué no me habéis dicho nada? ¿Cuándo pasó?

—Hace dos días. Te llamé, pero no me cogiste el teléfono —dijo con resignación.

—Fue el cumpleaños de Sarah y...

—Sarah... ¿Cómo está? Llevo mucho tiempo sin verla. Bueno, tu madre no para de hablar de ella, de su encanto, de lo bien que podría encajar contigo...

—No quiero hablar de eso ahora —dije mientras intentaba recobrar la seriedad. Apreté los dientes y cerré los puños. Estaba siendo muy grosero, pero no quería recordar cosas que me hacían daño. Solté un suspiro que sentí como si lo hubiera estado conteniendo durante una hora y bajé la cabeza.

—Está bien, hijo. —La voz suave de mi padre raspó mis nervios—. Nosotros volvemos el lunes por la mañana. La policía quiere tomarnos declaración. Piensan que fue otro empleado.

—No os preocupéis. Me llevaré a Amelie conmigo a mi casa.

—Gracias, hijo. Ella te necesita ahora. Ayer lloró todo el día. —Se puso de pie y apagó el portátil.

—Por eso estaba tan molesta —murmuré.

—Tú sabes animarla mejor que nadie. —Se pasó una mano por el rostro—. Te llamaré mañana.

—¿Os vais ya?

—Sí, pero pasaremos por casa antes. Tu madre quiere llevarse algunas cosas más.



Pasé el resto del día atendiendo a los clientes y limpiando el polvo de las estanterías de cristal. Mi hermana no me dirigió la palabra en ningún momento, se había quedado sentada en uno de los taburetes mientras leía ensimismada uno de esos ridículos libros ilustrados. No sabía si lo hacía para molestarme o porque realmente le gustaba ese tipo de lectura. Estaba seguro de que esas historias no le aportarían ningún tipo de conocimiento.

Me acerqué a ella y arranqué el libro de sus manos.

—¡Oye! Estaba leyendo... ¿Qué mierda haces? —Se puso de pie y golpeó el mostrador con su palma—. Devuélvemelo.

—¡No me hables así, señorita! —grité a viva voz mientras ojeaba el libro—. ¿Qué es esto? ¿Por qué hay tanta sangre?

—Es de terror...

—¿Desde cuando lees estas chorradas? —dije, esforzándome por mantener la calma—. Apenas hay frases y los dibujos son violentos.

—Desde que dejaste de venir a verme, ¿contento? —Alzó la barbilla—. Tus libros son aburridos.

—¿Aburridos? No sabes lo que dices. Esta mierda que lees es una tontería. No quiero volver a verlos, me niego a que esto influya en tu forma de ser. Eres una chica buena, inteligente...

—No lo soy. —Negó con la cabeza—. Sí tú has cambiado, yo también lo hice. Es más fácil ser así. Nadie me molesta.

La furia que estaba latente, dejó de estarlo. Me había quedado mudo y no hubo respuesta de mi parte. Ella tenía razón, era más fácil ser malo, pero no podía decirle eso. Debería ser un modelo a seguir, enseñarla el buen camino y tratarla con cariño, pero no era nada fácil. Mi orgullo era más grande que mis ganas.

—No quiero pelear contigo, Amelie —susurré—. Te prometo que intentaré ser el hermano que echas de menos. Sé que me necesitas.

—Espero que sea verdad. —Agachó la cabeza—. Te quiero mucho.

—Yo también. —La abracé y la sostuve contra mi pecho.

Ella empezó a llorar y la abracé aún más fuerte. Necesitaba darle apoyo y seguridad.

—No quiero que te vayas otra vez, te necesito —murmuró.

—No me iré, pequeña. Nunca más.



La tarde pasó volando y faltaban pocas horas para ponerle fin a la intensa jornada de trabajo. Mi hermana no se quedó atrás; me ayudó a ordenar las velas por colores y a colocar el dinero en la caja fuerte. La vi más animada y eso me hizo sentirme bien.

Amelie dejó su móvil en la mesa de cristal y chasqueó la lengua. Eso significaba problemas. La conocía muy bien.

—He quedado con mis amigas. ¿Puedo ir? ¿Por favor? —Me dedicó una grande e inocente mirada que fue imposible de resistir.

—Está bien. Pero a las ocho estás aquí.

—¿Ocho y media? —preguntó mientras se tocaba los rizos—. Tienes que cerrar la tienda a las nueve.

—Pensé que podríamos hablar un poco...

—No me apetece, así que ni siquiera te molestes. —Se colocó la mochila en su hombro derecho y miró el móvil—. Mis amigas me esperan.

—No tardes.

La campanilla avisó la llegada de un cliente y tuve que entrar dentro del mostrador para atenderlo.

Mi hermana levantó una mano en el aire para despedirse y salió de la tienda dando grandes zancadas.

—Buenos días —dijo un hombre regordete mientras leía en un papelito—. Mi mujer me dejó esto apuntado, pero no sé si lo leo bien. Aquí pone dos velas patchuli y tres jabones oriental nuit.

—Lo ha leído usted muy bien. Ahora mismo se lo preparo.

Me agaché y abrí el cajón de abajo. Tomé dos bolsas de papel y empecé a meter las velas y los jabones, sin olvidarme de las muestras gratuitas de los perfumes.

La campanilla avisó la llegada de otro cliente y tuve que apurarme en empaquetar las cosas y cobrarle.

Mientras el hombre se despedía con la mano, mis ojos buscaron a la persona que había entrado.

—¿Jasper?

Me volví hacia ella viendo la duda en sus ojos, y peor aún, el miedo de estar a solas conmigo, sentí una daga atravesando bruscamente mi corazón. Transcurrieron algunos segundos hasta que mi garganta se aflojó y las palabras comenzaron a bullir.

—Hola, Sarah.

—¿No está tu madre? —dijo más en un jadeo que hablando con su propia voz.

—Mis padres se fueron a visitar a mis tíos.

—Oh... —Miró hacia un lado, frunciendo el ceño bruscamente, para luego mirarme de nuevo—. Esto es extraño...

—¿Qué es extraño, Sarah?

—Tu madre sabe lo que compro siempre y...

—Déjame adivinar. —Abrí el primer cajón, el de los perfumes y miré las etiquetas coloridas—. *Candy flower*, ¿verdad? Mandarina, fruta de la pasión, rosa y un ligero toque de vainilla. Es la combinación ideal para una mujer elegante.

Tomé una de las botellas y la dejé encima del mostrador. Alcé la mirada y la vi mordiéndose el labio inferior. Su cabello estaba recogido en una apretada cola de caballo exponiendo su delicada piel. No pude escapar de los recuerdos de aquel beso que le había robado, era inevitable; la tenía delante de mis ojos y se veía más hermosa que nunca.

—Sí y quiero dos velas de vainilla. —Sus dedos se cerraron en puños sobre el mostrador y su boca formó una línea firme.

Guardé todo en una bolsa de papel y la dejé al lado de sus puños. Ella no se movió, se había quedado mirándome como si me hubiera quedado sin cabeza. Sus ojos estaban llenos de una mezcla de incredulidad y miedo. Aquella situación tan tensa traspasó todas mis defensas. Mi instinto fue cerrar la tienda y besarla, empujarla contra la pared y tomarla ahí mismo. En cambio, tomé sus puños y froté con delicadeza su piel. Ella dirigió la mirada hacia abajo y alargué mi toque un poco más.

Manteniendo mi mirada en ella, rodeé la esquina del mostrador para quedar a su lado. La escuché aspirar un aliento, pero no me dijo que me detuviera y no se alejó cuando di un paso hacia delante.

Alzó la mirada y sacudió su cabeza rápidamente como si estuviera tratando de deshacerse de cualquier pensamiento acerca de nosotros y parpadeó hacia mí.

—No lo hagas más difícil... —Su voz se quebró.

—No puedo contenerme.

Ella se mordió el interior de la mejilla, probablemente pensando en lo que iba a decir a continuación.

No esperé más, no la dejé hablar. Solté sus puños y coloqué mis manos en su cintura. La presioné contra mi pecho y nuestras bocas se estrellaron con violencia. La sostuve contra mí, sintiendo sus senos presionando contra mi pecho y su lengua moviéndose con la mía. Esta vez, ella también me besaba, haciendo pequeños gemidos mientras saciaba su hambre. No sabía que Sarah podía ser tan malditamente buena basando. Me hizo sentir que mi cuerpo estaba fuera de mi control.

El timbre de la puerta resonó en toda la tienda y Sarah se puso rígida. Se alejó de inmediato y se llevó una mano a los labios hinchados.

—Soy una tonta... Lo siento.

Cuando recuperé mis sentidos, intenté agarrarla por el brazo pero ella

retrocedió. No había nada en sus ojos cuando me miró, era de nuevo esa frialdad extraña.

—Mierda —susurré—. Sarah, no te vayas.

—¿Qué tengo que hacer para que alguien me atienda? —dijo un hombre con voz grave. Miré por encima del hombro de Sarah y maldije en voz baja. Era Chris, uno de los miembros de los *Skulls*, y no estaba solo. A su lado había dos hombres más.

Chris tenía unos cuarenta años, era calvo y tenía un bigote frondoso, entre negro y canoso, de pequeña estatura y algo entrado en kilos. Desde que había asumido el puesto de liderazgo en la banda, se había vuelto demasiado violento, quebrando huesos y extorsionando a los comerciantes.

—Vete de aquí, Sarah. Ahora mismo —gruñí y le di un beso fugaz en la frente. Ella alzó la mirada y frunció el ceño con preocupación. Quiso discutir, pero se limitó a asentir.

—Avisaré a mi hermano —murmuró y dio la vuelta. Salió corriendo hacia la puerta y esquivó a Chris en su camino. Cuando la campanilla sonó, exhalé un suspiro de alivio, ella estaba a salvo. La observé hasta que desapareció de mi vista y traté de alentarme mentalmente. Estaba en problemas y no había nadie más en la tienda. Chris era grande, más grande que yo y rezumaba peligro por los poros. No tenía nada que me ayudara a defenderme, ni siquiera la navaja que siempre llevaba encima. El botón de emergencia estaba lejos y no había ninguna posibilidad de acercarme hasta ahí sin que se dieran cuenta. Lo que estaba pasando no era bueno.

Crucé los brazos sobre mi pecho y meforcé a disminuir mi respiración.

—¿Qué quieres, Chris? —Aspiré una bocanada de aire entre mis dientes.

—Creo que esta tienda no está en la lista —dijo a la vez que se giraba a su izquierda—. Deberíamos incluirla, Hans.

El hombre soltó una risa seca y sacó una navaja de su bolsillo.

—Fuera de aquí. Esta tienda es de mis padres y no pertenece a vuestro territorio. Ellos no tienen nada que ver...

—¡Y una mierda, Jasper! —vociferó—. Habéis empezado una guerra, así que hay consecuencias.

Mis ojos se encontraron con los del hombre que se había quedado atrás, vigilando la puerta para que nadie entrara. Él se encogió de hombros y se llevó un cigarrillo a sus labios. Al parecer, estaba demasiado acostumbrado a las visitas que hacían a las tiendas.

—No puedes fumar aquí, hijo de puta. —Mi mandíbula se tensó.

—Deberías preocuparte por otras cosas —dijo Chris con una sonrisa lasciva en sus labios—. Como por ejemplo... —Se acerco a la pared y abrió el armario de cristal. Deslizó un dedo por la estantería y empezó a silbar—. Estos perfumes deben ser muy costosos.

Se giró hacia mí y me ofreció una sonrisa que produjo escalofríos por mi espina dorsal.

—Ni se te ocurra, maldito. —Sacudí la cabeza y antes de que pudiera detenerme, me abalancé sobre él, listo para poner mis manos alrededor de su garganta y nunca dejarlo ir.

—¿Qué mierda... ?

Chris dio un paso hacia atrás intentando esquivarme pero clavé los dedos en su cuello mientras me acercaba más. No perdió tiempo en arremeter contra mí y embistió la coronilla de su cabeza justo hacia mi vientre, pillándome desprevenido. El aire salió de mis pulmones y no podía respirar. Me estaba asfixiando. Maldije en voz alta y puse una mano alrededor de su garganta y apreté con fuerza hasta que sentí algo duro empujando en mi costado.

—Suéltame de una puta vez. —Chris chasqueó la lengua—. Si no lo haces, Hans hará un agujero en tu maldito cuerpo.

Por una fracción de segundo me preocupé por mi vida, no tenía ninguna oportunidad contra ellos. No obstante, no estaba asustado. Me di cuenta de que la única manera de terminar con aquello era no darme por vencido y conseguir el cuchillo de Hans.

La campanilla de la puerta sonó y me quedé quieto. Estaba frente a Chris

pero vi por el rabillo de ojo a Colin, Chase y a Vincent rodeándonos.

—Una cosa tenías que hacer, Garry. Vigilar esa maldita puerta. —Chris resoplaba como un toro.

—Suéltalo, Jasper. Nos encargaremos nosotros de sacarlos fuera —dijo Chase mientras sacaba su pistola.

Puse mi codo bajo la barbilla de Chris para que así levantara la vista y me mirara.

—No quiero volver a verte por aquí. —Hice una pausa y emití un sonido gutural de rabia—. Tus padres también tienen un negocio.

Él gritó una serie de palabrotas hacia mí y retrocedió. Hizo señas a los hombres que estaba con él y abandonaron la tienda pisando con fuerza.

A continuación se produjo una quietud extraña, un silencio expectante e incómodo. Ellos se acercaron con cautela y miraron por todas partes.

—Hemos llegado a tiempo —dijo Colin mientras guardaba su navaja.

Parpadeé unos segundos antes de encontrar mi voz de nuevo.

—¿Cómo sabías que estaban aquí? —dije como un borracho.

—Sarah me llamó, estaba preocupada. Deberías pasar a verla y tranquilizarla.

Mis labios se crisparon por su respuesta.

—Justo esto no quería que pasara. Maldita sea, Colin. Nadie está a salvo ahora... ¡Joder! Mi hermana está por ahí con sus amigas.

Inhalé una profunda respiración y la liberé poco a poco. Colin era mi mejor amigo, mi compañero de banda y no podía echarle la culpa solo a él por la maldita situación de mierda que nos sacudía con violencia. Él estuvo a mi lado cuando Damien amenazó a toda mi familia, firmó ese contrato y arriesgó su vida por mí en varias ocasiones. Los recuerdos de aquel fatídico día seguían atormentando mis sueños.

—*Joder, joder... ¿No quise hacerlo? Pero... Mierda...*

—*Tranquilízate, tío —dijo Colin mientras arrastraba el cuerpo sin vida de aquel bastardo de mierda que me había arrinconado en el baño del bar.*

—Hablé con el sheriff y no pasará nada. Resulta que Gibson está en busca y captura por varios asesinatos y violaciones.

—Gracias por... Ayudarme. —Miré mis manos temblorosas y llenas de sangre—. Él quería... Él...

—Jasper... —Se puso de pie y se acercó—. Si no lo hubieras matado tú, lo habría hecho yo.

Nunca me había sentido tan asustado, y él no paraba de mirarme fijamente a los ojos mientras intentaba desabrochar sus pantalones. En aquel tiempo tenía tan solo unos dieciochos años recién cumplidos y frecuentaba los bares de los clubes de moteros en busca de sensaciones fuertes, historias que no tenían ni pies ni cabeza, chicas que buscaban un revolcón en los sucios y apestosos baños, alcohol y diversión. Odiaba cuando alguien me miraba a los ojos, me sentía desnudo e inseguro. Lo que hice, fue en defensa propia, pero también empujado por un odio y repulsión hacia ese bastardo borracho que quería abusar de mí. Había sacado la navaja que me regaló mi padre y se la había clavado con fuerza en las costillas. Cayó de rodillas al suelo y maldijo en voz alta un par de veces hasta que cerró sus ojos. Le había tocado el corazón.

Gibson trabajaba para Damien, y su muerte dismanteló una banda entera de moteros. Después de dos días, me vi de nuevo arrinconado en las calles por tres hombres que llevaban pistolas. No tuve elección y firmé ese maldito contrato que me mantuvo lejos de mi familia durante años. Así nació *Free Souls*, una banda de tres chicos que fueron privados de la libertad en contra de sus voluntades.

—Tranquilo, tu hermana está con Travis —dijo Colin.

Mis ojos se ampliaron cuando escuché sus palabras.

—¿Con Travis? ¿Que demonios me estás contando? ¿Mi hermana y ese chalado?

—Buenoooo. —Chase silbó y luego soltó una carcajada—. A ver como arreglas esta mierda, Colin. No deberías haber dicho nada.

Mi corazón se detuvo y los miré con incredulidad. Extendí mi mano y froté la parte de atrás de mi cuello. Me sentía fuera de lugar.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —grité tan fuerte como pude—. ¿Qué me estáis ocultando?

—Yo me voy —dijo Chase—. Os dejo para que atéis los cabos.

—Yo también. —Vincent palmeó mi hombro—. No seas duro con él. Recuerda que sois amigos y que estuviste en la misma situación.

—¡Joder! Habla de una puta vez, Colin. Pierdo mi paciencia aquí.

Colin dio un paso hacia delante y sus labios se abrieron un poco. Frunció sus cejas color rubio hacia mí y el piercing de su ojo izquierdo se sacudió un par de veces.

—No sé por dónde empezar.

—Por el principio. —Mi tono fue cortante.

—Tu hermana tiene problemas en el instituto. ¿Cómo lo sé yo y tú no? —Mantuvo su voz calmada—. Pues resulta que el taller del padre de Travis está justo al lado. Él vio como tres chicas se metían con Amelie. Bueno, la rescató y... Una cosa llevó a la otra... Ya sabes.

—No entiendo, explícame.

Retrocedí unos pasos y entrecerré mis ojos hacia él.

—Joder, están juntos. —Hizo un sonido bajo en su garganta y desvió la mirada.

—Maldito chaval. Si la ha tocado, juro que le corto las pelotas.

—Escucha, tío. Tú hiciste lo mismo con mi hermana y no dije nada. Incluso intenté abrirte los ojos.

—Sarah y yo somos de la misma edad. Travis es... Es...

—Ni siquiera lo pienses. No lo conoces como yo —replicó, sonando un poco molesto.

Una intranquilidad me picó.

—Es problemático, loco y mujeriego. Mi hermana tiene sólo dieciséis años, maldita sea —dije con exasperación—. ¿Cómo quieres que esté de

acuerdo con este disparate?

—Llevan poco tiempo juntos, un par de semanas...

—Es demasiado tiempo. Juro que lo mataré y tú... —Lo señalé con el dedo—. ¿Por qué mierda no me dijiste nada?

—Travis también es mi amigo. —Mantuvo su mirada en el piso.

Me mordí el labio impidiendo que todo tipo de sentimientos fluyeran dentro de mí. No sabía cómo había llegado a ese punto. Ellos también eran mis amigos y no quería pelearme con ninguno de los dos.

—¡Joder! —gruñí—. Necesito un maldito trago o un cigarro.

Colin se alejó un poco de mí y sus ojos se encontraron con los míos.

—Dijiste que querías dejar de fumar.

—Sí, pero ahora mismo me da igual. —Sacudí la cabeza y no pude evitar fruncir el ceño.

—¿Por qué no cierras la tienda y nos vamos al taller? Así hablas con Travis y...

—Y le parto la cara —completé la frase con algo de rabia.

—Estas exagerando. ¿Prefieres que tu hermana esté con otro? ¿Con un desconocido?

—Pues sí. Cualquiera es mejor que Travis. Lo he visto con las chicas y sé cómo piensa. Tiene una mente muy jodida.

Dejé escapar el aire ante esa cruda realidad.

—Como todos. ¿Crees que tú eres mejor que Travis? —Él alzó una ceja.

—Lo soy.

Resoplé y rodeé los ojos.

—Pues demuéstalo y lucha como es debido por mi hermana.

No me molesté en echarle un farol y le dije la verdad.

—Me estoy chocando contra un muro cada vez que intento hablarle. —Tomé aire y continué—. ¿Que mierda oculta?

—No puedo decírtelo, lo siento. —Su mandíbula se tensó.

—Pues no me estás ayudando mucho.

—Vamos, cierra la tienda. Yo también necesito un trago.

Me acerqué al mostrador y tomé la bolsa de papel de Sarah. Ella había salido corriendo y había olvidado cogerla. Pensándolo, era una buena excusa para ir a su casa.

Saqué las llaves de mi chaleco y después de activar la alarma, salí detrás de Colin. Cerré la puerta y bajé las escaleras de dos en dos. Mi mente era un torrente rugiente, estaba preocupado por mi hermana. Mis miedos no estaban sólo limitados a lo que había podido pasar entre ella y Travis, también al peligro al que estaba expuesta. Chris y su banda habían empezado a remover la mierda, y en cualquier momento podrían interceptarla.

CAPÍTULO 10

Jasper

Dejé escapar un suspiro y alcancé la botella que descansaba sobre la mesa, deseando quemar los recuerdos para siempre. El alcohol nunca había sido mi mejor amigo, sin embargo, tenía que reconocer que aliviaba el dolor y me ayudaba a olvidarme de todo durante un rato.

Llevé el frasco a mis labios y el líquido frío se precipitó por mi garganta proporcionándome un nuevo alivio. Mis pensamientos se habían desviado por un camino oscuro y tenía que luchar con dureza para permanecer en el presente. No podía creer que mi hermana me hubiese mentado. Tenía la esperanza de que algún día dejase Texas atrás, y se marchase lejos. Lejos de las bandas de moteros y lejos de hombres que tenían la palabra peligro escrita en su frente. Yo había caído y no había marcha atrás. Pero ella todavía podía salvarse.

Miré las gotas que resbalaban por la botella vacía y maldecí en voz baja. El dolor volvía si no pedía otra, necesitaba más alcohol.

—Quiero otra botella —le exigí a Colin.

Tardé en reconocer mi voz y mis ojos estaban empezando a ver borroso.

—Creo que ya has bebido suficiente —dijo él firmemente.

—Entonces vamos al taller. —Golpeé la mesa con el puño.

—No vas a ir a ningún lado así. No te he visto muchas veces borracho, pero sé que si vas allí, saltarán chispas.

—Solo... Voy a buscar a mi... Hermana —balbuceé.

—Ni de coña. Sarah está de camino, viene a recogerte. No te preocupes, he hablado con Travis y él se encargará de llevar a Amelie a tu casa.

Mis piernas dejaron de balancearse y lo miré directamente a los ojos.

—Haciendo planes a mis espaldas...

—Tienes suerte de que no esté Austin aquí. Te hubiera encerrado en su oficina hasta mañana.

Hice un ruido que era una mezcla entre un bufido y una risa. Colin podría ser muy mandón, pero también un verdadero quebradero de cabeza. Él era todo lo opuesto a mí, un arrogante y un bocazas. Nunca supe realmente como nos las habíamos arreglado para mantener una estrecha amistad, teniendo en cuenta que estábamos en desacuerdo sobre todo.

—¿Por qué no me llevas tú?

—Tengo cosas que hacer esta noche.

Cogí el mechero y empecé a golpear la mesa al ritmo de la canción que se colaba por los altavoces.

—Me encargo yo, hermano. Puedes irte.

Esa voz, esa dulce voz que más de una vez había sacudido mi corazón. Giré la cabeza de inmediato y me arrepentí de haberlo hecho. Todo empezó a girar y tenía la sensación de estar flotando en el aire.

—Aférrate a mi cintura, Jasper —ordenó ella—. Vamos, tengo que sacarte de aquí.

—Sarah...



—Jasper, necesito que me ayudes.

Me aclaré la garganta y finalmente levanté la cabeza para mirarla. Sarah tenía los labios apretados y parecía tan incómoda como me sentía yo en aquel momento por el hecho de que ella me viera así.

—¿Dónde estoy? —murmuré.

—En mi coche. Hemos llegado a mi casa. —Desabrochó mi cinturón de seguridad y se echó hacia atrás.

—¿Tu casa? —Fruncí el ceño, confuso—. Llévame a la mía, necesito

hablar con mi hermana.

Sus ojos se encontraron con los míos y soltó un bufido.

—No te llevaré a ninguna parte. No estás en condiciones de manejar una charla ahora mismo.

—¿Tú qué sabes?

Solté una respiración pesada y froté mi nuca.

—Sé bastante. Te vi borracho, ¿lo recuerdas? Los recuerdos acudieron a mi mente.

—Te voy a romper la cara, idiota —grité mientras lo empujaba contra la pared—. Pídele disculpas ahora mismo.

—Jasper, déjalo... Por favor. No ha hecho nada...

—¿Nada? Te ha tocado el culo, para mi es suficiente.

—No sabía que era tu novia, lo siento tío —dijo Max—. No volveré a mirarla.

—Tócala una vez más y te rompo los dedos.

—Jasper, por favor. Mis jefes me están mirando. —La voz de Sarah tembló.

—Bien, a ver si dejas de trabajar de una vez en este bar tan cutre.

—No tienes derecho de meterte en mi vida. No somos nada.—Se esforzó por mantener el contacto visual.

—Siempre seremos algo, Sarah. Siempre...

—Lo recuerdo, pero no lo entiendes. Mi hermana no puede estar con Travis. Tengo que hacer algo.

Ella vaciló un momento antes de decir:

—No sé qué habrá pasado, pero creo que deberías dejarla elegir.

Cerré los ojos por un momento, me sentía mareado. La abrumadora sensación que me provocaron sus palabras, hizo que me encendiera como una maldita locomotora de vapor.

—No me des lecciones de amor. ¡Tú no eres capaz de resolver tu propia mierda, Sarah!

La oí respirar una bocanada.

—Sabía que ibas a comportarte así. Por eso no quería ir a recogerte. Debería haberte dejado tirado.

Me estremecí involuntariamente por su tono áspero.

—Nadie te obligó, ¿por qué lo hiciste? ¿Querías romper mi corazón otra vez? ¿No tienes suficiente? ¿No ves que estoy sufriendo? Estoy cansado... No sé cuánto tiempo aguantaré esto —susurré, incapaz de negar todo lo que sentía en mi interior.

Mi mano se movió hacia su cara, pero ella la detuvo con la suya y se apartó.

—Solo déjame tranquila y olvídate. Sigue con tu vida.

Sus palabras me impactaban a medida que me daba cuenta de su significado.

—Eres cruel, siempre lo fuiste. No puedo seguir con la mía cuando veo que tú tampoco me olvidas. Dime, ¿eres feliz? —Hervía de rabia.

—Sí... —Ella tenía la mirada perdida.

—No mientas, maldita sea. Juro que me iré lejos y no me volverás a ver nunca.

—Vete —dijo. La tristeza se abría paso a través de su voz.

—¡Joder!

La empujé y me bajé del coche. Mis rodillas no aguantaron mi peso y tropecé varias veces hasta que me arrimé al árbol que tenía al lado. Todo giraba a mi alrededor, seguía ebrio. Había dormido algo, pero muy poco.

Giré la cabeza y la miré. Se había sentado en el suelo, al lado del coche y miraba la casa. La luz de las farolas hacía imposible ver el brillo de sus ojos pero sabía que lloraba; se escuchaban sus sollozos. Odiaba verla así, pero no podía hacer nada para aliviar su dolor. Yo estaba peor que ella.

¿Que había hecho para que me ella me viera como un enemigo?

Me aparté del árbol y me acerqué al coche. Sarah giró la cabeza y una sensación de temblor invadió mi cuerpo. Estaba abrumado por la emoción,

nunca la había visto tan triste. La culpa me inundó de tal forma que me dolía el pecho.

—No llores, por favor. —Me arrodillé a su lado—. Lo siento... Tienes razón. No estoy bien ahora. Mejor entremos.

—Yo también estoy sufriendo. Más de lo que te puedas imaginar.

—No quiero decir nada más ahora. —suspiré—. Gracias por recogerme.

—Puedes dormir en la habitación de mi hermano, él no viene esta noche.

—Su voz tembló.

CAPÍTULO 11

Jasper

Abrí los ojos con dificultad. Mi cabeza estaba palpitando y me sentía un poco como si fuera a vomitar.

Escuché pisadas retumbando contra el viejo piso de madera y luego una puerta cerrándose sonoramente. El ruido golpeó mis entrañas y cerré los ojos para aliviar el dolor. Recordé la conversación acalorada que había mantenido con Sarah la noche anterior y abrí los ojos de nuevo. Me preguntaba si era ella quién hacía todo ese ruido inaguantable.

Anoche ella me ayudó a meterme en la cama, pero tuve que lidiar solo con la ropa y con las botas. Me había acostumbrado a dormir desnudo por comodidad pero también por la satisfactoria sensación de libertad.

La puerta se abrió y mis ojos encontraron a los de Colin.

—Ey —dijo y se acercó a la cama. Dejó un vaso con agua encima de la mesilla de noche y giró la cabeza—. ¿Cómo te sientes?

—Horrible —contesté mientras intentaba acomodar un cojín debajo de mi cabeza—. ¿Cuántas botellas he bebido?

—Unas diez. Nunca te había visto así...

—¿Mi hermana?

Él me miró y mantuvo su expresión.

—Esta bien. Travis se quedó con ella.

—¡Maldita sea!

Quitó las sábanas que cubrían mi cuerpo desnudo y me bajé de la cama.

—No bromeabas cuando decías que tú también duermes desnudo. Ahora tendré que cambiar las sábanas —dijo en voz baja, con los ojos todavía de lleno sobre mí.

—Tengo que irme... ¿Dónde demonios está mi ropa? —Miré a todos

lados—. La dejé... ¿Dónde la dejé?

—Buenos días —dijo Sarah asomando la cabeza por la puerta entreabierta. No la había escuchado entrar. Sus ojos dorados se clavaron en mi cuerpo desnudo—. ¡Joder! —Ella se cubrió los ojos y retrocedió—. ¿Interrumpo algo?

—Ponte algo encima. —Colin abrió el armario y me tiró una camiseta y un pantalón.

Me acerqué al borde de la cama y empecé a ponerme la ropa, pero tuve que sentarme un segundo porque mi cabeza comenzó a latir al ritmo de mi corazón.

—He preparado el desayuno —habló Sarah y bajó la mano—. Yo me tengo que ir al hospital, hubo una pelea anoche y hay varios heridos. —Ella entrecerró los ojos hacia Colin—. ¿Sabes algo?

—No... —Él tragó con fuerza—. Pasé la noche con una chica.

—Espero que sea verdad. —Ella me miró con aquellos ojos extraños pero no había ni una pizca de frialdad en ellos.

Nos miramos el uno al otro en mudo silencio durante un momento antes de que ella alcanzara el pomo de la puerta. No podía dejarla marchar así, sin decir nada acerca de lo que había pasado.

—Lamento haberme comportado como un imbécil.

—Todos tenemos días malos, Jasper. —Ella sacudió la cabeza restándole importancia y abrió la puerta.

Y se fue, ella se había ido así como así, como si no hubiera puesto mi mundo patas arriba.

—Joder... Mis costillas. —Se quejó Colin mientras se agachaba para sacar algo de debajo de la cama.

—Mentiste, ¿qué coño hiciste anoche?

No me perdí la manera en que la mandíbula de Colin se endureció.

—Terminé lo que empezó en la tienda de tus padres. —Él enfrentó mi mirada directa de forma frontal y sin vacilar—. Nadie se mete con los *Free*

Souls y sale ileso.

—Colin... Maldita sea. Tú fuiste quien empezó todo esto.

—Fue Chris. No debería haberme restregado en la cara que iban a soltar a Roy. —Levantó en el aire unos pantalones vaqueros y una camiseta negra con el logo de la banda—. ¿Escondiste tu ropa debajo de la cama?

—No... —Fruncí el ceño. No recordaba haberla dejado allí.

—Uh, apesta... —La dejó encima de la cama de inmediato. Cruzó los brazos y su expresión se oscureció—: ¿Qué pasó anoche? ¿Por qué le pediste disculpas a mi hermana? ¿Necesito romperte la cara?

Y salió el hermano protector. No me molestaba verlo así, tan a la defensiva conmigo porque yo también tenía una hermana. Más de una vez le había dicho a Amelie que tuviera cuidado con los chicos que se meten en peleas. Tenía la suerte de ser muy cercano a ella y al crecer siempre estábamos juntos. Desde bromas sinvergüenzas para reírnos un rato, hasta maratones de películas y series. Me consideraba su guardaespaldas personal, pero últimamente la había fallado. Me alejé de ella cuando empecé a meterme en problemas y me costaba conectar de nuevo y recuperar lo que teníamos. No quería que Travis tomara mi lugar, yo podía hacerlo y no sería la primera vez. Hacía un par de años un chico la acosaba en el colegio y no dudé en ir a por él. No necesité palabras, solo con arrinconarle contra la pared y fijar mi mirada llena de furia sobre sus ojos, entendió mi mensaje y nunca más volvió a molestarla.

—No quiero hablar de esto contigo, déjalo.

—Solías contármelo todo. —Me estudió por un momento—. Le doy la razón a Sarah. Has cambiado.

Me puse rígido. Todo el mundo opinaba lo mismo. Era consciente de mi cambio, no era algo que había elegido, simplemente pasó. Me había rendido ante el dolor, la frustración y el enigma del amor, imposible de resolver. La parte vivaz que siempre me había caracterizado me había abandonado, solo se había quedado conmigo una parte maldita y vengativa. Y esa parte hacía que

mi fortaleza no tuviera límites.

—Me duele la cabeza, tío. Hablamos más tarde. Necesito ir a casa. ¿Me llevas? Mi moto se quedó en el aparcamiento del bar.

—Te llevaré y me quedaré contigo para asegurarme de que no vas a cometer ninguna estupidez —exhaló.

—Como quieras.

Mi estado de ánimo se ensombreció al pensar en Travis y mi hermana. Me pregunté qué habría pasado entre ellos. Tuve una sensación de inquietud que me decía que nada bueno.

CAPÍTULO 12

Jasper

Los días se hacían cada vez más calurosos. Esa podría ser una buena excusa para irme de Texas y buscar un lugar más fresco y menos poblado. No descartaba la posibilidad de comprarme un rancho y vivir una vida más plácida. Había descubierto que la vida era mejor vivirla a solas y preocuparme solo de mis propios intereses.

—Estás muy callado —dijo Colin mientras cerraba a puerta de su camioneta—. No sé si es buena señal.

—No voy a retractarme si eso es lo que piensas. El idiota de Travis tiene prohibido acercarse a mi hermana.

—Mejor entramos. —Palmeó mi hombro—. No le des más vueltas.

Mi casa no era grande, pero tenía su encanto. Estaba adornada con flores rojas que colgaban de las dos terrazas. Tenía un gran porche delante y un pequeño jardín atrás. Los grandes ventanales estaban abiertos de par en par, y tras ellos, escuché música romántica proveniente del interior. Aquello me hizo fruncir el ceño y apretar los puños con fuerza. Estaba casi seguro de que esos dos estaban teniendo sexo en mi casa, sin mi permiso y sin protección.

Después de llegar a la puerta, una sensación de temor me asaltó. Intenté prepararme mentalmente para el encuentro pero la puerta se abrió de par en par y me encontré con Travis, sin camiseta y con el pecho manchado de algo marrón que parecía sirope de chocolate.

—Ey, ¿qué pasa?

Borró la sonrisa de su cara y soltó el pomo de la puerta de inmediato. Intentó pasar por mi lado, pero fui más rápido y lo agarré por el cuello, empujándolo hacia la puerta.

—Ni se te ocurra, idiota. Tienes que dar explicaciones —bramé y lo

solté.

—¡Travis! —chilló mi hermana desde el interior de la casa—. Ven y ayúdame a limpiar este desastre. Es tu culpa.

—¿Que mierda haces aquí? ¿Qué le hiciste a mi hermana? ¿La has tocado? —Lo empujé con fuerza contra la puerta—. ¡Contesta, maldita sea! Si no quieres que te rompa los huesos.

Miré mis manos manchadas de sirope y maldije en voz alta.

—No es lo que tú piensas, bueno lo es... Joder. Déjame explicártelo.

—¡Empieza, ya! —Froté mis palmas contra mi camiseta y le dediqué una mirada asesina.

—¡Travis!

Mi hermana tiró de la puerta y cuando nos vio, cogió aire dejando ver su sorpresa. Hizo una mueca y retrocedió. Luego bajó la vista a su camiseta manchada de sirope, luciendo avergonzada.

—No voy a tolerar esto —rugí—. Quiero explicaciones ahora mismo, Amelie. Me mentiste.

—Tranquilízate —dijo ella como si eso fuera a apaciguarme.

—¿Tranquilizarme? —gruñí entre dientes y entrecerré los ojos hacia Travis—. ¿Sabías que ella sólo tiene dieciséis años?

—No quiero problemas, tío —dijo Travis a rastras, poniendo ambas manos en alto—. Pero no voy a negar que la quiero. Somos novios.

Mi hermana alzó la mirada hacia él y esbozó una sonrisa tímida. Observándola, me di cuenta de que echaba de menos verla feliz. Pero no podía aceptar esa relación. Conocía a Travis y sabía que no era bueno para ella.

—Amelie... No lo vas a volver a ver. Te lo prohíbo.

Mi hermana reaccionó como si la hubiera abofeteado. Algo cruzó por sus ojos, y estaba seguro de que era tristeza.

—No puedes hacerme esto. —Se acercó y golpeó mi pecho con sus puños—. No tienes ningún derecho. Si tú no eres feliz, no significa que todos tengamos que estar igual. No sabes nada... Ni siquiera te preocupas por mí.

Estuve triste estos días por la muerte de Matt... —Sollozó—. Él era... —Ella estaba llorando, había lágrimas corriendo por su rostro—. Te odio.

Dio la vuelta y entró corriendo en la casa. Travis salió disparado detrás de ella y golpeó mi hombro derecho cuando entró por la puerta.

—¡Idiota! —grité con rabia.

Quería vomitar. La resaca no solo hacía estragos en mi estómago, también en mi cabeza haciendo que no fuera capaz de pensar con claridad. Me los imaginaba juntos como una pareja y eso me revolvió el por dentro. Travis tenía veintiún años y la mayoría de las chicas que frecuentaban los bares lo conocían íntimamente. ¿Qué buscaba? ¿Un revolcón con una virgencita?

—Jasper, deja de ser tan obtuso. ¿No ves que están enamorados?

—No lo veo, no hay nada...

Entré en la casa y mis ojos se abrieron de par en par cuando vi las manchas de sirope en el suelo. El olor a chocolate me revolvió aún más y tuve que tapar mi nariz para cruzar el salón. Me paré frente a la puerta de la cocina y me quedé quieto para escuchar.

Mi hermana lloraba y murmuraba algo en voz baja. Puse la mano en el pomo para abrir la puerta, pero sus palabras me detuvieron.

—Nadie entiende por lo que estoy pasando. Solo tú... Gracias por estar a mi lado. Gracias por fingir que eres mi novio.

Retrocedí un par de veces hasta que choqué con el pecho firme de Colin.

—Voy a darme una ducha —murmuré—. Gracias por acompañarme. No tienes que preocuparte, no voy a hacer nada contra Travis.

—Entonces me voy. Esta noche es la fiesta y quedan algunas cosas pendientes.

—Te veré allí.

Él cruzó la estancia y salió por la puerta. La casa estaba hecha un completo desastre, yo estaba echo polvo y mi relación con mi hermana a punto de romperse para siempre. Por no mencionar a Sarah, ella ni siquiera quería saber de mí. La astilla de la conciencia me recordaba al chico que una vez fui,

al chico que era querido por todos, al chico que se encerró en un lugar tan lejano y oscuro que era imposible que volviera a casa. Él no tendría problemas al lidiar con Amelie o con Sarah, incluso podría tener la oportunidad que tanto ansiaba. La verdad era que nunca iba a ser un buen tipo. No había manera de que pudiera darles la seguridad que ellas buscaban.

¿Mi hermana y Travis no eran novios? Eso me tranquilizaba por una parte, pero me preocupaba el motivo que los podía haber llevado a mentir de esa forma. ¿Qué había pasado?

No podía creer que Travis estuviera haciendo algo así por ella. ¿La quería de verdad?

CAPÍTULO 13

Jasper

Puse mi teléfono de nuevo encima de la cama después de contestar al mensaje de Colin y sacudí un poco mi cabeza, necesitaba aclararme un poco. Había tomado una ducha y había dormido un par de horas; me sentía como nuevo. Todos estaban de camino hacia la mansión de *Las Bandidas*.

Un olor agradable a pan tostado cosquilleó mi nariz. Esboqué una sonrisa y me puse una camisa negra para cambiar un poco de estilo. Mi hermana hacía las mejores tostadas con queso y bacón.

Me alejé de la cama y abrí la puerta. Mientras me dirigía por el pasillo hacia la cocina metí mi camisa y alisé mi cabello.

Estiré la mano y abrí la puerta despacio. Cuando la vi, mi aliento quedó atrapado en la garganta; había llorado.

—Hola, Jasper. —Sonrió y se acercó para darme dos besos en la mejilla.

—Lo siento, pequeña. —La abracé con fuerza y sentí mis ojos un poco llorosos. Amelie había sido todo para mí desde el día que nació.

—Te comportaste como un idiota —susurró.

—Lo sé, perdóname.

Ella se retiró el cabello del rostro y me miró calmadamente. Parecía como si quisiera simular que nuestra discusión no había pasado nunca. Quería hacer lo mismo.

—Te perdono porque te quiero mucho —murmuró—. Por eso limpié tu cocina. Estaba hecha una porquería. No entiendo como puedes vivir así.

Su boca se torció.

—No tenías que hacerlo. Vincent se ofreció a ayudarme.

—Necesitas una novia —refunfuñó—. ¿Tienes hambre?

—Amo tus tostadas. —Solté una risa sonora.



—¿Por qué no puedo ir contigo?

Eché un vistazo a mi hermana, sentada a la mesa y con sus manos entrelazadas sobre el regazo. Lo cierto era que se veía triste.

Bajé la vista a mi móvil para leer el reciente mensaje de Freya. Le había preguntado si podían llevarse a Amelie con ellas a la despedida de soltera de Kate. No sabía qué planes tenían, pero estaba casi seguro que eran más decentes que los de Colin y los chicos.

—Eres una menor y no puedes estar con los chicos. Son rudos, mal pensados y problemáticos —gruñí al darme cuenta de que esa caracterización me incluía a mí también.

—Travis cuidará de mí. —Alzó la barbilla desafiándome.

Freya me había contestado y efectivamente, ellas iban a salir a cenar al nuevo restaurante italiano. Le dije que iba a llevar a mi hermana hasta allí y guardé el móvil en el bolsillo de mis vaqueros.

—Vamos, hoy cenarás con las chicas.



Conducir hasta el centro de la ciudad era por lo general un buen viaje, pero el sofocante calor hacía que el sudor empapara mi cabeza más rápido de lo normal y que las gotas resbalasen por mi frente hasta mis ojos, haciendo imposible ver con claridad. Odiaba llevar puesto el casco en verano.

Las manos de mi hermana apretaron mi cintura y me di cuenta de que el semáforo se había puesto en verde.

Menos de un minuto después, estacioné delante del restaurante bajo la mirada de Freya, Sarah y Kate. Las tres se veían elegantes, con unos vestidos

veraniegos y el cabello suelto y rizado.

Solté una respiración pesada y me quité el casco.

Mi hermana se bajó de la moto y se paró delante de mí. Metió las manos en mi sudado cabello y lo revolvió.

—Te ves horrible. —Soltó una risita—. Sarah está muy guapa, ¿verdad?

Mi mirada me traicionó y encontró las inconfundibles curvas de Sarah y se movió con hambre arriba y abajo por su cuerpo. Llevaba unos tacones altos y sus piernas se veían largas y tonificadas. En ese momento mis ojos se convirtieron en mi boca y con cada movimiento o parpadeo, acariciaba su piel. Estaba más hermosa que nunca y fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo resistiéndome a la tentación de tocarla y hacerla mía. Varios escalofríos recorrieron mi columna vertebral, y esa mezcla de lujuria y ansiedad que sentía cada vez que la tenía frente a mí, estaba empezando a causarme estragos. ¿Podía mantenerme alejado de ella más tiempo? ¿Quería intentarlo?

—Es preciosa —susurré.

—Deberías hacer algo, estoy segura de que ella espera que seas tú quien tome las riendas de esta situación. Creo que tiene miedo... —suspiró—. Yo también lo tendría si fuera ella. Eres el típico chico malo que abandona a la chica buena después de acostarse con ella.

—Oye, ¿desde cuando sabes tú tanto? —Cambié de postura, incómodo—. Y te equivocas.

Me bajé de la moto y me acerqué a ellas. Saludé a Kate y Freya, luego mis ojos encontraron a los de Sarah y me estremecí. El calor desapareció de sus mejillas y se veía tan incómoda como yo.

—Jasper.

Mi nombre en sus labios era un suave murmullo. Esos labios... Mierda. Deseaba probarlos otra vez. Estaban separados y temblaban con cada inhalación de aire, haciéndolos jodidamente apetecibles.

—Sarah...

Ella se acercó para darme dos besos y la manera en que los rizos bailaron encima de sus hombros desnudos hizo que mi incomodidad aumentara con cada movimiento. El deseo era irreversible, la quería entera, vibrando y jadeando debajo de mí.

—No te preocupes por Amelie —dijo Kate—. La llevaremos nosotras a casa. Estoy segura de que terminaréis borrachos...

Tragué saliva y forcé una sonrisa. No quería mentir, pero tampoco revelar la cruda realidad de la fiesta que habían organizado los chicos.

—Gracias —conseguí decir .

—Espero que no sea necesario que intervenga la policía. Quiero una noche tranquila. —Sonrió.

—No, bueno... No.

Ella entrecerró los ojos hacia mí y dio un paso hacia delante.

—¿Tienes algo que confesar? —Su voz se tornó dura—. Nunca me has mentido.

—Nada, Kate.

—Espero que así sea. Si me decepcionas, ya puedes olvidarte de que existo.

—No seas así. —Tragué saliva de nuevo.

—Nosotras vamos a entrar —avisó Freya con voz chillona—. No aguanto estar de pie tanto tiempo con estos malditos tacones.

Ellas dieron la vuelta para irse mientras un sentimiento de inquietud recorría mi cuerpo. Necesitaba hablar con Sarah y aclarar la cosas entre nosotros. Teníamos una relación extraña que no avanzaba en ninguna dirección. Si no podía estar con ella, al menos quería continuar nuestro disimulado baile como amigos.

—Sarah, ¿podemos hablar un momento? —pregunté.

Ella se volteó y asintió con la cabeza. Intenté hacer algo útil para matar la tensión, pero lo único que conseguí fue enrollar las mangas de mi camisa y pasarme las manos por el pelo con torpeza. No pude evitar notar la forma en

que sus ojos vagaron por mis antebrazos o por la tinta que los decoraba. Ella no había visto mis tatuajes de cerca, siempre llevaba camisetas de manga larga para taparlos, incluso si hacía calor. No me avergonzaba de ellos, pero consideraba que eran muy personales. Contenían textos y fragmentos de mis libros favoritos, y también algunos que solía dejarle a ella por las noches cuando entraba a hurtadillas por la ventana de su casa.

—Aún tengo tu perfume y las velas. Las dejé en el bar de Austin —dije en voz baja.

—Me pasaré mañana a recogerlos.

Aclaré mi garganta y planté una sonrisa amistosa en mi rostro.

—Me preguntaba si podríamos salir a comer mañana. No quiero perder nuestra amistad.

Nos miramos el uno al otro en silencio durante un largo rato y luego la comisura de su boca se levantó en una sonrisa que hizo que mis tripas se tensaran.

—Yo tampoco quiero perderte... —añadió con voz temblorosa.

—¿Mañana por la tarde? Es cuando cierro la tienda y tengo un hueco libre —expliqué.

—¿Dónde me vas a llevar? —Presionó los labios en una firme línea.

—Dónde tú quieras. —Me acerqué y pasé un pulgar sobre su cuello—. Si es algo elegante, mejor. Me encanta verte así, tentadora y ardiente.

Ella dejó salir un jadeo superficial y tragó saliva con fuerza.

—Como amigos, ¿verdad? —Tenía el rostro sonrojado.

—Como mejores amigos.

Mi voz se puso ronca en contra de mi voluntad.

—Perfecto. Quiero que vengas con el coche y que lleves puesta una camisa, como hoy.

—¿Algún color en especial?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos solo una fracción.

—Sabes cual es mi color favorito. —Eché la cabeza hacia atrás y sonrió. El sonido era ronco y rico.

Cualquiera podría decir que estábamos coqueteando, incluso yo me sentía engañado. Quería que aquello fuera verdad, que lo que íbamos a tener fuera una cita y no solo una comida normal entre dos amigos. ¿Pedía mucho? Quizás sí, pero no podía negar la ansiedad y la necesidad de aferrarme a aquello hasta que se desmoronara como siempre hacía.

—El azul... —susurré. Una lenta sonrisa se dibujó en mi boca.

—Y el tuyo el naranja, aunque ya no quieres admitirlo.

—Solo lo admitiré delante de ti.

—Deseando que llegue el momento. —Creí atrapar un destello de picardía en sus ojos.

La vi irse, sin molestarme en distraerme de imaginarme su culo desnudo en mis manos mientras subía las escaleras. No había dicho “Adiós “ o algo en absoluto. Simplemente se había dado la vuelta para menear su exquisito cuerpo delante de mis ojos hambrientos. Me gustó aquel encuentro, había sido diferente, intenso y misterioso.

CAPÍTULO 14

Sarah

Caminé detrás de Kate, ignorando el ardor de mis mejillas. Cuando Jasper se había acercado para tocar mi cuello, había sentido la familiar ola de anhelo y excitación siseando a través de mí. Su toque fue lento y electrizante, e hizo cosas increíbles en mis entrañas. Cada centímetro de mí deseaba que siguiera haciéndolo durante más tiempo, o incluso mejor, que me besara.

—Así que ahora estáis coqueteando. —El tono de Kate era severo y me hizo mirarla—. Hace dos días estabais peleando.

Suspiré y saqué una silla junto a ella. Apoyé mi barbilla en la mano y la miré directo a los ojos. No quería decir mucho, ya que la hermana pequeña de Jasper estaba sentada a mi lado.

—Te equivocas.

—Sarah... —Su tono era de advertencia—. Recuerdo que no querías verle más. ¿Qué ha cambiado en tan poco tiempo?

Me mordí el labio inferior y eché un vistazo a Amelie. Ella estaba mirándome expectante, como una niña curiosa que acababa de descubrir el mundo. Moví la cabeza en sentido negativo y me aclaré la garganta.

Cada vez era más irritante tener que explicarles a todos que no había nada entre Jasper y yo. Y aparte del secreto que guardaba, no quería hacer ningún movimiento, no quería arriesgarme a perder lo poco que teníamos.

—Nada, Kate. Solo quiero recuperarlo como amigo. Él y Colin son como uña y carne. No quiero que las cosas se vuelvan incómodas cada vez que nos vemos.

—Aja, entiendo... Amistad. —Su voz fue cayendo, y me giré en la silla para mirarla—. No te olvides de que Jasper ha cambiado. No quiero verte sufrir. Él se lo toma todo como un juego.

—¿Más de lo que estoy sufriendo ahora? —Le dediqué una sonrisa triste—. Imposible.

—Kate tiene razón —murmuró Amelie y todas giramos la cabeza para mirarla—. Mi hermano ya no es el mismo, yo también lo echo de menos. Pero sé que puede volver, solo hay que insistir y presionarlo.

—Veo que ya no eres una niña. —Freya elevó una ceja impresionada—. Creo que encontré a alguien con quien salir de fiesta.

—No quiero problemas con Jasper —gruñí.

—Deja de preocuparte, Sarah y vamos a emborracharnos —chilló Freya—. Quiero olvidar que tengo un novio pesado. Pediré las bebidas.

Ella se puso de pie y colocó las manos en su cintura. Enderezó los hombros y se encaminó en dirección al camarero que la miraba con una sonrisa lasciva en sus labios.

—Sarah... —susurró Kate y colocó una mano en mi rodilla—. ¿Tú también notaste algo raro en Jasper cuando pregunté por la fiesta de los chicos?

—Lo vi un poco incómodo.

Apoyé las manos encima de la mesa mirando hacia todas partes; un montón de gente de mi edad, y hasta la treintena cenaban tranquilamente. El restaurante no era muy grande, había alrededor de veinte mesas y un pequeño bar. Sin embargo, era muy íntimo y acogedor. Era el lugar ideal para una primera cita con Jasper.

Cita... Sonaba bien, pero no íbamos a tener ninguna cita, me estaba ilusionando para nada.

—Creo que esconden algo. Austin no quiso decirme nada esta mañana, ni siquiera mencionó el bar donde iban a estar —Kate resopló.

—Puedo preguntar a Travis —dijo Amelie—. No me mentiría, ya que somos novios.

—¿Qué? —La respiración de Kate dejó su pecho en una ráfaga—. Pero, por Dios... Eres una cría y él...

—Ya tuve suficiente con mi hermano, ¿vale? —La voz de Amelie era áspera, sonaba enojada al respecto—. Nos queremos y ya está.

Ella miró sin hablar a Amelie por un largo momento y entonces asintió lentamente.

—No voy a decir nada más. —Kate levantó una mano en el aire—. Es tu vida.

—¿Qué le vas a preguntar a Travis? —Busqué la mirada chispeante de Amelie—. Si sospecha que queremos averiguar lo que están haciendo...

—Le diré que quiero verlo, que lo echo de menos y que me he escapado. —Dio un pequeño suspiro y se encogió de hombros—. Me dará la dirección y así podemos ir hasta allí.

Ladeé la cabeza hacia un lado, sopesando la idea.

—No quiero estropearles la fiesta por un ataque de celos —murmuró Kate.

—No vamos a entrar, solo vigilarémos. —Retorcí un mechón de cabello alrededor de mi dedo. Me sentía traviesa, y un poco de diversión no nos vendría mal. La fiesta de Kate no tenía nada picante, ni siquiera un stripper atractivo bailando y desnudándose. Ella eligió algo sencillo para hablar sobre la boda. Por lo que tenía entendido, ella y Austin hicieron un trato, no querían provocar celos innecesarios.

—¿Vigilar a quien? —Freya dejó dos botellas de vino abiertas encima de la mesa.

—A los chicos —contestó Kate en voz baja. Su voz se puso melancólica—. Pero no sé si deberíamos hacerlo.

—Por supuesto que sí —dijo Freya con total naturalidad. Tomó las botellas de vino y dio un exagerado suspiro, como si dijera *¿No es obvio?*—. Algo estaban tramando estos días.

—Tú quieres ver a Colin —puse los ojos en blanco, fingiendo estar molesta. La verdad era que me alegraba del giro que había tomado esa quedada, y estaba deseando ver a Jasper de nuevo. Nunca le había visto tan

elegante, con pantalones grises y una camisa negra que resaltaba el color dorado de sus ojos. Cuando vi un poco de su piel tatuada, mis dedos casi se movieron solos, deseando tocar cada frase tatuada.

—Y tú a Jasper —reprendió Freya—. Quieres asegurarte de que no está esa Angela por allí.

Agité mi mano al aire, para evitar que continuara.

—¿Quién es Angela? —preguntó Amelie con curiosidad.

—Una chica que se tira a tu hermano —contestó Freya con una mueca.

—Oye, lenguaje. —Me puse de pie de un salto—. No creo que Amelie deba escuchar esto.

Volteé a ver a Kate buscando apoyo. Pero ella no dijo nada.

—No me tratéis como una niña ignorante. —Freya se enderezó de forma rápida—. Sé todo acerca del sexo.

—¿Hiciste algo con Travis? ¿Ese idiota se te insinuó? —Las palabras salieron de mi boca, desprovistas de emoción.

Ella apenas me lanzó una mirada de reojo.

—No, no hemos llegado a eso... Y no habléis así de él. —Freya negó con la cabeza mientras hablaba—. Es un buen chico. Me trata con mucho respeto.

—No lo sé cariño —dijo Kate en voz baja—. He visto su ficha policial y créeme que tengo razones para desconfiar.

—Sé que robó, sé que usó la violencia para escapar de una pelea y sé que se acostó con muchas chicas, pero también sé que nunca me haría daño.

Solté un suave suspiro de frustración y tomé una de las botellas de vino que tenía Freya en la mano. Di un largo trago para saciar mi sed y cogí mi bolso.

—Llama a Travis —le dije a Amelie.

CAPÍTULO 15

Jasper

Dejé la botella vacía encima de la mesa y miré a mi alrededor. Necesitaba más bebida. Preferiblemente algo fuerte. Todos se estaban divirtiendo, riendo y bailando delante del pequeño escenario improvisado como adolescentes incansables y eso me inquietaba.

El lugar olía a cerveza y patatas fritas. Quería irme pero no podía abandonar a mis amigos. Había llegado a la mansión el último, la fiesta estaba en pleno apogeo cuando entré y tuve que indagar en el frigorífico por una botella fría de cerveza. No conocía a la mayoría de los hombres que merodeaban por la casa, no sabía si eran amigos de Austin o de Colin.

El espectáculo había terminado, *Las Bandidas* bailaron delante de todos encima de sus motocicletas en trajes de baño. Subieron a Austin al escenario y Stephanie le hizo un baile privado, desnudándolo y besándolo por todas partes. Austin se dejó llevar, incluso la había agarrado por la cintura para sentarla en su regazo y frotarla contra su entrepierna. Estaba borracho porque él nunca haría algo así. Estaba enamorado de Kate hasta las trancas.

Entré en la cocina y abrí el armario que había al lado del frigorífico. Sabía que allí las chicas guardaban la bebida fuerte.

—No hay nada —dijo una voz familiar detrás de mí—. No reemplacé la botella que nos bebimos.

Angela colocó las manos a cada lado de mi cuerpo, atrapándome. Miré fijamente sus uñas pintadas de azul y tragué saliva. Cuando me acosté con ella, tenían el mismo color. Presionó su cuerpo contra el mío y mordió con delicadeza mi oreja derecha. Se sintió bien, y estaba teniendo problemas en controlar mis emociones. No quería que aquello se convirtiera en algo habitual, tuvimos sexo una vez, pero nada más.

Coloqué mis manos encima de las suyas y apreté sus dedos. Di la vuelta despacio y mantuve una distancia entre nosotros.

La miré a los ojos y traté de sonreír.

—Angela, lo que pasó aquella noche...

—Fue un error. Lo sé. —Se mordió la comisura del labio y parecía aún más joven.

Me di cuenta de que no sabía nada acerca de ella, ni siquiera cuántos años tenía. Cuando la conocí pensé que era bonita, pero la verdad era que era jodidamente atractiva. Su cabello largo y rubio, era un desastre de rizos y su cuerpo pequeño y delicado.

—Estaba borracho...

—Estábamos borrachos y jodidos —dijo en voz baja, aún mirándome.

—Bastante.

Ella me había sorprendido, la conversación que teníamos fluía con normalidad. No había recelo en su voz y su mirada era sincera.

—Deberías encargarte de sacar a tus amigos de aquí. No puedo dejar que la fiesta se alargue demasiado. —Ella hizo una mueca—. La policía nos tiene fichadas.

—Lo haré, no te preocupes. Dime algo. —Solté sus manos y me apoyé en la mesa que había a mi lado—. ¿De quién es esta casa?

—De un familiar. —Desvió la mirada.

—Tiene mucho dinero, ¿verdad? Esta mansión debe costar una fortuna.

—Eh, sí —murmuró evasivamente.

—¿Cuántos años tienes?

—Mira Jasper. —Se acercó y me miró a los ojos—. Que hayamos tenido sexo no te da el derecho de indagar en mi vida privada, ¿entendido?

Sonaba ronca y furiosa.

—Perfectamente.

—Sé que estás enamorado de una chica, y deberías centrarte en eso. No quiero complicaciones y supongo que tú tampoco. Vine a Texas para empezar

de cero, no quiero verme obligada a irme de aquí.

—Tranquila, no...

—¡Alto policía!

Sentí mis ojos ampliarse. La voz de Kate llegó a mis oídos alta y clara. ¿Cómo demonios había averiguado dónde estábamos?

Angela me dedicó una mirada dura, como si me culpase a mí por aquello, luego salió por la puerta de atrás sin siquiera despedirse.

Salí de la cocina y cuando entré en la gran sala, me atraganté con mi propia saliva y empecé toser. Kate había subido al escenario y movía la mano con su identificación de un lado a otro.

—Despejen la casa —gritó—. O quedáis todos detenidos.

Todos se apresuraron a salir, tambaleándose y maldiciendo en voz alta. Angela y Stephanie habían desaparecido, solo quedaban Colin, Travis, Chase, Vincent y un Austin medio dormido en uno de los sofás de cuero rojo.

—¿Que mierda, Kate? —bramó Colin y alzó las manos en el aire—. No estábamos haciendo nada malo.

Ella se bajó del escenario de un salto y ajustó su vestido elegante. Caminó hasta donde estábamos nosotros y nos miró con detenimiento, analizando nuestras ropas y caras.

—Mi futuro marido está borracho perdido, medio desnudo y manchado de pintalabios por todas partes. ¿Qué demonios ha pasado aquí? Esta casa es de *Las Bandidas*, dos chicas buscadas por la policía estatal por tráfico de drogas y blanqueamiento de dinero. Os podría detener a todos...

—Kate... Mi... Amor... —balbuceó Austin—. Llévame... A casa.

—¿Dónde están? —bramó ella. Se apoderó de una botella de cerveza y la lanzó contra el suelo, rompiéndola—. Necesito tomarles declaración.

Vincent negó con la cabeza y le dedicó una mirada de advertencia a Travis. Nadie quería decir nada, *Las Bandidas* tenían lazos estrechos con las bandas moteras de los otros estados. Nadie quería buscarse problemas, ya teníamos suficientes con *Los Skulls*.

—Se escaparon —dijo Sarah mientras entraba en el salón, seguida por Freya y mi hermana—. Y llevaban dos bolsas negras. Tomaron el jeep, apunté la matrícula por si deciden abandonar Texas.

Travis se acercó a mi hermana y la agarró por el brazo. Tiró con fuerza hasta que la hizo chocar con su cuerpo y la miró fijamente a los ojos.

—Me mentiste, Amelie —graznó—. Después de todo lo que hice por ti.

—Lo siento —susurró ella.

—Suéltala ahora mismo. —Me acerqué a ellos y empujé a Travis—. No la toques.

—Cuidado, Jasper. No empieces algo que no puedes manejar.

—¿Me estás amenazando?

Por instinto, lo agarré por el cuello y lo golpeé contra la pared detrás de él.

—No os peleéis —chilló mi hermana.

Travis rugió y enderezó sus hombros. Dio un paso hacia delante y miró por encima de mi hombro.

—No quiero pelearme contigo. Somos amigos, joder. Esta noche nos hemos pasado un poco con la bebida... Actué sin pensar —resopló—. Quiero mucho a Amelie, nunca le haría daño.

—Está bien —di un paso hacia atrás y tomé a mi hermana por la cintura. Besé su frente y le susurré: —Siento que hayas tenido que ver esto.

La solté y di la vuelta. Me encontré a Chase abrazando a Sarah y no supe como reaccionar. No era la primera vez que los veía juntos, tan cercanos y cariñosos el uno con el otro. Sabía que no había pasado nada entre ellos, Chase me lo había dicho.

Pero no podía evitar sentirme celoso, verlos juntos no hacía más que despertar emociones en mí que no me gustaban. Lo peor era que me sentía culpable. También cobarde y un idiota de mierda que no era capaz de hacer lo correcto.

—Sarah —susurré.

Ella se separó de Chase y le tomó el rostro en sus manos. Se quedó mirándolo a los ojos por un largo momento, luego se puso de puntillas y le dio un beso casto en los labios.

Me sentí como si me hubieran abofeteado. Todo el aire abandonó mis pulmones de golpe y me sentía mareado.

—Yo me voy —dijo Colin—. Llevaré a Freya a casa...

Colin me hablaba, pero su voz parecía un eco lejano en mi cabeza. Balbuceé una respuesta, sin poder apartar la mirada de aquella escena que seguía teniendo lugar a escasos metros de mí. Todo a su alrededor se disipó. Solo podía observar a Sarah abrazando a Chase.

Cambié la dirección de mi cuerpo en una maniobra rauda para disimular mi reciente análisis visual desmesurado y vi como Kate y Vincent cargaban con Austin fuera de la casa. Todos se marchaban, aquella noche terminó siendo un desastre.

Un par de minutos después, sentí una mano pesada en mi hombro. Me giré despacio y gruñí cuando vi a Chase.

—No te enfades y no digas nada. Sarah me pilló desprevenido, atrapándome con la guardia baja. Sabes que no hay nada entre nosotros. Está confusa y quizás algo celosa.

—¿Celosa?

Mi boca se torció.

—Sabe que te acostaste con Ángela.

—Joder, estaba borracho aquella noche... Mierda —siseé entre dientes.

—Le dije que la llevaré a su casa, pero creo que deberías hacerlo tú. Tenéis que hablar, y tenéis que resolver vuestra mierda. No quiero estar en el medio de todo esto. Respeto a Sarah y somos muy buenos amigos. Y créeme que tengo suficiente con lo de Valeria...

—No puedo, tengo que llevar a mi hermana, y además he bebido.

—Deja que Travis lleve a Amelie, está sobrio. Sabes que él no bebe y tú... —Hizo una pausa para tragar saliva—. Llama un taxi y acompaña a

Sarah. Está un poco achispada. Por lo visto, bebieron vino y ellas tienen poco aguante.

—Lo haré.

—Abre tus malditos ojos antes de que sea demasiado tarde y haz algo si quieres a Sarah.

Él se alejó dejándome solo en el medio del salón.

Sarah estaba sentada en el sofá, con la mirada en algún lugar. Quería acercarme a ella, pero no lo hice, antes tenía que despedirme de mi hermana.

Sacudiendo mis pensamientos fuera, caminé hasta allí y agarré a Travis por el brazo.

—Llévala a casa y asegúrate que no hay nadie merodeando por allí.

—Jasper, lo siento —dijo Amelie y se estiró para besar mi mejilla—. Lo he estropeado todo.

—No te preocupes, hermana. Ve a casa y descansa. Mañana tienes colegio.

Ella asintió y dejó que Travis la guiara hacia la salida.

Estaba completamente perdido, ni siquiera había notado el hecho de que Sarah había estado llamándome. Mi corazón saltó con sus palabras y me encontré sonriendo. No era un buen momento para actuar de esa manera, pero no podía evitarlo. Me sentía afortunado, era como si el destino hubiera decidido estar de mi parte.

Solos otra vez, ante una posible oportunidad. Incliné la cabeza, de repente sintiendo un poco de alegría. ¿Eso era raro? Mierda... Todo era raro entre Sarah y yo. ¿Importaba?

Me paré frente a ella y sus ojos cayeron sobre mí. Su respiración se estabilizó, pero sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras me miraba desde la cabeza a los pies como si no me hubiera visto en meses.

Quería abrazarla, pero no lo hice; sabía que ella no me lo permitiría. En cambio, me arrodillé delante de ella y tomé sus manos.

—No llores, pequeña —dije en voz baja.

Sus cejas se juntaron y vi el ligero temblor de su labio inferior mientras me miraba, tomándose el tiempo de analizarme como si no fuera a verme otra vez.

—Odio lo que nos pasa... Odio todo esto —exhaló.

—También me odias a mí. —Lo di por hecho.

—Algunas veces, pero no más de lo que me odio a mi misma.

Sus ojos se encontraron de nuevo con los míos y mi corazón se hundió. Sus emociones eran tan claras como el día, no podía esconderlas. Me deseaba tanto como yo a ella.

—No sabes el efecto que tienes en mí —murmuré—. Quieres castigarme, lo entiendo. Por eso besaste a Chase, pero dime qué hice mal.

—Te acostaste con Ángela, con esa criminal —dijo apenas en un susurro—. La he visto, es muy guapa.

—Lo es, pero no me importa. —Solté el aliento que había estado conteniendo—. Estaba borracho cuando... Mira, no somos nada. Eso me dijiste. No tiene sentido dar explicaciones sobre mi vida. Tú también saliste con chicos.

Me puse de pie, incómodo.

—Sí, tienes razón. Todo esto me confunde, me besaste y lo disfruté. No obstante, somos amigos y tenemos un pasado —dijo con voz trémula—. Has cambiado, pero yo también. Ya no somos críos y no tiene sentido escondernos detrás de las palabras.

—Entonces, ¿qué quieres?

Los ojos de Sarah se elevaron hacia los míos y sus labios se abrieron. Dios, era hermosa. Se veía dulce y vulnerable, justo como la recordaba.

Un mechón de cabello había caído a través de su rostro. Sin pensarlo, extendí mi mano y lo empujé hacia atrás.

Un rubor rosa comenzó a aparecer sobre la expuesta cima de su escote y avanzó hasta sus mejillas. Resopló y su aliento movió sus rizos a través de mi mano y murmuró lo bastante alto para que la pudiera oírla:

—No lo sé, pero no quiero perderte —susurró, moviéndose más cerca, vacilante.

—Yo tampoco —le dije—. Te llevaré a casa. Necesitas descansar. Mañana tenemos la comida y no quiero posponerla.

Ella exhaló con emoción entrecortada.

—Gracias por cuidar de mí. —Me dedicó una leve sonrisa. Algo cruzó por sus ojos, algo tan dulce y profundo que realmente hizo que me dieran ganas de reclamar su boca. Pero no quería hacerlo, no había esperado tanto tiempo una oportunidad como para joderla de la manera más retorcida. Ella estaba ebria y sus cinco sentidos no estaban en pleno funcionamiento.

—Tú también cuidaste de mí, sería devolverte el favor.



El viaje en el taxi fue un desastre. Sarah se sintió muy mal y el chofer tuvo que hacer varias paradas para que ella no le vomitara encima de los asientos. Cuando paró delante de mi casa, tuve que pedirle ayuda para sacarla del coche y tomarla en brazos; se había dormido y no había quien la despertara.

Después de varios intentos de meter la llave en la cerradura, conseguí abrir la puerta. Subí con ella arriba y la dejé en mi cama. La tapé con la manta y le di un beso en la frente.

Le envié un mensaje a Colin para decirle que Sarah estaba en mi casa y abandoné la habitación, con la intención de volver enseguida.

Toqué a la puerta de mi hermana pero nadie contestó. Me sobresalté cuando alguien tocó mi hombro.

—Jasper —dijo Travis—. Amelie está durmiendo. No quería dejarla sola en casa y no sabía si ibas a venir...

—Gracias. —Apreté los labios y suspiré—. Te agradezco todo lo que haces por mi hermana. Sé que ahora mismo está pasando por un momento

difícil.

—Ella y Matt eran novios —susurró Travis—. Su primer novio y estaba ilusionada con él. Cuando le dieron la noticia de que había sido asesinado, estaba conmigo. Sabes, es una muy buena mecánica y no le importa mancharse de grasa cuando me ayuda a reparar los coches—. Sonrió con tristeza—. Nunca había visto a alguien llorando tan fuerte, incluso se desmayó.

—Yo me enteré hace poco, y joder... Debería haber estado allí para ella —dije, pensando con tristeza en la tragedia.

—Ella es fuerte...

—¿Quién la está acosando en el instituto?

Sus ojos parpadearon.

—Ya me encargaré yo. Esas dos chicas no la molestarán más.

—Porque finges ser su novio, ¿verdad?

Él frunció el ceño y apretó la mandíbula.

—¿Cómo lo sabes? Solo Amelie y...

—Os escuché hablando en la cocina.

Me miró con una expresión silenciosa y evaluadora.

—Que sepas que a pesar de todo, la quiero. Ya sé que hay una diferencia de edad entre nosotros y que no soy bueno para ella, hice cosas de las cuales me arrepiento. Pero la respeto y la esperaré.

Sonreí y negué con la cabeza; me recordaba a mí.

—Entonces, te deseo suerte y mucha paciencia. No es fácil querer a alguien en secreto.

Travis captó la indirecta y no hablo más. Se despidió en silencio y desapareció de mi vista.

Entré de nuevo en mi habitación, y me quedé parado y aturdido intentando asimilar los hechos. Sarah dormía en mi cama... Donde más de una vez me la había imaginado. Era una hermosa vista, casi irreal.

Mi habitación era similar a la que tenía en la casa de mis padres, las paredes estaban adornadas con posters de motocicletas, y algunas pinturas de

grafiti hechas por Colin. Su hermano dibujaba muy bien, pero nunca decidió seguir con los estudios en la universidad de artes. Se sacrificó por el bien de los dos, empezó a trabajar a temprana edad y mantuvo a Sarah en la escuela.

Varias repisas repletas de libros decoraban los alrededores de la cama, y mis ojos se quedaron clavados allí. Echaba de menos la lectura y la tranquilidad de las tardes en compañía de mis personajes favoritos.

Cerré la puerta, me quité los pantalones y la camiseta. Me dejé los bóxer por si mi hermana se le ocurriera entrar y me acerqué a la cama. Sarah no parecía cómoda con el vestido puesto, pero no quería quitárselo para no ponerla en una situación incómoda al día siguiente. Me rasqué la cabeza y susurré un par de palabrotas antes de tumbarme a su lado. Cerré los ojos y dejé que el sueño me alcanzara.

CAPÍTULO 16

Jasper

La luz de la mañana estaba golpeándome en la cara y tuve que espabilarme. Abrí los ojos y giré la cabeza; me di cuenta de que estaba solo. Me senté y miré con atención la habitación. Mi ropa estaba doblada y colocada encima de la mesa, pero no había ni rastro de Sarah.

—Jasper, tienes que llevarme al colegio —gritó mi hermana desde el pasillo.

—Dame diez minutos.

—Te doy cinco, apúrate.

No supe qué pensar en aquel momento. No sabía si Sarah había huido o tuvo que irse porque tenía que trabajar y no quiso despertarme.

Necesitaba averiguar pronto qué tan lejos estaba dispuesta a ir conmigo para no salir herido otra vez. Tenía que ponerla a prueba y jugar un poco con ella y esa idea no me gustaba para nada.



Toqué el timbre y me quedé esperando. Me había puesto una camisa de color naranja y había arreglado un poco mi cabello rebelde, de manera que ya no se veía como una un manojo de plumas mojadas.

Sarah abrió la puerta y gruñí con sorpresa cuando vi que llevaba puesto un vestido azul que se ajustaba a sus curvas como un guante y unos brillantes tacones negros que dejaba a la vista un sin fin de piernas desnudas. Su cabello estaba suelto y rizado como le había sugerido.

La esquina de mi boca se levantó en una pequeña sonrisa sexy y me pasé

las manos más o menos por encima de mi cara. Cambié de posición para darle a mi creciente erección algo de espacio y la vi parpadear.

—Estás preciosa —dije y bajé la vista a sus labios.

—Me gusta tu camisa.

Se aclaró la garganta y dejó escapar un ronco gemido.

—Me alegro, la elegí especialmente para ti.

Ella se alejó para conseguir un poco de espacio para respirar y me miró con los ojos entrecerrados.

—Esto no es una cita. —Movié el dedo entre ella y yo.

—Yo no he dicho lo contrario...

—Entonces deja de coquetear conmigo —dijo tajante.

—Oh, dulzura... No quieres verme coquetear. Caerás seguro.

—Engreído.

Ella me hizo una mueca y le sonreí.

—¿Estamos en guerra? Si es así, tendré que sacar todo mi arsenal para ganar.

—No estamos en guerra, Jasper. Deja de decir tonterías. —Hizo una mueca y dio un paso hacia delante.

La seguí fuera de la puerta y la cerré detrás de nosotros. Coloqué mi mano en su espalda baja mientras bajábamos las escaleras y empezamos a recorrer la distancia que nos separaba de mi camioneta.

Abrí la puerta del copiloto y tomé su mano para ayudarla a subir y cuando se deslizó en el asiento, me agaché para colocarle el cinturón de seguridad.

—Puedo sola —dijo con nerviosismo.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo yo.

Dejé lo que estaba haciendo y miré su rostro. Me había vuelto un prepotente con las chicas y no podía controlar mis instintos con Sarah. Quería ser amable, educado y cariñoso, pero solo conseguía sacar mi lado sarcástico y petulante.

Extendí la mano y le puse el cabello tras la oreja. Quería besarla, pero más que nada quería que confiara en mí. Usaría la amistad para llegar a su corazón en el momento que menos lo esperase, porque no podía olvidarla.

Me alejé y cerré la puerta. Mientras rodeaba el coche, intenté reprimir mis deseos y mis pensamientos. Tenía que olvidar el pasado porque la preocupación no dejaba de pinchar mi garganta.

No hablamos en todo el camino. No había necesidad. Sentía que me miraba, pero no le presté atención. Necesitaba reunir toda la fuerza de voluntad posible para comportarme como debía con ella y si la miraba, todo se podría ir a la mierda.

Estacioné la camioneta en frente del restaurante. Fui hacia el otro lado y abrí la puerta para ella.

—Gracias —susurró y sonrió con placer.



—Estás encantadora con este vestido, aunque sería lo mismo con cualquier cosa que te pongas.

Sarah me mantenía en un estado constante de curiosidad y de leve excitación. Era una combinación interesante, adictiva.

—Eres muy generoso —habló con encomiable calma—. Nunca había entrado en este restaurante. Siempre pensé que solo venía gente estirada. —Se secó los labios con una servilleta y dejó el tenedor encima de la mesa. Había cierta atracción que fluía entre los dos y era tan turbadora, que no podía ser ignorada.

—Tienes un poco de salsa... —dije y señalé la comisura izquierda de su boca.

Ella se limpió otra vez con la servilleta y quitó la mancha.

—Déjame a mí. —Esbocé una sonrisa y sin pensarlo, tomé mi servilleta y la pasé con delicadeza sobre sus labios.

Sarah gimió y la chispa entre nosotros fue casi visible. Sus ojos se detuvieron en mi boca. Nunca había sentido tanto la necesidad de besarla en toda mi vida.

—Sabes que esto no va a funcionar, ¿verdad?

Se apartó para poder mirarme a través de sus sedosas pestañas.

—¿Disculpa?

—Nuestra amistad, Sarah. Nunca seremos solo amigos. —Traté de mantener mi tono uniforme—. Hay una maldita energía sexual entre nosotros que lo corrobora.

—No es verdad —dijo sin aliento.

—Tantas mentiras... ¿Por qué? ¿Qué ocultas?

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró los ojos solo una fracción.

—Estás obsesionado con eso. No hay un porqué, simplemente no somos compatibles.

—Cuanto más me dices eso, más decidido estoy a demostrar que te equivocas. Ni siquiera lo hemos intentado. ¿Cómo lo sabes?

Ella tragó y volvió a mirarme directamente. Sus ojos eran penetrantes y tan expresivos que podía leer la angustia que sentía en ese momento. Podía verla luchando para mantener sus emociones bajo control.

—Te conozco, sé como eres —dijo en voz baja.

—Entonces deberías conocerte a ti misma mejor. —Le dediqué una risa irónica—. Tus mejillas están sonrojadas, tienes los labios entreabiertos e hinchados de deseo, tu piel es ligeramente sensible y por no hablar de tus pezones que traspasan el material del sujetador por lo duros que están ahora mismo.

Dejó salir un jadeo superficial y tragó saliva con fuerza. Probablemente no había esperado que me pusiera tan agresivo de repente.

—No digas esas cosas. —Tomó una respiración entrecortada.

—No voy a parar, Sarah... Tu cuerpo prácticamente está rogando mi

atención.

—Jasper. —Su expresión estaba tensa.

—Y metería la mano en el fuego de que tus malditas bragas están húmedas ahora mismo.

—¡Por Dios! —Se puso de pie de un salto—. Iré un momento al baño.

—Tómate tu tiempo, pero no vas a conseguir borrar todas estas señales.

Torcí el gesto, en cuanto pronuncié esas palabras, supe que había hablado demasiado. Mierda, ella no se merecía nada de eso.

Se hizo un breve silencio entre los dos. No sabía si disculparme o pedirle que nos fuéramos.

—Ha sido un error salir contigo. —Sus palabras eran huecas y eficaces—. No me gusta tu forma de hablar.

Tomó su bolso y caminó por el pasillo trasero hasta que desapareció de mi vista.

Cerré los ojos con fuerza y me tragué los nervios. La oscuridad me envolvió y mi imaginación corrió salvajemente, pensando en lo que podría hacer con ella. En mi mente destellaron imágenes de su rostro inocente mientras la sostenía sobre mis rodillas y casi podía sentir la suavidad de su trasero desnudo bajo mi mano. Sarah tenía un cuerpo increíble y lo que sentía cuando la tenía cerca, me afectaba a un nivel primitivo. El pensamiento me puso enfermo y luego frío. No tenía a nadie a quien culpar por mi comportamiento. Tal vez al destino, había hecho una sucia jugada cuando la había colocado de nuevo en mi camino.

—Espero que estés contento —dijo Sarah y abrí los ojos.

Se sentó en la silla con torpeza y dejó el bolso encima de la mesa. Tragó saliva y se reclinó en el asiento soltando un suspiro tembloroso.

Me quedé muy sorprendido por su reacción. Había dado por terminada la cita.

—No entiendo... —Fruncí el ceño y llevé el vaso con agua a mis labios.

—Me quité las bragas y ahora me siento rara.

Me atraganté y tuve que toser varias veces para recuperar el aliento.

—Mierda, no puedes soltarme esto así, de golpe.

—Pero es la verdad.

—Joder... ¿Qué intentas hacer? ¿Quieres castigarme?

O quería demostrar algo, a mí y a sí misma.

—Quizás —murmuró con fingida inocencia.

—¿De verdad no llevas las bragas?

Los ojos de Sarah se entrecerraron y recuperó la compostura.

—Supongo que es algo que tendrás que averiguar —dijo claramente y vi el hambre que había en ella.

Quería utilizarme para darme una lección. Eso estaba bien porque yo también quería utilizarla para algo, para demostrar mi punto.

—¿Cómo demonios quieres que lo haga? No tengo una super visión.

—Encuentra una manera, eres un chico inteligente.

—¿Qué hiciste en el baño? Te noto traviesa, ¿te tocaste?

—¡No! —Su voz era chirriante.

—Estabas molesta cuando te fuiste.

Echó la cabeza hacia atrás como analizando mis palabras, luego se sirvió un poco de agua y dio una largo sorbo.

—Me di cuenta de que tienes razón. Nunca podremos ser solo amigos. Y esta definitivamente es una cita.

Deseé con todo corazón que sus palabras fueran ciertas. Ella no se mostraba tímida, y seguía mi ritmo. ¿Qué demonios había pasado? Nunca la había visto de esa manera, usaba un orgulloso sarcasmo para sacarme de quicio y era difícil saber si estaba coqueteando o siendo sincera.

—Vaya, ¿Por qué no te creo? Estás jugando conmigo.

—Quiero una tregua, y disfrutar de la noche. Me gusta este lugar.

A pesar de que había querido conservar la lucidez, tomé la botella de vino abierta y llené una copa. Necesitaba tener la cabeza despejada, pero en ese instante necesitaba más el valor. Había empezado un juego y quería

llevarlo a cabo. Lo que no me había esperado, era que ella hiciera lo mismo. Quería descifrar el mensaje, pero todo resultaba demasiado confuso.

—Vine una vez con mis padres y me gustó el ambiente. —Miré en dirección a la pequeña pista de baile y me bebí la copa de un trago—. ¿Quieres bailar?

—No sé —contestó frunciendo el ceño—. Bueno, sí sé bailar, pero no así. Nunca he bailado con alguien.

—Mientes. —Tomé su mano en la mía y entrelacé mis dedos con los suyos—. Bailaste conmigo cuando fuimos a la fiesta de cumpleaños de Austin.

—Mmm, lo recuerdo. Mis movimientos eran muy torpes, teníamos solo catorce años. —Torció los labios.

—Los míos también.

—¿Esto es realmente necesario? —Señaló bajando la mirada hacia nuestras manos unidas.

—Sí lo es.

Me puse de pie y la ayudé para que se levantara. Coloqué una mano en su cintura y me pareció increíble la conexión que se establecía entre nosotros. Coquetteé con la fantasía de estar completamente a solas, solo nosotros y la música sonando suave de fondo.

La apreté contra mi cuerpo y se le escapó un gemido de sorpresa.

—Tendrás que enseñarme qué hacer —dijo ella mirando a las demás parejas que bailaban como si llevaran toda la vida haciéndolo.

—Es muy sencillo, tienes que dejarte llevar y seguir mis pasos.

—¿Eso es todo? Creo que podré hacerlo. Pensé que era más complicado —respondió con serenidad. Se giró y me dedicó una sonrisa que casi me rompió el corazón por la mitad.

—Las piruetas las dejamos para otro día.

La guíe hasta la pista de baile y llevé sus manos a mis hombros. Bajé las mías a su trasero y la arrastré más cerca, presionándola contra mi firme longitud. Ladeé una sonrisa y me incliné un poco para susurrarle al oído:

—No tienes bragas.

—Jasper...

—Déjate llevar. —La presioné de nuevo hacia mi cuerpo y nos confundimos con las otras parejas de baile.

Mis manos acariciaron su espalda con ligereza mientras nos estábamos moviendo por la pista de baile. A nuestro alrededor todos bailaban presurosos, pero apenas reparé en ello.

Sentía su respiración entrecortada en mi cuello y mi aliento se quedó atascado en el pecho; me di cuenta de que estaba esperando el roce de sus labios en mi piel.

—Eres muy hermosa —susurré.

Era jodidamente caliente con ese vestido que cubría prácticamente toda la parte delantera y se amoldaba a sus curvas. La parte de atrás del vestido era la que más me excitaba, la que me hacía querer arrancárselo para verla desnuda en toda su gloria.

Mierda, era un hombre muerto cada vez que la veía. Mis dedos ansiaban tocarla y sentir su sedosa piel.

—Gracias.

—Cierra los ojos, Sarah —susurré en su oído.

Ahuequé mi mano izquierda sobre su mandíbula para luego acariciarle con suavidad la mejilla con el pulgar. Le miré la boca y antes de que pudiera protestar, la besé. Le sostuve el rostro y le mordí el labio inferior con una pizca de de dulzura y fiereza inesperada.

Empecé a jugar mi carta de descaró y no podía parar.

Sarah se estremeció mientras la sostenida apretadamente y sabía que se había rendido. Si quería tomarla esa noche, no había duda que lo iba a conseguir. Pero quería tomarme mi tiempo con ella y darle todo.

—Salgamos de aquí —dije tomando su mano y conduciéndola hacia la mesa. Noté cierta humedad en su palma y me pregunté si estaba nerviosa.



Estacioné la camioneta delante de mi casa y sentí su mirada en la oscuridad. Sabía que esto iba a pasar. En el momento que me devolvió el beso, mis dudas se habían desvanecido y dieron paso a la esperanza. Habíamos estado bailando alrededor del otro durante días.

A pesar de mis mejores intenciones, el demonio feroz que vivía enjaulado dentro de mí deseaba jugar con fuego y quemarse.

La ayudé a bajar del coche y caminé con ella hasta delante de mi porche donde la besé con impaciencia. Pasé los dedos por su cabello y no dejé que respirara, usé mi lengua y mis dientes para dejarla sin aliento.

—No hay marcha atrás, Sarah. ¿Quieres esto?

—Sí. —Apartó la mirada con el cabello cayendo sobre su rostro. Luego me rodeó los hombros con los brazos y me besó con ferocidad.

Saqué la llave de mi bolsillo y abrí la puerta, sin despegar mis labios de los suyos.

Una vez dentro, enterré mi rostro en su cuello y respiré hondo. Amaba esa fragancia en su piel, tenía un olor diferente y especial.

La solté y dejé que mirara a su alrededor.

—Tu casa es bonita. —Ella se paró en el medio del salón y colocó las manos a sus espaldas—. Me gusta mucho. Esta mañana salí sin despedirme y me arrepiento. Anoche me cuidaste y te comportaste como un caballero conmigo. Ni siquiera me desnudaste. Sabes, me confundes y muchas veces no sé con quién estoy hablando. Con el chico tímido y dulce que conocí, o con el chico atrevido y rudo que no controla sus impulsos.

—Supongo que tendrás que averiguarlo tú sola. Eres una chica inteligente y sabrás cual de los dos te conviene. —Dejé las llaves del coche encima del mueble de la entrada—. Vamos a dar una vuelta.

Asintió y giró sobre sus talones. Se agachó y empezó a quitarse los

zapatos con movimientos bruscos y temblorosos. Sus escoté quedó a la vista y mi pulso sufrió una fuerte aceleración. Sus zapatos tenían delante pequeñas tiras que se enganchaban con sus dedos y aunque la vista que tenía delante de mis ojos era muy excitante, tenía que reaccionar y socorrerla.

—Deja que te ayude.

Me acerqué y me agaché delante de ella. Tomé su rostro en mis manos, acariciándole las mejillas con mis dedos pulgares para tranquilizarla. Ella cerró los ojos y se alejó, dejándome espacio para quitarle los zapatos.

Tragué saliva al verme delante de sus delgadas piernas y sintiendo a mi apetito como una cosa viviente y enfadada. Estaba ansioso por tocarla, pero lo hice lentamente, deteniéndome en cada movimiento para acariciar su piel. Mis dedos expertos consiguieron desabrochar las tiras, pero no querían abandonar su piel.

—Levanta un poco el pie —hablé despacio, mis palabras sonaron como una orden.

Ella posó una mano en mi hombro y levantó el pie derecho. Mis dedos agarraron el zapato y tiraron hacia abajo. El ruido que hizo al caer al suelo, la sobresaltó.

Me había quedado con su pie en mis manos y aproveché para darle un pequeño masaje, presionando lo justo para excitarla. Dejó escapar un gemido y toda mi atención se centró en sus labios, en su delicado color rosa de sus mejillas. Las puntas de sus dedos se clavaron mi hombro y se mordió los labios.

—Dame el otro pie.

Obedeció y mis dedos ansiosos agarraron de inmediato el zapato. Lo dejé caer al suelo y Sarah descansó su pie al lado. Me alejé un poco y deslicé mis manos por su pierna derecha hasta la rodilla. Ella bajó la vista y me miró extrañada.

—Tienes una piel muy suave —susurré—. Y nada más me gustaría seguir acariciándola pero quiero ir poco a poco. No quiero que pienses que quiero

solo sexo, el chico atrevido no quiere solo eso. Él tiene una cosa en común con el chico tímido que conociste. Tendrás que encontrarla antes de que sea muy tarde. Si no lo haces, puedes perderlos a los dos.

—¿Es un ultimátum?

—Tómalo como quieras.

Me puse de pie y miré su rostro. Sentí cariño por la sensibilidad que mostraban sus ojos y la idea de compartir intimidad con ella, me parecía atractiva.

—Sígueme.

Tomé su mano y subí las escaleras. La llevé directamente a mi habitación; no quería andarme con rodeos. Ese momento era diferente. Los dos habíamos decidido fingir que estábamos bien y que teníamos algo que demostrar. No quería tener paciencia, había esperado demasiado tiempo.

Necesitaba tomarla con tanta fuerza que no sería capaz de sentarse en días. ¿Quería castigarla? Sí, quería poseerla, besarla y sentirla. Sabía que era la única oportunidad que tenía y no iba a desaprovecharla.

No me sentía culpable, no había razón para ello.

—¿Puedo besarte? —pregunté en voz baja.

Asintió con la cabeza y me acerqué, vagando mis dedos sobre sus mejillas. Cuando cerró los ojos, la atraje hacia mí y acerqué mi boca a la de ella. La había besado antes pero se sintió como la primera vez.

Sarah deslizó su mano a través de la parte trasera de mi cabeza y me mantuvo allí. Me conmocionó la intensidad del placer que recorría mi sangre, el deseo salvaje que ella había despertado en mí solo con tocarme de esa manera. Sus dedos se mezclaron con mi cabello, acariciándome mientras nuestros labios se conectaban una y otra vez.

Nunca había experimentado una necesidad como aquella; parecía un sueño hecho realidad. Estaba tan duro que dolía y no recordaba haber estado alguna vez tan caliente como estaba en ese momento.

Mi mano estaba descansando en su cintura, mis dedos acariciaban el

tejido de seda de su vestido, no quería parar pero tenía que hacerlo

Rompí el beso y me la encontré mirándome con su mirada fija en mí. Se veía aturdida, sus labios estaban húmedos y sus mejillas ruborizadas.

—No pares, no quiero recordar el pasado... No quiero arrepentirme —susurró.

Sus palabras me tomaron por sorpresa. Sabía que ella también me deseaba, lo veía en sus gestos, sus miradas y definitivamente lo sentí en sus besos. Pero no quería presionarla, no quería obligarla, así que me alejé un poco para darle espacio y tiempo para averiguar lo que quería.

Hubo un par de latidos en el silencio antes de contestar.

—Dime que deseas esto tanto como yo. Sino, te llevaré a casa y olvidaremos que esto haya pasado. Dime que me deseas —pedí con tono mordaz—. Dime que siempre lo has hecho.

—Siempre. —Su respuesta sincera me enloqueció.

Sarah se colocó delante de mí y me quitó la camiseta. Dejó sus manos deslizarse arriba, alrededor de mi espalda y a través de mis hombros. Luego presionó un beso con la boca abierta en el centro de mi pecho y mordió con delicadeza mi piel.

—Esto es tan perfecto como dos personas pueden ser —susurró.

Sus manos en mi piel desnuda, me parecieron incitantes. Me sentía como si llevase esperando ese momento toda mi vida. Una persona que me quería y a la que podía devolverle el cariño con actos y palabras.

Me temblaban las piernas pero deseaba tenerla salvaje y espontáneamente. Mi boca descendió sobre la suya con una fiereza que no había esperado. Ella me dejó devorar su boca y me dejó poner mis manos en todas partes. No había suavidad, todo lo que existía era una ciega necesidad de estar dentro de ella y hacerla sentir la necesidad que me estaba volviendo loco.

Sarah susurró mi nombre, tratando de conseguir que ralentizara el ritmo pero no me importaba.

Dejé su boca para lamer y besar su cuello hacia abajo. Aproveché para llevarla conmigo hacia la cama y la ayudé a sentarse entre besos y caricias. Me estiré a su lado y sus labios aterrizaron en algún lugar debajo de mi ombligo y mis abdominales se contrajeron tanto que hasta dolían.

Jadeé su nombre y con la mano derecha agarré su cabello, tirando con suavidad hacia atrás. Me miró con los labios entreabiertos y gimió bajito.

—Tómame duro —murmuró—. Lo necesito tanto que duele. Quiero algo inolvidable, quiero algo diferente, vibrante y oscuro. ¿Puedes dármelo?

—Joder, Sarah —gruñí. Vi ardor en su mirada y me costaba respirar. Sin pensarlo, le separé las piernas y tiré con fuerza de su cabello. Su cuello quedó al descubierto y casi me derretí de placer. Lleve mis labios a su suave y sensible piel, justo debajo del lóbulo de su oreja. Lo besé ligeramente y moví mis dedos por su cuello. Tan pronto como mi boca alcanzó su hombro, usé la lengua para lamer su piel en un continuo y húmedo movimiento. Terminé con un lento círculo de mi lengua en el punto en que empecé chupando ligeramente.

Me aparté y mi voz se quedó atrapada cuando la miré en la reluciente luz que provenía de las ventanas. La cabeza de ella estaba echada hacia atrás y su cuello estaba totalmente expuesto.

—Puedo darte todo lo que deseas, no tienes que pedirlo.

Incluso yo podía escuchar el ronco gruñido gutural de mis palabras susurradas.

Lo siguiente que hice, me estremeció con fuerza. Le abrí la cremallera de su vestido y bajé la prenda de un tirón. Sus pechos llenos se sacudieron en el sostén y eso me deshizo. Dejé de respirar un por un segundo y paseé la mirada por su cuerpo exquisito. Apoyé mis manos en cada lado de su cabeza y bajé la mirada hacia ella con deseo feroz.

—Puedo hacerte daño... —jadeé—. Deseo cada maldito centímetro de tu precioso cuerpo y quiero devorarlo.

—Nunca me harías daño... En cambio yo sí —dijo mirándome, nerviosa e intranquila.

—No hablemos, es mejor.

El hecho de que no me hubiera permitido acercarme a ella durante tantos años, me hizo querer dominarla. Y ella estaba dispuesta, por eso no quería pararme. Me quité los pantalones y los bóxers. Tomé su muslo con una mano y abrí sus piernas para presionar mi cuerpo entre ellas. Sentí la exquisita y resbaladiza humedad presionando contra mi miembro y empecé a complacerla en seco. No había hecho eso con ninguna chica, no había necesitado hacerlo. En aquel momento me sentía como un adolescente, como el chico que estaba loco perdido por Sarah y se masturbaba por las noches pensando en ella.

Y deseaba entrar, quería malditamente sentirla vibrando debajo de mí, pero ella estaba a punto de correrse y no quería interrumpirla. Mis dedos se deslizaron hacia abajo por su suave piel hasta que encontraron su caliente humedad.

Ella tembló contra mi mano y podía sentir la tensión en su cuerpo mientras trataba de llegar a la cima. Levanté la mirada y tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos respirando con dificultad, estaba preciosa. Le faltaba poco así que me levanté un poco para tocar su clítoris con mi dureza, deslizándose alrededor en círculos pequeños.

—¿Quién te toca, Sarah? —dije con un gruñido—. ¿El chico tímido o el rebelde?

Quería saber si me había olvidado, si solo quería sexo sin obligaciones. Le había dicho que esos dos chicos tenían algo en común, y eso era el amor que sentían por ella. Si Sarah no era capaz de verlo, entonces se tendría que conformar solo con uno de ellos.

—El... El... El chico malo.

Tragando las emociones que trajeron sus palabras, pues no me lo había esperado, retiré mi mano y la miré a los ojos.

—Jasper —lloriqueó—. Sigue.

—No, dulzura. Si quieres al chico malo, lo vas a tener. Pero él no es dulce, cariñoso o romántico. Él es egoísta, frío y rudo. Él nunca pensaría en

complacer antes a la chica. Él la cogería fuerte haciendo que su prioridad número uno sea satisfacerse; su miembro sería lo único que le preocuparía.

Ella parpadeó y me miró con desvalido pánico.

—Por favor... —susurró, arqueando la espalda y contoneando las caderas.

—Te daré el orgasmo que quieres, pero nada más. ¿Estás segura? No creo que pueda ser suave.

—No tengo razones para pensar que quieras hacerme daño. —Le temblaba la barbilla y quería abrazarla, pero no lo hice.

—¿Qué te hace estar tan segura de ello? No me conoces, no conoces al chico malo. —Enredé mis manos en su cabello y tiré de él, empujando su cuello al lado—. Solo conociste al tímido. Él nunca haría esto.

Casi lamentaba como le hablaba y no podía creer que ella no me rechazase. ¿Le gustaba más mi lado malo? ¿Había estado equivocado todo este tiempo?

Sus ojos se enfocaron en los míos durante un largo momento, antes de que agarrara mi miembro con sus manos y comenzara a apretarlo suavemente.

—Quiero conocer al malo también. Y para eso tengo que estar a la altura.

—Mierda, Sarah.

Con mi respiración contenida, quité sus manos y le di la vuelta, presionando su cuerpo contra el colchón. Gimió con sorpresa y me miró por encima de su hombro.

—No me hagas esperar —susurró.

Deslicé mi mano bajo su cuello y me guié entre sus piernas.

—¿Tomas la píldora?

—Sí, sigue... Por favor. —Su respiración se atoró.

Con la otra mano agarré su cintura y entré en ella con una sola embestida profunda. Me conduje a mí mismo más profundo y más rápido dentro de ella. Continué moviéndome, entrando y saliendo mientras mi boca vagaba por su espalda, raspando la piel con los dientes.

—Tenía tantas ganas de sentirte —gruñí.

Nuestros cuerpos sudorosos se golpeaban con furia, desatados. Me sumergí en ella tomándolo todo, perdiéndome en su interior, obligándola a saborear cuanto la había deseado. En mi mente, la había hecho mía en todas las posturas posibles. Sabía que había estado con otros chicos y yo me había tirado a bastantes, pero de algún modo, sentí como si fuera la primera vez.

Aquel orgasmo iba a matarme, pero no intenté controlarlo. Me dejé llevar y me entregué por completo.

A juzgar por sus suaves gemidos, estaba tan cerca como yo. La razón me abandonó y la embestí con mucha fuerza hasta que el temblor de su cuerpo me atravesó. Lancé un gruñido para expresar mi liberación al tiempo que me derretía por el éxtasis.

—Jasper... —Las palabras murieron entre sus labios.

Finalmente comprendí lo que esta mujer significaba para mí. No quería colapsar sobre ella, pero lo hice. Enterré mi cara en su cuello y la acerqué a mi pecho antes de reunir la energía para voltearla.

Cuando me retiré, los dos estábamos temblando y sudorosos. Tenía miedo de que no lo hubiera soportado, pero estaba bien. Se acurrucó en mi pecho y metió la cabeza debajo de mi barbilla. Podría estar así con ella para siempre, pero sabía que no iba a ser posible.

—Tengo que abrir la tienda —murmuré.

—Y yo tengo turno de tarde.

—Te llevaré.

Asintió, sin vacilación.



El trayecto en moto hasta la casa de Sarah no fue tan malo. El aire fresco me vino fenomenal. Sin embargo, duró una eternidad, y cada minuto fue una

tortura, pues ella no paró de apretar mi cintura con fuerza, como si nunca quisiera soltarme. Incluso me pregunté si estaba llorando.

—Hemos llegado —dije en cuanto apagué el motor.

Sarah se separó de mí y se bajó de la moto. Me quité el casco y me pasé una mano por el pelo sudado. Me sentía nervioso, demasiado y temía mirarla. Solté una profunda respiración y me puse de pie, de modo que quedé delante de ella.

Alcé el brazo y la agarré de la barbilla antes de recorrer sus labios con el pulgar. Nuestras miradas se encontraron. Mi pulso se aceleró, aquello se sentía como una despedida. Me incliné más todavía, quedando a escasos centímetros de ella.

¿En qué coño estaba pensando cuando me la tiré como a una cualquiera? Ella era el amor de mi vida, era lo más bonito que me había pasado en la vida, ella era mi princesa.

Me odié a mí mismo.

—No sé qué decir —susurró. Sus labios se movían contra mi pulgar y la sensación era indescriptible, la deseaba otra vez.

Tomé una profunda bocanada de aire y contemplé su rostro. Maldita sea, era preciosa. Me lo ponía difícil.

—No digas nada, entonces...

—No deberías hacer eso. —Agarró mi mano y la apartó—. Solo somos amigos.

—Así que ya olvidaste lo que pasó hace media hora.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros durante unos segundos.

—No quiero recordarlo, en cambio nunca olvidaré aquel día, Jasper. Cuando te pusiste tu camiseta favorita de color naranja y me hiciste reír.

Ella había dicho mi nombre de nuevo, solo que estaba vez había sonado perdido, como aquel recuerdo que se quedó atrapado en el pasado. En aquella fracción de segundo, lo vi todo claro como el día. La razón por la que había tanta separación y desacuerdo entre nosotros. La razón estaba escondida en

aquel recuerdo. Me había negado a verlo porque me dolía recordarlo, y había sido un tonto.

—Lo recuerdo, Sarah. Tú... Dios, ¿como fui tan ciego para no verlo?

Su rostro se endureció y retrocedió. Se llevó una mano a la boca y negó con la cabeza.

—No es lo que tú crees. ¡No lo es! —Su voz era áspera y respiraba con dificultad. Parecía tan sorprendida como yo.

Un momento de tensión pesó en el espacio entre nosotros, luego enderezó el bolso sobre su hombro y dio la vuelta entrando corriendo en su casa.

Me había quedado estático, delante de mi moto mientras miraba la puerta por la que ella había entrado. ¿Cómo demonios había olvidado lo que le había pasado cuando cumplió los quince años? Apreté los puños con fuerza y cerré los ojos durante un tiempo.

—*¿Qué llevas puesto? —Sarah arrugó la nariz hacia mí.*

—*Mi camiseta favorita —contesté con una sonrisa.*

—*Es naranja. —Torció los labios.*

—*¿Qué tiene de malo? Es mi color favorito...*

—*No sé, te veo raro.*

—*Te da vergüenza ir conmigo.*

—*Nah, tú eres mi novio y te quiero mucho.*

—*Yo también, Sarah.*

—*Jasper... Tengo que contarte algo.*

—*Dime, ¿quieres besarme?*

—*Ay, no seas tonto. —Golpeó mi hombro con su puño en plan jugueteón.*

—*Te escucho, pero no quiero que me dejes.*

—*No lo haré... —suspiró—. Mi abuela me llevó al médico porque me dolía mucho allí abajo... Sabes donde. —Se puso colorada.*

—*¿Hiciste tonterías con alguien? ¿A quién tengo que golpear?*

—*¡Jasper! —Me miró molesta—. Es algo serio.*

—*Te escucho, princesa.*

—Sabes que tengo diabetes. —Asentí con la cabeza—. Y resulta que puedo tener los ovarios poliquísticos por la resistencia a la insulina... O algo así. —Su voz tembló—. Dicen que esto es un factor de riesgo para mi fertilidad. Quieren hacerme controles cada mes y tratarme correctamente para que eso no me afecte...

—Lo siento mucho. —Besé su frente—. No te pongas triste, estoy seguro de que no habrá problemas.

—Espero que así sea. Quiero tener hijos cuando sea mayor.

—Yo también, muchos. Tengo una idea. —Le guiñé el ojo—. Vamos a cambiar las camisetas.

—¡Pero la mía es pequeña para ti!

—No importa, creo que te quedará mejor el naranja a ti.

—Y a ti el azul. —Se echó a reír—. Soy feliz porque por fin voy a ver tu tatuaje.

—Ah, se me había olvidado. —Torcí los labios—. Nadie tiene que saberlo, ni siquiera tu hermano.

—No... Déjame verlo.

—Está bien. Son un par de frases, nada más.

—Quiero leerlas.

Todo dentro de mí se tensó. La razón hacía acto de presencia, intentando crear un discurso aceptable para explicarme lo que había pasado. No obstante, me sentía incapaz de encontrar una explicación exitosa en aquellas condiciones. Estaba confuso, y no podía atar los cabos sueltos. ¿Sarah estaba enferma? ¿Su diabetes había empeorado?

Necesitaba respuestas y Colin iba a dármelas.

CAPÍTULO 17

Sarah

Me sentía horrible. Había cometido un grave error, uno que podría desvelar mi miserable secreto. Debería haberme detenido, y no seguir coqueteando como si todo estuviera bien. Pero mi cerebro no había estado funcionando con normalidad últimamente, y las respuestas que provocan en mi cuerpo sus miradas, sus toques y sus besos, me habían dejado fuera de juego. La necesidad, el deseo y un ardiente anhelo había crecido más y más en mi interior, haciéndose palpable. Fue imposible no rendirme y entregarme por completo.

Llevaba esperando aquello toda una vida y ya que lo había conseguido, me sentía vacía.

En los últimos años había elegido ser una persona totalmente diferente y había actuado así por tanto tiempo que apenas recordaba a la chica tierna y alegre que había sido. Jasper la había conocido y eso era peor para mí. Estaba casi segura de que él pensaba que aquella chiquilla seguía allí.

Le dije que quería conocer al Jasper malo, al que quería acostarse conmigo sin ataduras porque lo deseaba. Y quería tenerlo antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que él conociera a otra chica y me olvidase. Lo había utilizado, pero lo que descubrí, me dejó atontada. Los dos me querían, tanto el chico tímido que siempre me hizo feliz, como el chico malo que me miraba como si quisiera devorarme.

¿Por qué tenía que pasarme eso a mí? ¿Por qué no podía ser feliz con el chico que amaba? ¿Por qué no podía tener hijos?

Escuché el timbre de la puerta y con un gemido ahogado me puse de pie. Caminé hasta allí, deseando que no fuera Jasper. Le había mentado cuando le dije que tenía turno de tarde.

Mis ojos se abrieron de par en par cuando vi a Freya parada delante de mí. Había llorado, su maquillaje era una mezcla horrible sobre sus mejillas y su pelo multicolor parecía una especie de mezcla rebelde, como si no se hubiera peinado en días.

—Freya, ¿qué ha pasado?

Ella se tiró a mis brazos y empezó a llorar.

—Soy una tonta... Y él un idiota. ¿Por qué lo hice? Joder... —balbuceó entre sollozos.

—Vamos a entrar y luego me lo cuentas todo. —Le hice un gesto con la mano para que me siguiera dentro.

Freya asintió y sorbió la nariz. Me siguió al interior y cerró la puerta detrás de ella. Se abrazó a sí misma y se sentó en el sofá, con la mirada perdida.

—Me acosté con tu hermano —dijo con voz trémula—. Fue maravilloso... —Sollozó—. Se comportó muy bien conmigo, sabes... Yo no lo había hecho con nadie más y...

—¿Qué demonios? —grité—. ¿Mi hermano está loco? Tú tienes novio y...

—Ya no. Le dije a Hans qué pasó anoche y me dejó. Tu hermano también me dejó. ¿Qué hice mal? Fue Colin quien vino a mi casa. Se escabulló por la ventana... Estaba mal, estaba muy nervioso y sabes que siempre acude a mí cuando está así. Pero también estaba borracho y no paró de besarme y tocarme. Al principio no quise hacerlo, pero lo quiero tanto... Lo he deseado tanto.

Tuve que reprimir las ganas de llorar con ella. Yo también estaba mal, había pasado por algo parecido, solo que mi rol era de mala, no de víctima. Me moví para sentarme a su lado y froté su espalda, para relajarla.

—Mi hermano tendrá que escucharme. Se aprovechó de ti. ¿Te hizo daño?

Ella se aclaró la garganta y se secó las mejillas con las mangas.

—No, yo lo dejé. Yo...

—Tú nada, y no me lleves la contraria, señorita. Conozco a Colin y sé como se pone cuando está bebido. No tenías ninguna oportunidad contra el.

—Pero yo quería. —Juntó las manos sobre su regazo—. Dios... Sus besos eran como el fuego, ardían... Mi cuerpo estaba en llamas... Soy una sinvergüenza. —Se tapó la cara y lloró—. Todos van a pensar que soy una puta.

—De eso nada. Sécate las lágrimas y ven conmigo. Sé donde pasa el tiempo mi hermano.

—Vamos a coger la moto de mi padre. La policía incautó todo lo que había en aquel almacén, pero no tocaron el garaje.

—No deberíamos hacerlo. La última vez, tuviste un accidente y...

—Era joven y no tenía mucha experiencia. He practicado un poco con Hans. Y además, si es un bar de moteros no podemos entrar así. En el garaje tengo tres chaquetas de cuero. Pertenecieron al club de mi padre.

—No sabía que Damien tuviese una banda.

—Era de su hermano mayor, Fabián. No sé porqué se separaron. Algo había pasado porque mi tío dejó de hablarle.

—Nunca te pregunté... —Tragué saliva—. ¿Has ido a ver a tu padre? Lleva dos años encerrado y recuerdo que en cierta manera te quería.

—No, no quiero verlo. Me decepcionó, me utilizó... No se merece mi afecto.

—¿Qué vas a hacer cuando salga de la cárcel?

—No lo sé, supongo que irme lejos. Ya no me queda nada aquí. Colin no me quiere... Pensé que entregándole mi virginidad podría hacerle cambiar de opinión. Era lo último que me quedaba y ahora... —Sollozó—. No sé qué hacer.

—No voy a defenderlo, pero sé que te quiere. No sé qué ha pasado para que actuara así de cruel contigo. Pero pienso averiguarlo. Esto no se quedará así, tendrá que dar una explicación y asumir las consecuencias. ¿Habéis

tomado precauciones?

—Sí... Usó un condón.

CAPÍTULO 18

Jasper

Cerré la tienda con llave, después de haber activado la alarma y saqué el móvil de mi bolsillo. Colin me había enviado un mensaje para decirme que se habían reunido en el pequeño bar de moteros que había a las afueras de la ciudad.

Mi hermana estaba bien, había pasado por la tienda después del instituto y luego se fue a mi casa. Mis padres tuvieron que quedarse un par de días más, al parecer la investigación dio un giro inesperado. El padre de Matt se había fugado y sospechaban que se había escondido en la cabaña del lago. Y para llegar hasta allí, solo mi padre y su hermano sabían el camino.

No había dejado de pensar en Sarah, había revivido el momento una y otra vez, hasta tal punto que me encontré hablando solo. Colin tenía que decirme la verdad porque estaba claro que Sarah no tenía ninguna intención de hablar.

En cuanto estaba fuera de la ciudad, reduje la velocidad. Lo primero que vi, fue una fila de motos flamantes y brillantes delante de la entrada del bar, luego un coche de policía.

Solté un bufido y actué con normalidad. Aparque mi harley al lado a la de Colin y guardé las llaves. Empujé la pesada puerta de madera y un fuerte olor a humo de cigarrillos me golpeó en la cara. Llevaba una semana sin fumar, y las ganas no habían disminuido.

El bar estaba oscuro y no era un lugar muy limpio. En la parte de atrás, alrededor de una mesas de billar, había una pareja que discutía delante de un oficial de policía, en el frente, había varios hombres mayores que intentaban conquistar a una mujer borracha. Había botellas vacías allí y allá, platos con patatas fritas y colillas esparcidas por el suelo.

Me acerqué a la barra y mis ojos analizaron a la camarera de mediana edad que hablaba acaloradamente con una mujer hermosa; pelo rubio y largo, labios pintados de un lila estridente y bastante joven.

—Estoy harta de salvarte el culo —le decía la camarera. Cuando me vio, dejó de hablar y me miró con el ceño fruncido—. Tus amigos están arriba. No quiero problemas.

—No se preocupe...

La chica se giró y se quitó las gafas de sol. Era Stephanie, la amiga de Ángela. Tenía el rostro magullado, como si alguien la hubiera pegado.

—¿Qué te ha pasado? —inquirí con los ojos bien abiertos.

—Debería haber imaginado que os conocéis —gruñó la camarera y se inclinó sobre la barra—. Tienes pinta de que saber quién fue el idiota que golpeó a mi hija.

Mis ojos se agrandaron cuando escuché sus palabras y levanté las manos en el aire.

—No sé de qué me habla.

—Y una mierda. Tuve que lidiar con la policía estatal, por culpa de vuestras estúpidas bandas de moteros —escupió la mujer con desdén.

—Él no tiene la culpa, madre. —Stephanie se puso de pie y agarró mi brazo—. Fueron los *Skulls*. Ellos tienen a Ángela.

Mis entrañas se retorcieron y apreté la mandíbula. No me importaba aquello, ellas no significaban nada para mí, pero no podía dejar que Chris y su pandilla le hicieran daño a Ángela.

—Dijeron que vosotros sois los culpables de esto —exhaló—. Que la muerte de Angela pesará sobre vuestras conciencias. Sobre todas las conciencias de los *Free Souls*.

—Pero... Joder —dije con rigidez—. Maldito canalla.

—He pedido ayuda a las demás bandas, llegarán aquí mañana pero no puedo esperar hasta entonces. Quiero recuperarla. Es como una hermana para mí. Sé que vosotros tuvisteis un pequeño roce y...

—Angela y yo estamos bien. Cometimos un estúpido error, nada más.

La miré con seriedad. Era todo lo que podía hacer en ese momento. Me arrepentía de lo que había hecho y de haber bebido hasta perder la razón. Pero no era el único culpable, Ángela también. Ella me había provocado y me había tentado con ese encanto de chica misteriosa.

—Voy a ver a los chicos —dije y me alejé de la barra.

La sala de juegos estaba en la primera planta y cuando subí las escaleras, todos estaban ya allí. Colin y Travis jugaban a las cartas y Vincent y Chase limpiaban sus pistolas como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—Por fin llegas —dijo Colin y dejó de prestar atención al juego—. ¿Te enteraste de lo ocurrido?

—¿Por que soy el último en saber lo que pasa? —murmuré entre dientes.

—Porque te llamé al teléfono y no me contestaste.

—Estaba en la tienda, atendiendo a los clientes. Mis padres se quedan un par de días más en Kansas —pronuncié, acaparando la totalidad de las miradas—. ¿Qué pensáis hacer?

—Ir a por Chris y rescatar a Ángela —contestó Colin.

—Todo esto es por tu culpa. —Lo señalé con el dedo—. Empezaste una guerra con ellos. Parcheaste los chalecos con su territorio y además fuiste a buscar pelea.

—No sabes nada, joder. Vives en otro mundo. —Su voz sonó como truenos distantes.

—¿Y tú que mierda sabes? Vives como un loco sin hogar.

—¿Os queréis tranquilizar? ¿Qué demonios os pasa? —intervino Travis—. Deberíais echar un polvo, estáis demasiado tensos. Ah, se me había olvidado... Estáis enamorados. Resolver vuestra mierda fuera de aquí.

—No estoy enamorado —gruñó Colin.

—Entonces explícame por qué coño pasaste la noche con Freya. —Chase dejó su pistola encima de la mesa y se acercó a él—. Austin vio tu moto aparcada en la calle.

—No es de tu incumbencia.

—¿Te acostaste con ella? —Lo agarró por el brazo—. ¿Dónde demonios tienes la cabeza? ¿Sabes lo que significa esto para ella? ¿Lo sabes?

—Lo sé, maldita sea. Por eso me fui y...

—Eres un capullo —gruñí molesto—. Tanto tiempo te mantuviste alejado de ella para estropearlo todo en una noche. Y solo para echar un maldito polvo.

—Mira quien habla. El idiota eternamente enamorado de mi hermana —dijo Colin sin ningún ápice de remordimiento en su voz.

—Ya que estamos hablando de ella, cuéntame la jodida verdad de una puta vez. ¿Está enferma? ¿Su diabetes empeoró?

Sus ojos permanecieron centrados en los míos, inquebrantables hasta que preguntó con indiferencia.

—¿Qué te dijo?

—No me dijo nada, por eso te estoy preguntando a ti.

—Entonces, olvídalo. Yo no voy a hablar. —Apretó la mandíbula y un músculo se movió en su mejilla.

—¿Podemos hablar sobre el rescate de mi hermana? —murmuró Stephanie mientras entraba en la sala.

Vincent la miró de reojo, algo incómodo. ¿Había pasado algo entre ellos?

—Hablé con Austin —dijo Chase y todos lo miramos—. Tranquilos, ¿vale? Él me aseguró que no se lo iba a decir a Kate. Sabe que si involucramos a los policías, Ángela podría morir. Pero tampoco quiere intervenir, la boda es dentro de un par de semanas y no quiere problemas con Kate. Habló con unos amigos que tenía en el ejército, ya que yo no conseguí captar la atención de ninguno de ellos. El hecho de haber estado en prisión, los echó para atrás. No vamos a hacer nada hasta que ellos no lleguen aquí. Sería dentro de unas horas. Ellos fueron quienes nos ayudaron con el rescate de las chicas hace dos años.

—Has hecho bien —dije en voz muy alta para que todos me escucharan

—. No podemos actuar por nuestra cuenta sin estar respaldados.

—Mañana vamos a tener más ayuda. —Stephanie dio un paso hacia delante—. Cuatro bandas vienen de camino a Texas. Los *Skulls* no tendrán ninguna oportunidad. Desaparecerán para siempre, pero no quiero esperar tanto.

—Entiendo, nosotros hicimos lo mismo hace dos años. Teníamos el apoyo de otras bandas, pero preferimos empezar el rescate cuánto antes —dije con serenidad.

Un sonido de cristales quebrándose por algún lugar en el bar, interrumpió nuestra conversación y tuvimos que bajar a ver qué había pasado.

—Quítame la mano de encima, asqueroso —Freya tomó una botella de cerveza y la estampó contra la cabeza de un hombre.

La sangre empezó a gotear, pero parecía que a él no le importara, se reía como un puto loco mientras intentaba agarrarla por la cintura. Aquello hizo tanto alboroto que tuvimos que intervenir para que a ella no le pasara nada.

Vi a Colin agarrándola por la cintura y cargándola a sus hombros por las escaleras, pero nosotros tuvimos que quedarnos para controlar a ese hombre que sangraba a mares porque no dejaba de repartir puños y maldecir. Una vez que lo tuvimos acorralado, él se rindió y se sentó en uno de los asientos que había al lado de las mesas de billar. La camarera llamó a una ambulancia y el ambiente se relajó visiblemente.

Cuando subimos arriba, mi atención se vio arrastrada a Freya que lloraba desconsolada delante de Colin. Él no la miraba, tenía los puños cerrados y los labios apretados.

Quise decir algo, pero fui interrumpido por la entrada de Sarah en la sala. Me congelé al instante cuando la vi. Ella me había dicho que tenía que trabajar, ¿me había mentado para escapar de mí?

Me fijé en la chaqueta de cuero que llevaba puesta y fruncí el ceño. Pertenecía a un club de moteros, pero el nombre de *Eagles*, no me sonaba. Nunca había escuchado hablar de ellos. Por debajo llevaba un pantalón

vaquero que resaltaba todas sus curvas y una camiseta blanca que mostraba parte de su abdomen. Se veía sexy y ardiente. No podía apartar mis ojos. La deseaba otra vez. Estaba total y completamente a su merced.

Ella cruzó la estancia y se paró delante de su hermano. Sin darle tiempo a reaccionar, lo abofeteó tan fuerte que me dolió hasta a mí.

—¡Eres un insensible! No puedo creer que le hayas hecho esto. ¿Qué demonios pasa contigo? Tú no eres así. —Sonaba muy enojada y sus palabras hacían que su hermano luciera dolido.

—Sarah...

Ella lanzó un manotazo con la intención de darle otra bofetada, pero no lo consiguió. Colin había atrapado su muñeca y la acercó a él hasta que estuvieron a tan solo unos centímetros de distancia. Luego la abrazó.

—No me odies, por favor —le susurró él estrechándola contra su pecho.

—Tengo que hacerlo. —Ella lo empujó y lo señaló con el dedo—. Hasta que no resuelvas tu mierda, no vuelvas a casa. No quiero verte. Y mantente alejado de Freya. Le has hecho demasiado daño.

—¡Estaba borracho, joder!

—La misma excusa de siempre. Solo que esta vez, alguien salió herido. —Sonaba como si estuviera regañando a un niño—. Ni siquiera la puedes mirar a la cara, ¿verdad?

—Lo siento —dijo él con un hilo de voz.

Nadie decía nada, todos se habían quedado quietos y mirándolos. Era una situación incómoda para todos. Colin y Freya eran nuestros amigos, familiares para algunos, y nos dolía verlos así.

Sarah se giró y cuando me vio dio un sobresalto. Se llevó la mano a sus labios y cerró los ojos. Resopló varias veces hasta que se tranquilizó y cuando abrió los ojos, agarró a Freya por la cintura.

—Vámonos de aquí —dijo ella con pesar—. No pertenecemos a este lugar.

Cuando llegaron a la puerta, Sarah giró la cabeza en dirección a

Stephanie, mirándola con dureza durante varios segundos.

—Solo las putas vienen a estos bares —murmuró y abandonaron el lugar.

Stephanie se colocó las gafas de sol y torció los labios; aquello no la sorprendió ni siquiera una pizca.

—¿Que demonios le hiciste a Freya a parte de acostarte con ella? — Chase lo agarró por el cuello de su camiseta y lo miró con el ceño fruncido.

—Nada... Joder —espetó Colin—. Ella, ella era virgen.

Mi aliento quedó atrapado en la garganta, aquello me tomó por sorpresa. Había dado por hecho que Freya había tenido relaciones sexuales con su novio. Era joven, tenía tan solo veinte años, pero suficiente como perder la virginidad.

—¡Mierda! —Chase lo soltó y se frotó la barbilla con nerviosismo—. Y no la preguntaste, ¿verdad?

—Estaba borracho. Cuando me desperté al día siguiente vi las sábanas manchadas y me odié a mi mismo. Y salí huyendo. Me asusté... —pronunció con voz gutural—. Mierda, la quiero tanto y le hice daño. De todas las personas que hay en este mundo, fui yo quien le rompió el corazón más de una vez. Esta vez la he cagado.

—Ella se recuperará —habló Stephanie—. Pero mi hermana estará muerta si no hacemos algo.

CAPÍTULO 19

Sarah

Entré en casa y le dije a Freya que se metiera en la cama del cuarto de invitados. Había llorado tanto, que apenas había sido capaz de manejar la moto por el tráfico de la ciudad.

Tenía que ir al trabajo, y eso era bueno; necesitaba una distracción. Mi cuerpo temblaba, nunca le había hablado así a mi hermano y nunca le había pegado. Me sentía culpable, pero en el fondo sabía que lo merecía. Una chica inocente había salido herida y alguien tenía que defenderla.

Subí a mi habitación y cogí ropa limpia del armario, un pantalón beige y una camisa a juego, y entré en el baño. Justo al entrar me detuve, dejé caer la ropa al suelo y apoyé las manos sobre el frío mármol del lavabo y me miré en el espejo; estaba hecha un desastre.

Me llevé una mano al estómago notando el enorme nudo que me oprimía y el vacío que sentía en mi interior. No sabía si llorar o gritar. Me sentía confundida y desorientada, mi vida se había desmoronado, culpaba a mi enfermedad y sobre todo culpaba a mi infertilidad.

Tal vez debería ser sincera con Jasper, pero sabía que no podía hacerlo. Una vez que se entere de la verdad, ya no me querrá. No era perfecta, ni de lejos y además, le había hecho daño durante tantos años que no tenía perdón.



Durante la media hora que duró el trayecto en taxi hasta al hospital, no dejé de mirar a través de la ventanilla del vehículo. Observé las carreteras, las tiendas multicolores y las personas que caminaban por las calles de la

ciudad.

No pude evitar pensar en Jasper y me martirizaba por como lo había tratado cuando fui con Freya al bar. Ni siquiera lo había saludado. Aquel sentimiento de culpa no era nuevo para mí, siempre había estado presente desde que dejé de hablarle. Noté un nudo en el estómago sólo con recordarlo, Jasper era especial, diferente a todos los chicos que había conocido. Me escandalizaban sus maravillosos ojos azules sobre todo cuando, de soslayo, lo sorprendían mirándome. Su tranquilidad al hablar y su sencillez en los gestos.

—Hemos llegado —avisó el chofer.

Después de pagar, me bajé y miré el edificio imponente que había delante de mí. El hospital era una estructura grande y extensa, y los alrededores y el aparcamiento un verdadero bullicio de actividad.

Amaba mi trabajo como enfermera. Lo hacía para amor a los demás, para ayudar, para comprender las necesidades y sentimientos de los pacientes. Me gustaban las muestras de afecto derramadas por los ojos de las madres agradecidas por haber ayudado a limpiar una herida de sus pequeños, o mejor aún, el apretón de dedos de un bebé que no había salido aún de maternidad. Todos aquellos momentos, llenaban el vacío que sentía todos los días cuando veía familias felices con sus hijos. Esos momentos hacían de mi carrera algo gratificante, emocionante y sobre todo, humano.

A mis treinta años, ya era una enfermera certificada y muy halagada por los médicos.

—Has llegado justo a tiempo. —Amara agarró mi brazo y me llevó con ella—. Hoy es el cumpleaños de María y ha traído tarta.

—No me apetece comer dulce a estas horas. —Arrugué la nariz, mirándola de reojo.

—Esto es muy raro... —Soltó mi brazo y me miró a los ojos—. Te noto algo tensa, ¿ha pasado algo estos días?

Amara fue mi compañera de clase en la universidad y mi mejor amiga. Era difícil que pasara desapercibida, su ensortijada melena rubia era un

reclamo para las miradas, su rostro pequeño y ojos grandes azules, la hacían siempre el centro de atención. Ella podría llegar a ser la persona más persuasiva del planeta si así se lo proponía. Demasiadas veces había terminado haciendo lo que ella quería para saber que no debía llevarle la contraria.

—Estoy bien, un poco cansada. Vamos a comer tarta.

Entramos en la cafetería del hospital y de inmediato vi a mis compañeros. Cuando me acerqué hasta allí, Hans, el ex-novio de Freya, me miró de soslayo y apretó los labios. Dejó el plato de plástico con su trozo de tarta encima de la mesa y dio un paso hacia delante.

—Freya se acostó con tu hermano —dijo en voz baja, al lado de mi oído—. He cortado con ella, pero no digas nada. No quiero que mis compañeros sepan que ella me engañó. Eso debería haberlo hecho yo, no ella. Hay muchas chicas interesadas en salir conmigo. Le fui fiel, y ella me trató como basura.

—Sabías que no te quería. No entiendo por qué estás tan indignado.

—Mujeres, todas sois iguales. —Se apartó y tomó su plato.

—Por cierto —dijo Amara volviéndose hacia mí—. El doctor Clark me pidió una cita.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja y parpadeó varias veces.

—Por fin, amiga. Ese hombre lleva haciéndote ojitos una eternidad.

—Sarah, te necesito en la sala de emergencias —dijo la doctora Higgins mientras pasaba por delante de nosotros—. Se trata de una chica, ha sido brutalmente golpeada. Está inconsciente y no sabemos qué pasó, pero su novio está con ella. A ver si consigues información. Si fue él, tenemos que llamar a la policía.

Asentí hacia ella y me saqué los guantes quirúrgicos del bolsillo de mi bata. Me despedí de mis compañeros y de Amara y me encaminé hacia la sala de emergencias.

Cuando llegué a la esquina vi a una conocida figura alta apoyada contra la pared. Eché un vistazo alrededor de la sala de espera vacía y sentí una

sensación extraña, un raro presentimiento que resonaba en mis adentros a toda velocidad. Mis ojos bajaron hacia sus manos llenas de cortes y sangre, preguntándome qué demonios había pasado en ese bar en tan poco tiempo. Empecé a sentir pánico, no quería pensar que algo le había pasado a mi hermano. No sabía si dar la vuelta e ignorarlo para que no me viera o acercarme a él.

Enderecé mis hombros y metí las manos en los bolsillos de la bata mientras me dirigía hacia él; quería saber porque estaba en el hospital y a quien acompañaba.

Jasper me vio y se apartó de la pared. Cerró la distancia que nos separaba y me abrazó. No estaba preparada para que él me arroja contra su pecho, y tuve que dar cuantos unos pasos hacia atrás para no desequilibrarme.

—Sarah —susurró—. Te necesito.

Lo miré en silencio a los ojos y le fruncí el ceño.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz salió ahogada—. No me digas que mi hermano enloqueció y...

—No, nada de eso. Todos estamos bien, menos... Bueno... —Él hizo un ruido con la garganta y miró a su alrededor.

—¿Jasper?

—Ángela...

Cuando escuché ese nombre, retrocedí un par de pasos y luché con la urgencia de salir corriendo. Succioné una respiración a través de mis dientes y dije:

—Ella es la chica que fue golpeada.

Él levantó sus cejas pero no dijo nada, solo bajó la mirada a sus manos magulladas.

—¿Fuiste tú? —Mi voz se quebró.

Tenía miedo de que su respuesta no fuese a ser la que yo quería escuchar, aunque no me lo imaginaba haciendo tal salvajada. Había cambiado un poco, incluso se podría decir que había madurado, pero en el fondo seguía siendo un

chico bueno, amable y respetuoso con las mujeres.

Jasper me dio una mirada de ojos expandidos y negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí? —Su mirada se ensombreció—. No soy violento, joder. Nunca golpearía una mujer.

Solté un suspiro de alivio y chasquéé la lengua.

—Entonces cuéntame qué pasó. Tengo que entrar a verla y necesito saber la verdad.

—Chris y su pandilla la raptaron —habló con voz grave y cortante como un cuchillo—. A Stephanie la dejaron libre para que nos avisara.

Recordé el infierno por el que pasé hace dos años cuando Roy hizo lo mismo conmigo. Pasé mucho miedo, y aunque Ángela no me caía bien, no podía ignorar su sufrimiento. Ella era una víctima, como todas las mujeres que se juntaban con los motociclistas.

—Maldita sea, Jasper. ¿Cuándo vais a dejar el club? No quiero perder a ninguno de los dos.

Durante un instante me sostuvo la mirada, como si estuviera buscando en mi rostro cierta verdad. No me amedrenté. No había mentido cuando dije que no quería perderlo.

—Me quieres —susurró con tanta intensidad en su voz que sonó casi dolorosa.

—Me importas, eso es todo.

Él se acercó y sus labios pararon al ras del contorno de mi oreja, luego descendieron por la tersura de mi cuello.

—Para mí es suficiente —dijo y se apartó—. Pensé que me odiabas.

—Sígueme —dije mientras empezaba a caminar. Ignoré su comentario, no quería seguir hablando porque no me sentía con fuerzas de mantener mi cabeza fría. Todo lo que deseaba eran sus labios encima de mí, no importaba el lugar, solo sentirlos una vez más.

Cuando llegamos a la habitación agarré el codo de Jasper y lo hice detenerse antes de que pudiera abrir la puerta.

—No puedes entrar. Tienes que esperar fuera.

—Entiendo, solo quiero saber si ella está bien. Tengo que llamar a Stephanie...

—No me gusta esto. Tú y Ángela... Stephanie y los demás. Me siento una extraña, como si vosotros vivierais en otro mundo diferente al mío.

—No hay nada entre Ángela y yo. Pero fue golpeada con brutalidad, no puedo no sentir lástima por ella. En parte es culpa nuestra, de la banda. Y no vivo en otro mundo Sarah, eres tu quien no me deja entrar en el tuyo. —Su mirada era sombría—. Intenté hablar con tu hermano, pero no me dice nada. ¿Estás enferma? ¿Por eso huiste de mí? ¿Por eso no quieres reconocer que me quieres?

—No, Jasper. No insistas más, ahora no es el momento.

—Vendré a buscarte cuando termines tu turno y hablamos. No voy a dejar que esto se alargue demasiado tiempo —dijo con un tono inexpresivo, casi triste.

Puso los dedos sobre mi cintura y encontró mi mirada con la suya. El calor de nuestros cuerpos era muy intenso y tuve que reprimir la tentación de besarlo. Ladeó la cabeza, y su aliento me acarició el contorno de la oreja mientras me susurraba.

—No puedo vivir sin ti... Y no dejo de pensar en cómo hicimos el amor. Debía haberlo hecho de otra manera.

—Yo te pedí que fueras malo, y... Yo...

Cerré los ojos con fuerza para no gemir. Sus labios tocaron mi cuello y me estremecí de pies a cabeza.

—Lo he disfrutado, no hay duda —susurró—. Pero todo pasó muy rápido. No he tenido tiempo de saborearte.

Separé los labios cuando me obligó a pegarme a él. Nos rodeaban personas, podía oírlos, pero no podía reaccionar. Luego me besó y empecé a flotar. Su toque fue intenso, salvaje y ansioso. Suspiró mi nombre como la vida misma, encendiéndome en llamas desde dentro.

Dejó de besarme el tiempo suficiente para mirarme a los ojos. Pensé en decir algo, aunque no sabía qué. Aquello me había dejado abrumada, excitada y necesitada.

—¿Sabes lo que tienen en común el chico tímido y el atrevido?

Abrí la boca y la cerré. No era el momento adecuado para hablar de amor. Ni siquiera sabía si tenía la respuesta correcta.

—Te preguntaré una última vez esta noche. No voy a insistir más. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Me frustré cuando se retiró y me sonrió. Casi me estremecí, pero contuve la reacción.

—Tengo que entrar —dije mientras agarraba el pomo de la puerta—. Espérame en la sala. No tardaré.



Ángela seguía inconsciente pero su estado estaba estable. La habían golpeado muy fuerte, su rostro quedaría marcado para siempre. Sentía lástima por ella, no se merecía pasar por algo tan traumatizante.

Jasper avisó a su hermana y luego llamaron a Kate para abrir una investigación. Estuvieron mucho tiempo hablando, pero yo tenía que seguir con mi trabajo y me reuní con mis compañeros. No vi a Jasper por el resto de la noche, ni a nadie más. Pensé que mi hermano vendría a verme, después de todo estaba preocupada y merecía una explicación. Sé que fui muy dura con él y quería verlo para disculparme y abrazarlo. Había arriesgado su vida para salvar a Ángela, podría haberle pasado algo.

Me dirigía afuera después de mi turno cuando Stephanie me llamó.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó ella en voz baja.

Asentí con la cabeza y me acerqué con pasos decididos. Se puso de pie y se quitó las gafas de sol.

—Quiero darte las gracias, Sarah. Cuidaste de mi hermana...

—Es mi deber. —Traté de sonar formal.

Sacudió su cabeza de lado a lado y chasqueó su lengua hacia mí.

—Aún así... Gracias. Sé que no tienes una buena opinión de nosotras — dejó escapar un largo suspiro.

—No, no la tengo. ¿Algo más? Estoy cansada y quiero llegar a casa.

—Nada más. Descansa.

Se sentó en la silla con poca elegancia y se colocó las gafas de sol, echando la cabeza hacia atrás.

Me impulsé a través del pasillo del hospital dirección a la puerta principal. Bajé las escaleras y entré en el aparcamiento. La parada de taxis estaba al otro lado de la calle.

Jasper estaba apoyado en su moto, jugando con las llaves entre sus dedos. La tensión que apenas había liberado vino de nuevo tronando con aplastante velocidad.

No sé por cuánto tiempo estuve de pie delante de él, mirándolo. Se veía sexy, oscuro y seductor. Llevaba puesta una camiseta de color naranja y una chaqueta de cuero marrón. Su motocicleta brillaba y hacía que la vista tuviera un toque excitante.

—Te llevaré a casa. —Su voz era suave y amable—. Sube.

Estiró una mano y me agarró por el codo, acercándose a él. Nos quedamos en silencio, solo nos mirábamos en la oscuridad como si nada más existiera en el mundo. Me costaba respirar y su mano quemaba donde me tocaba. Su aliento suave revoloteó mi cabello mientras yo unía mi mano a la suya, colocada sobre mi codo. Cerró los ojos cuando sintió mi toque y soltó un suspiro tembloroso.

—Echo de menos tus besos y tus caricias, pero lo que realmente extraño es tu sonrisa. Porque provoca a la mía y me hace feliz.

Sus palabras se apoderaron de mí, y no pude negar que me afectaron. Yo también extrañaba a la chica risueña que veía el mundo de color rosa y que creía en el amor. Cada vez que miraba en el espejo, la buscaba.

A continuación me besó despacio y con mucha dulzura. Fue sorprendentemente suave en su intensidad, su lengua llegó profundo dejándome experimentar su tranquilidad.

Me eché hacia atrás, mirándolo a los ojos. El hombre era muy hermoso, no había otra forma de describirlo. Tan masculino e intenso.

—Sabes, no he besado a nadie desde...

—Yo tampoco, Sarah. Yo tampoco. —Acarició mis labios con su dedo pulgar y suspiró—. Estuve con otras chicas, pero no quise manchar ese recuerdo. Sé que fue un beso inexperto y tímido, pero fue perfecto. Mi primer beso y el último.

—Jasper, lo siento. Te he hecho mucho daño.

—Ey, no te pongas a llorar. Estropeas el momento. —Torció una sonrisa—. Monta tu culo en la moto y deja que te lleve a casa.

—Creo que lo acabas de estropear tú. —Sonreí—. No me des órdenes.

CAPÍTULO 20

Jasper

Media hora después, estacioné mi moto delante de la casa de Sarah. Ella se bajó y se quitó el casco. Estiró la mano libre y tomó el mío, luego los dejó en el suelo. Se colocó delante de mí y me revolvió el cabello sudado.

Sonrió y bajó la vista. Estiró una mano y acarició con las yemas de sus dedos la letra “S” que había pintado en el depósito de gasolina. Había comprado y customizado la harley con colores vivos y brillantes. Los chicos se reían de mí y decían que la había puesto como un árbol de navidad, pero era la idéntica versión a la moto que había ganado en una Feria hace muchos años. Estaba con Sarah aquel día, era mi novia entonces.

—¿Qué significa? —murmuró. Me estaba mirando con atención.

—Acostumbramos a poner nombres a las motocicletas y tratarlas como unas princesas. —Sonreí—. Austin la llamó Emma, como su madre. Tu hermano Evelyn...

—Como mi madre —dijo ella maravillada—. No sabía que hacíais estas cosas.

—Bueno, viejas costumbres de los clubes. —Tomé sus manos y la acerqué un poco más. Ella se sonrojó y bajó la vista—. La mía lleva tu nombre.

Alzó la mirada y parpadeó. Se mordió los labios y se movió, de hecho se acercó un poco más. Me sentía como un niño pequeño, teniendo en sus manos a su juguete favorito. Aquello parecía una ilusión, la chica de la que me enamoré, la mujer que era la dueña de mis sueños me miraba con algo más que cariño en sus ojos.

—¿Por qué le has puesto mi nombre?

—¿Recuerdas cuando fuimos a la feria y gané una motocicleta de juguete?

Era brillante, flamante y tenía luces por todas partes.

Ella bajó la vista y miró con detenimiento mi harley.

—Lo recuerdo —susurró—. Era como... Oh, Dios.

Retrocedió unos cuantos pasos y se paseó alrededor de mi moto, mirándola con alegría.

—Me dijiste que te gustaría que aquel juguete fuera de verdad, montarla y recorrer el mundo juntos como una pareja —comenté mientras me bajaba de la moto.

Sarah se llevó las manos a sus espaldas y suspiró. Esbozó una sonrisa tímida y empezó a retroceder.

—Deja a la Sarah de metal en la calle y sigue a la Sarah de carne y huesos dentro de casa. —Subió las escaleras y se paró delante de la puerta—. Y no hagas mucho ruido, Freya está durmiendo.

—Sí, señorita.

Tomé los cascos del suelo y la seguí por las escaleras. Cuando llegué a su lado, dejé caer mi cabeza como si fuera de repente demasiado pesada para sostenerla y coloqué mi barbilla en su cuello. Aquello era perfecto, demasiado relajante.

Ella metió la llave en la cerradura y cuando intentó girar, murmuró una maldición y se congeló.

—Alguien ha entrado —dijo con voz trémula.

—Déjame a mí.

Le di los cascos y pasé por delante de ella. Coloqué mi mano derecha sobre la manilla de la puerta y la abrí con lentitud. Cuando rescatamos a Ángela, encontré a su lado fotografías de Sarah y Freya; los *Skulls* las tenían vigiladas. Quedamos en mantener un ojo en nuestras chicas, y Vincent y Chase hacían turnos cuando ellas no estaban con ninguno del club.

Entré en casa y saqué la pistola que tenía guardada a mis espaldas.

Sarah retrocedió y me miró horrorizada.

No le hice caso, no necesitaba un puto drama sobre eso. Teníamos armas

porque las cosas se pusieron feas y no quería terminar con un maldito agujero en la cabeza.

Escuché un gruñido proveniente de la sala de estar y le hice señas a Sarah para que se quedará atrás.

Crucé el pasillo con pasos lentos hasta que llegué al vestíbulo. Bajé la pistola y solté una maldición en voz alta. Colin giró la cabeza hacia mí y levantó la botella de vodka que tenía en las manos. Típico de mi mejor amigo, estropeando los mejores momentos con estrépito como si nada le importase en la vida.

—Perfecto —balbuceó—. Necesi... Sitaba compañía.

—¿Qué haces aquí? —chilló Sarah detrás de mí—. Te dije que no volvieras.

Su tono era severo pero sin rastro de réplica.

—Hermana... —Él intentó ponerse de pie, pero se tambaleó y cayó hacia atrás. La botella voló de sus manos encima del sofá y el líquido empezó a verterse sobre la tela de color gris.

—Mierda.

Sarah salió corriendo y agarró la botella. La dejó encima de la mesa y miró el desastre disgustada.

—Mira lo que hiciste, Colin —dijo entre dientes—. Estás borracho, joder.

—Yo limpiaré —arrastró las palabras—. Y compraré otro maldito sofá... Pero no grites, por favor.

Me acerqué a Sarah y la abracé por detrás.

—Dale un respiro. Está arrepentido —dije en voz baja.

—No puedo perdonarlo, no aún. —Ella negó con la cabeza—. Se aprovechó de Freya como un animal. ¡Joder! —chilló y se separó de mí—. Freya está arriba. —Miró a su hermano—. ¿Entraste en la habitación?

—¿Ella está aquí? —Frunció el ceño y se puso de pie. Se tambaleó unos pasos hacia un lado, pero fui más rápido y lo agarré antes de que se cayera—.

Hermano... —Trató de concentrarse en mí con sus ojos inyectados de sangre y suspiró. Eché la cabeza hacia atrás, olía a alcohol, a humo de cigarro y no pude evitar arrugar mi nariz a modo de disgusto—. Freya está aquí y yo sin saberlo.

—Mejor —dijo Sarah—. No te quiero cerca de ella, ni de mí.

—No, no... No... Tengo que vigilarte. Estáis en peligro. —La voz de Colin sonó grave, como si se hubiese distorsionado.

—Cállate. —Gruñí y apreté su brazo.

—Ah, no le contaste —dijo él y río de una manera que sonó irregular—. Me extrañaba verlos juntos.

—¿De qué está hablando? —Sarah se acercó y empujó a su hermano hasta que él cayó en el sofá.

—Esto me gusta más —dijo Colin conteniendo la risa—. Necesito unas malditas palomitas.

—¡Cállate! —gritamos Sarah y yo en unísono.

Colin levantó las manos en el aire y cerró los ojos, gimiendo.

Me hice a un lado y puse mi mano en el hueco del codo de Sarah en un gesto silencioso para que me siguiera. Entré en la cocina y la dejé pasar, luego cerré la puerta detrás de mí.

La vi mirándome raro, y cambié incómodo de un pie a otro antes de empezar a hablar.

—Cuando fuimos a por Angela, tuvimos que pelear, disparar y... Bueno, ya sabes...

—Matar —dijo asqueada.

—Tu hermano enloqueció cuando vio fotos de Freya. Golpeó a uno de esos hombres que vigilaban a Ángela hasta que lo dejó mutilado.

—Por eso lleváis las manos llenas de heridas...

—El rescate se hizo rápido, demasiado fácil... Sospechamos que algo más están tramando, por eso estamos vigilando de cerca a Freya.

Omití detalles, no le dije que también habían fotos tuyas ni que había

estado a punto de morir cuando uno de ellos me había apuntado con la pistola. Gracias a que no tuvo buena puntería. Esa bala pasó silbando y rozando mi oreja izquierda, como si alguien hubiera movido el arma en el último momento. Y ese alguien era la suerte.

Razoné fríamente esos pensamientos, la culpa no era de Colin ni de Chris, sino del maldito Roy que hacía dos años llevado por su rabia y locura, secuestró a las chicas. Sin embargo, no importaba quién fuera culpable en ese momento. Lo prioritario era detener todo ese cataclismo que se había desatado.

—Entiendo... —Ella se cruzó de brazos y suspiró—. ¿Estoy en peligro también?

Mi corazón dio un vuelco estrepitoso e hice un rápido repaso mental antes de darle la respuesta.

—Es posible —medio susurré—. Pero no te preocupes, no dejaré que nada malo te pase.

—¿Por eso viniste a recogerme del hospital? ¿Me estás vigilando? —preguntó con gran ansiedad en sus palabras—. No necesito un maldito guardaespaldas.

—Sarah, no malinterpretes la situación. Vine al hospital porque quería verte.

—Déjalo, no quiero discutir contigo. Voy a ver cómo está Freya.

Pasó por delante de mí y agarró el pomo de la puerta. Giró con fuerza y en vez de abrir la puerta, la pateó con el pie.

—¡Maldita sea! —gritó—. No puedo más...

Se echó a llorar y se llevó las manos a la cara.

—Todo estará bien —susurré, casi sin voz, acercándome a ella con total incredulidad, sintiendo una incomparable calidez cuando ella se abalanzó sobre mí, rodeándome con los brazos.

Lo siguiente que sentí fue su profunda exhalación, y me percaté de mi propia respiración acelerada.

—No, no estará. —Alzó la barbilla y me miró—. Hasta que no dejéis el club...

—No podemos hacerlo ahora, lo sabes —susurré, sin querer soltarla un solo segundo—. *Los Skulls* siguen amenazando a los comerciantes. Si no hacemos redadas los fines de semana, esto se puede volver un maldito infierno.

—Ven conmigo arriba —dijo jadeando débilmente—. Entraré a ver cómo está Freya y luego quiero que me lleves a la cama, hacerme olvidar esta jodida situación aunque sea solo por unos momentos.

—No tienes que pedirlo, dulzura.



Sarah me ayudó a subir a Colin hasta su habitación y lo metimos en su cama. Freya no se había despertado, por lo visto, tenía los auriculares en las orejas y dormía profundamente mientras la música golpeaba sus oídos.

Estaba en la habitación de Sarah y me sentía nervioso. Miraba la ventana y esas cortinas azules que se movían con el viento que se filtraba por el espacio abierto. Había entrado por allí tantas veces que no podía ni contarlos. Me gustaba pasar las noches en vela con ella, leyendo e inventando historias.

Su habitación era pequeña pero alegre, llena de posters y dibujos de su hermano. Nada había cambiado, me sentía como si hubiera retrocedido en el tiempo.

—¿Pasa algo? —preguntó Sarah mientras salía del baño.

Mis ojos se elevaron hacia los suyos y mis labios se abrieron. Dios, era hermosa. Sin maquillaje, sin toda esa pintura que cubría sus pecas. Y esos labios rosados, que me volvían más adicto que ninguna droga. Era tan linda que me costaba asimilar que no fuera un invento de mi imaginación.

—No.

Me acerqué a ella. No tenía palabras para describir lo que sentía. Ninguna. Me detuve cuando estaba a centímetros de ella, y me quedé mirando sus expresivos ojos color miel. Merecía mucho más, a un hombre mejor, que le dijera palabras bonitas a todas horas. Pero no quería renunciar a ella, no cuando había llegado tan lejos. Levanté su barbilla con dos dedos y froté el pulgar por esos carnosos y tentadores labios.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó susurrando.

—Dímelo tú a mí, dulzura.

—Bésame. —Una sonrisa jugó en sus labios.

Sus ojos encontraron a los míos y me tomé un calmado momento para simplemente mirarla. Mi corazón dio un vuelco. Todo lo que se asemejaba a un pensamiento racional había abandonado mi cráneo.

Me moví hacia delante y reclamé su boca en un beso robado. Sus dedos se curvaron en mi pecho y su lengua me acarició, capturando el aliento atrapado en mi garganta. Todo era tan perfecto y tan jodidamente excitante.

—Te deseo, Sarah. Y quiero ser yo mismo. Dale una oportunidad al chico tímido —susurré contra sus labios.

—Adelante... —Retrocedió un poco y se quitó la camiseta.

Llevé mis manos a sus pechos y los liberé de su sujetador. Le tomé un montículo perfecto de carne y acaricié su pezón endurecido con mi pulgar. Sarah lanzó un suspiro suave, y sus párpados se cerraron. Le apreté el otro seno y pellizqué su pezón entre el pulgar y el índice, frotando la punta con una presión cada vez mayor.

—¿Puedo tocarte? —preguntó ella.

Deslizó ambas manos por mi camiseta, no necesitaba mi asentimiento y lo sabía. Levantó la tela hacia arriba mientras sus palmas chocaban con los duros contornos de mi abdomen y pecho.

Impaciente, arranqué la camiseta sobre la cabeza y la arrojé a un lado. Se inclinó hacia delante y dejó una hilera de besos por mi pecho.

Eso fue todo lo que necesitaba para desatar mi deseo. La tomé en brazos

y la llevé a la cama.

No hablé, sólo hice lo que deseaba en aquel momento. Me quité los pantalones y la animé para que hiciera lo mismo.

Me estiré a su lado y luego la envolví con mis brazos, sintiendo los sutiles movimientos de su cuerpo frotándose contra el mío. Por fin sería mía por completo de la manera más dulce que podría hacerlo. Tomé su rostro entre las manos y lo coloqué para que nuestras bocas se encontrasen. El beso fue abrasador. Me entregué por completo, poniendo mi corazón y supe que nunca me cansaría de saborearla. Introduje la lengua en su boca, profundamente, mientras acariciaba su espalda hacia abajo. Agarré sus glúteos y la apreté contra mi cuerpo. Froté mi erección contra su vientre y gemí, acercándome más a ella. Mi corazón empezó a latir con más fuerza y me estaba sintiendo cada vez más vulnerable.

Desplacé mis manos más abajo pasándolas muy cerca de su sexo.

—¿Voy bien, dulzura? —susurré en su oído—. ¿Te gusta?

—Sí, no pares.

—Eres hermosa —susurré bajito—. Todos esos años vi cómo tu cuerpo cambiaba hasta convertirse en uno perfecto. Todas las chicas te envidiaban y los chicos querían tener un trocito de ti.

—¿Que chicos? —preguntó extrañada.

—Eh... No importa. —Callé su boca con un beso, tomándome mi tiempo y permitiendo que su anticipación creciera.

Alargué un brazo para tocar sus senos, pero ella me empujó suave hacia atrás rompiendo el beso.

—Tumbate en la cama, quiero tomar la iniciativa. El chico tímido necesita atención.

Sonreí mientras me recostaba hacia atrás.

—Muy obediente, aunque me gustan los rebeldes. —Me miró a través de sus pestañas.

Se subió encima de mí y se concentró en mi pene, agachándose para

recorrer con la lengua la punta de mi miembro duro. Me estremecí bajo su cuerpo; no dejó de prestarle atención en ningún momento. Adaptó un ritmo de masaje con las manos sobre él, restregando su clítoris con cada dulce movimiento. Su mano parecía muy pálida junto a la carne dura y roja, un contraste que me hizo soltar un suspiro entre dientes. Ella me tenía todo enredado y perdido, y estaba completamente en sus manos.

—Joder... —Cerré los ojos, la presión suave y su toque delicado me enloquecían.

La sentí aflojar el agarre y luego acomodarse encima de mis caderas, y con movimientos lentos y precisos dejó que mi miembro acariciara su hendidura húmeda y resbaladiza. Ella estaba más que lista, el calor de su sedosa y desnuda piel contra la mía era un jodida tortura. Mi respiración pasó silbando entre mis dientes, de repente me sentía muy caliente.

Sin esperar un segundo más, se empujó hacia abajo y lanzó un intenso gemido mientras su cuerpo se abría para acomodarse a mí. Se elevó y luego bajó de golpe, inclinándose hacia atrás para poder aferrarse a mis piernas al tiempo que yo extendía las manos y le sujetaba las caderas.

Mientras lo hacía, la obligaba a hundirse en movimientos aún más profundos, más bruscos, más rápidos.

Estaba a punto y la tensión se acumuló en mi cuerpo. Lanzó un grito de sorpresa cuando la sujeté con fuerza para rodar con ella de modo que acabó de espaldas con nuestros cuerpos unidos todavía. Emití un gruñido, mi cuerpo ardía y lo necesitaba.

—Jasper...

La besé con fuerza y brusquedad, un beso exigente y muy eficaz para hacerla callar.

—Me gusta tener el control, no puedo aguantar más —dije con los labios pegados a su mandíbula.

—Ah... —Se retorció debajo de mi cuerpo—. Pero creo que te gustó que fuese yo quien llevase las riendas durante un rato.

—Esa es la clase de cosas por la que alguien puede acabar sufriendo un castigo —advertí.

—¿Tú crees? —preguntó con aire travieso.

—Joder, ya lo creo —dije devolviéndole la sonrisa y quedándome completamente inmóvil.

Mantenia mi erección dentro de ella, pero no me movía. Gimió en señal de protesta y trató de mover las caderas, pero yo la tenía firmemente atrapada. Sonreí cuando se dio cuenta que ese podía ser un castigo.

—¿Frustrada? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Aunque lo estuviera no lo admitiría —dijo muy segura de sí misma.

Me eché a reír y empecé a moverme despacio dentro de ella.

—Por fin.

La penetré con una embestida larga y profunda hasta que encontré un ritmo constante. Nos movíamos en perfecta armonía, en sincronía de una forma que no podía ser posible para dos personas que apenas estaban empezando a aprender lo que al otro le gustaba.

Seguía moviéndome sin dejar de mirarla, estaba preciosa con esas mejillas rojas. Cuando toqué fondo, cuando me tomó lo más profundo que se podía, sus ojos parpadearon abiertos de par en par y observé como el placer la sacudía. Sus gruñidos de placer aumentaban la intensidad del orgasmo que empezaba a gestarse en mi interior.

Gritó mi nombre varias veces cuando el orgasmo nos sacudió a los dos y la retuve así un durante un momento, cubriéndola con mi cuerpo y sosteniéndola. No quería soltarla nunca, era una sensación que me hubiera gustado disfrutar todos los días.

La tomé en brazos y le di un beso en los labios.

—El chico tímido estuvo a la altura. —Pasó su lengua por la húmeda curva de su labio inferior como si estuviera saboreando el sabor que había dejado en ella.

—Esto podría haber pasado hace mucho tiempo atrás. ¿Por qué me

dejaste?

—No quiero hablar de eso —dijo entre dientes y se alejó.

—Es el maldito momento para hablar de ello porque pasaron demasiadas cosas en tan poco tiempo. Estoy cansado de fingir que no siento nada.

Gateé hacia delante en la cama, agarrando sus tobillos y tiré con brusquedad. Chilló, pero no se resistió cuando agarré sus manos y las presioné de vuelta en la cama, encima de su cabeza.

Sus mejillas se encontraban sonrojadas y sus ojos brillaban con furia.

—¿Qué haces? —gruñó.

—Necesito tu atención.

—Eres un bruto, suéltame. —Comenzó a patear, lo cual habría sido más eficaz si sus piernas pudieran haber alcanzado alguna parte de mi cuerpo desde esa posición.

—Te dije que no puedo ver a nadie excepto a ti, que eres la única. ¿No te das cuenta que estoy jodidamente enamorado de ti? Siempre lo estuve, Sarah.

Se quedó quieta con sus ojos muy abiertos.

—Lo sé, pero...

—Amas a tu hermano, quieres a tus amigas y le dedicas mucho tiempo a tu trabajo. Estoy seguro de que me amas a mí también, pero dejas que un maldito secreto nos separe. ¿Es tan horrible que no tienes las agallas para contármelo? No voy a abandonarte si eso es lo que piensas. No dejaré de amarte. Pero si no me dices nada, no sé a dónde podemos ir.

Sus pechos subían y bajaban rápidamente a medida que su respiración se aceleraba. Las lágrimas brillando en sus ojos comenzaron a caer y estaba temblando.

—Yo no puedo... —Ella estaba llorando, de verdad sollozando—. No puedo hablar ahora. Lo siento.

—Si no me lo dices ahora, no te molestes en hacerlo más tarde. No tienes confianza conmigo. Merezco otro trato de tu parte y merezco amor a cambio.

La solté y me obligué a dejar de mirarla. Me deslicé fuera de la cama y

tuve que luchar para meterme en mi ropa, nada fácil cuando mis movimientos eran caóticos. Estaba preocupado por el hecho de que ella pudiera desmoronarse como un flan y eso me dio ganas de gritar por toda la habitación. Tuve que apretar con fuerza mis manos en puños para contener toda la emoción.

—Jasper, no te vayas. —Su voz era apenas un susurro y se apretó algo en mi pecho.

—No puedo quedarme, Sarah. No quieres hablar conmigo y sinceramente empiezo a sentirme como la mierda.

Caminé hasta la puerta listo para abrirla de un tirón y salir de su vida para siempre. Estaba enfadado y no me importaba ocultarlo. Amarla me hacía daño. Tal vez debería dejarla para ver si me buscaba porque me dolía que ella no viera cuánto luchaba para hacer que nuestra relación funcionara.

—Quería pasar la noche contigo, quería decirte cuánto te quiero porque eres la única persona que me importa ahora mismo. Pero no tengo fuerzas para seguir. Ni siquiera me dices la verdad.

Odiaba hablarle así, con tanto recelo y frialdad pero no sabía lo que teníamos. Mis sentimientos eran verdaderos y su silencio es tan ensordecedor que me destruía el alma.

Estaba preparándome para abrir la puerta cuando de repente ella estaba entre la madera y yo.

—Lo siento. —Sus manos se movieron arriba por mi pecho y acunó cada lado de mi cara—. Dame un poco más de tiempo.

—Esperé demasiado tiempo.

Se estremeció cuando lancé las palabras hacia ella.

Agarré sus muñecas y le aparté las manos. No quería seguir discutiendo y definitivamente no quería presionarla más.

—Si decides que merecemos una oportunidad, llámame, pero solo si vas a decirme la verdad. No voy a seguir rogando por tu afecto.

La empujé hacia un lado y abrí la puerta. Decían que cada hombre tenía

su límite y yo había llegado al mío.

—Adiós.

Y así, sin más, me fui sin siquiera mirar atrás.

CAPÍTULO 21

Jasper

Conduje a máxima velocidad hacia mi casa. Recogí una bolsa de hamburguesas en un sitio de comida rápida de la ciudad y una botella de vodka de una tienda de veinticuatro horas. Hubo una época que cocinaba todas las noches y me alimentaba con comida saludable.

Pisé el freno frente a mi casa en el estacionamiento que tan bien conocía y me bajé de la moto. Me quité el casco y miré a mi alrededor. Las luces del porche estaban apagadas y eso era extraño. Le había dicho a mi hermana que las dejara encendidas toda la noche. Caminé hasta allí y vi en el suelo de madera cristales rotos y sangre.

Una inquietante sensación me recorrió cuando pensé que algo le había pasado a Amelie. Sin pensarlo dos veces, irrumpí en la casa como un loco y empecé a gritar su nombre.

Cuando vi más sangre en el suelo, mi estómago se retorció. Saqué mi pistola y subí las escaleras corriendo. Apreté el arma en mis manos mientras intentaba recuperar el aliento.

¿Cómo demonios la había dejado sola? Estuve tan centrado en Freya y Sarah que no me había dado cuenta de que mi hermana también podría ser un objetivo. El pensamiento de Chris y sus hombres haciéndole daño hacía difícil que pudiera respirar. Nunca había estado tan asustado en mi vida.

Mi trabajo era cuidarla y protegerla, y la había jodido.

Llegué delante de la puerta y todo mi cuerpo se quedó frío cuando la vi abierta de par en par. Con el corazón saliéndose de mi pecho, crucé la estancia para llegar delante de la cama. Más sangre...

—¡Mierda!

Un grito de dolor rugió a través de mí mientras me puse de rodillas. Me

sentía entumecido, como si hubiera dejado de existir.

Sentía el odio comenzando a construirse, necesitaba encontrar a esos bastardos antes de que fuera demasiado tarde.

—Estáis muertos, hijos de puta —grité y me puse de pie de un salto. Saqué el teléfono del bolsillo de mis pantalones decidido a llamar a mis hermanos, pero vi un papel encima de las sábanas manchadas de sangre.

Estiré la mano y lo agarré con los dedos mientras mis ojos danzaban por la hoja intentando leer las letras.

Las Bandidas fueron una distracción. Lo que quería era tener a tu hermanita pequeña. No puedo garantizarte que salga ilesa. Es demasiado dulce.

—¡Joder! —Arrugué el papel y centré todos mis sentidos en dejar a un lado todo el dolor que me invadía.

Saqué el teléfono y llamé a Travis. Era tarde, pero me importaba una mierda. Se habían llevado a mi hermanita pequeña y tenía que ir a buscarla.

—Espero que sea algo importante —gruñó él mientras bostezaba.

—Te necesito... Mi hermana te necesita. —Cerré los ojos—. Se la llevaron, Travis. Esos malditos bastardos la tienen —rugí y golpeé el suelo con el puño unas cuantas veces hasta que mi brazo se quedó dormido—. Avisa a los demás. Nos vamos de caza.



Antes de darme cuenta estaba sentado en mi porche contemplando el cigarrillo encendido que tenía entre mis dedos. Tomé largas y profundas respiraciones antes de llevarlo a mis labios. Mi cabeza trabaja a marcha forzada, quería mantenerme despejado para actuar como debía pero el solo hecho de pensar lo que podían estar haciendo con Amelie, me nublabla la vista y me impedía pensar con claridad. Me dolía el pecho y apenas podía fumar

pero necesitaba hacerlo para apaciguar mi ira.

Estaba asustado pensando en lo que iba a pasar. Quería zafarme de todo eso, dejar el club y abandonar a mis hermanos para irme lejos. Pero antes de hacerlo, tenía que ser un hombre fuerte y traer a mi hermana a casa, sana y salva.

Escuché rugidos de motores y levanté la mirada para ver las dos motocicletas de Chase y Travis estacionando delante de mi casa. Miré a los dos hombres que se abrían paso por el camino hacia mí y tuve el impulso de ponerme de pie, pero no lo hice.

Travis puso su mano en mi hombro, me dio un fuerte apretón y dijo:

—Tenía que haberme quedado con ella. Cenamos una pizza, vimos una película y luego me fui. La deje sola, joder. —Su mandíbula tembló.

—¡Yo soy el único culpable, maldita sea! —vociferé mientras sacudía la cabeza con violencia—. Soy su hermano... ¡Joder!

—Esos bastardos pagarán —dijo él, su voz sonaba baja pero llena de autoridad.

—*Los Skulls* llevan demasiado tiempo contaminando todo lo que tocan. Es hora de acabar con ellos.

—¿Y Colin? —preguntó él mientras examinaba el suelo del porche.

—No podemos contar con él.

Travis tenía un aspecto de lo más saludable y descansado. Me preguntaba porque no había salido de juerga como siempre hacía los lunes por la noche. Él había cambiado, era más serio y más responsable. Incluso me sentía seguro con él vigilando nuestras espaldas.

—Déjame manejar esto —intervino Chase—. Estás hecho polvo y no piensas como deberías hacerlo. No podemos arriesgarnos a joderla.

—No...

—Sé inteligente y déjame al mando. Tenemos el respaldo de otros cuatro clubes, y además... Tenemos a Gabe. Vince está ahora mismo dándole una buena paliza para sacarle información.

—Gabe es el hermano de Mike, la mano derecha de Chris —murmuré mientras apagaba el cigarrillo con mi pie—. Buena jugada.

—Los demás se encontrarán con nosotros en el bar de Leya, la madre de Stephanie —dijo—. Deberíamos irnos. Vince nos llamará y seguiremos con el plan desde allí.

CAPÍTULO 22

Jasper

Después de lo que me parecieron horas, el teléfono de Chase vibró. Todos se callaron y se quedaron mirándolo expectantes. Habíamos llegado al bar y habíamos planeado el rescate de mi hermana minuciosamente. Me sorprendieron bastante los métodos sugeridos por los otros cuatro clubes que vinieron de otros estados para echarnos una mano con la situación de *Las Bandidas*.

A pesar del aspecto de tipos duros vestidos de cuero y miradas amenazadoras, no eran violentos. Algunos de ellos habían sido arrestados, juzgados o condenados por diferentes delitos, sin embargo siempre sabían cómo comportarse.

Travis se sentó a mi lado y suspiró. El miedo en su cara estaba justificado porque estábamos preocupados por Amelie, por la posibilidad de presenciar un maldito asesinato.

Una imagen de mi hermana, risueña y con el pelo muy rizado, cruzó por mi mente. La echaba de menos.

—Ya tenemos la localización —dijo Chase mientras guardaba su móvil—. Pero tenemos que tener mucho cuidado, la tienen encerrada en el sótano de una residencia de ancianos.

Salimos del bar muy callados, cada uno ensimismado en sus pensamientos pero con el plan muy bien ensayado. No era fácil entrar en un lugar lleno de personas sin ser vistos y además, no podíamos disparar. El edificio tenía una entrada principal y un garaje al que se accedía mediante los ascensores.

Teníamos una furgoneta con un chófer infiltrado que nos podía abrir las puertas del garaje. Habíamos debatido durante un buen rato cuál era la entrada

menos llamativa; por la puerta principal solo cabía la posibilidad de entrar por la fuerza y eso podría hacer saltar las alarmas.

Después de aparcar las motos dos calles más abajo, nos dirigimos hacia la puerta del garaje. La entrada de la residencia apareció delante de nuestros ojos. Solo había una valla con una puerta que conducía a un gran estacionamiento y al otro extremo del edificio, una rampa que bajaba al sótano.

Sentí mi estómago retorciéndose a causa de los nervios. Estaba bastante seguro de que sería un verdadero caos el momento en que encontrásemos a esos malditos salvajes.

Éramos alrededor de veinte personas, armados y dispuestos a luchar para salvar la vida de Amelie y acabar con los miembros de los Skulls.

Justo en ese momento, apareció una furgoneta blanca con el logotipo de una conocida cadena distribuidora de comidas caseras. Estacionó en frente de un punto de control donde había una cámara de vídeo. Pasaron unos cuantos segundos hasta que las puertas del garaje se abrieron. Chase dio la señal y corrimos detrás del coche hasta alcanzar los ascensores. Había solo dos y algunos se vieron obligados a coger las escaleras. No sabía qué nos esperaba en aquel sótano, pero ya nada podía detenernos.

—¿Ves algo? —susurró Travis a mis espaldas.

—Nada, demasiado oscuro.

Sabía que el peligro podría aparecer en cualquier momento, así que decidí mantenerme alerta.

Deslicé mis manos por las paredes frías y localicé un interruptor. Lo pulsé y fuimos recompensados con un torrente de luz brillante.

El sótano lucía limpio, con elementos típicos de una lavandería; estantes de productos de limpieza, lavadoras y secadoras en cada rincón, sillas y armarios sin puertas donde se podían ver montones de sábanas blancas.

Comprobamos nuestras armas y empezamos a revisar las puertas dando patadas. Había diez en total, y las primeras cinco estaban vacías. Era típico de

muchos edificios de la zona que el sótano fuera tan grande y que estuviera situado bajo tierra con las ventanas por encima del nivel del suelo.

Cuando llegamos al final del pasillo, Chase y dos hombres más se posicionaron a cada lado de la puerta.

Levanté mi pistola y me coloqué delante de Travis.

Chase recibió un mensaje y levantó una mano en el aire.

—Chris tenía dos camionetas aparcadas en la calle. Se escapó hace unos pocos minutos, pero ya lo están siguiendo —dijo con un gruñido.

—Iremos a por él. —Di un paso hacia delante—. Si mi hermana está aquí, y si está... Viva, Travis la llevará al hospital. Nosotros iremos detrás de ellos. Tengo que hacerles pagar.

La puerta dio un sutil chasquido cuando la abrieron pero no dudamos ni un segundo en adentrarnos en la habitación. Parpadeé rápidamente a medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad y a no más de tres metros de distancia de mí vi una vela encendida. Al lado había dos bombonas de gas atadas alrededor con una cuerda gruesa, y dos bidones de gasolina.

—Huele a combustible. —Chase encendió una linterna y se acercó a la ventana. Apagó la vela y cerró las bombonas de gas—. Malditos hijos de puta —graznó—. Planeaban estallar este lugar.

—Los voy a matar —gemí.

Sin embargo, todo mi instinto asesino se desvaneció de forma instantánea cuando escuché un sollozo a mi derecha. Volteé sobresaltado para encontrarme con mi hermana desconsolada y arrodillada delante de un radiador de hierro. Ella miraba el suelo, afligida, mientras que su incontestable llanto le causaba un fuerte hipo.

Al verla así, un dolor profundo me invadió y sentí algo romperse en mi interior.

—Amelie.

Me agaché delante de ella y dejé la pistola en el suelo. Tomé su rostro en mis manos y la examiné. No la habían golpeado, ella estaba bien; eso era todo

lo que necesitaba para seguir adelante.

—Duele... Jasper...

Ella se movió y mis ojos bajaron a sus piernas atadas. En el muslo izquierdo había un corte profundo que no paraba de sangrar.

—Estarás bien.

Le hice señas a Travis para que se acercara y entre los dos trabajamos en las ataduras para liberarla. Le di un beso en la frente y la sostuve contra mi pecho durante unos largos minutos, arropándola como a un niño. Sus brazos eran fuertes, rodeándome el cuello y sosteniéndome tan fuerte como yo a ella. Me sentía aliviado, pero culpable. No obstante, no era el lugar ni el momento para empezar a pedir disculpas. Ella necesita ir al hospital y recuperarse cuánto antes.

—Llévatela y no le quites el ojo de encima —le dije a Travis.

Él asintió y la tomó en brazos con cuidado. Mi hermana me miró por encima de su hombro y su mirada preocupada encontró a la mía.

—Ten cuidado —susurró.

Todo lo que pude hacer en aquel momento fue observar como Travis abandonaba el lúgubre lugar con ella en sus brazos.

CAPÍTULO 23

Jasper

Habíamos salido de la residencia y después de conducir unos veinte kilómetros, encontramos motocicletas tiradas en el medio de la carretera y varios hombres peleando en el arcén. Era una verdadera batalla campal, donde se veían puñetazos y cortes de cuchillo, pero nadie disparaba; no querían alertar a los policías. Se escuchaban maldiciones, amenazas y respiraciones pesadas. Entre ellos, vi a Chase luchando contra Chris.

Me bajé de la moto para acercarme a ellos, pero fui interceptado por el hermano de Gabe. Empujé su mano y cambié mi peso de un pie a otro para esquivar sus puños. Él se abalanzó sobre mí y caí de espaldas hacia atrás. Un dolor estalló en mis hombros y cada músculo de mi cuerpo se tensó.

Mi cabeza estaba mareada y traté de levantarme, pero alguien tiró de mi brazo izquierdo tan fuerte que solté un chillido.

—¡Hijo de puta! —vociferé.

Miré hacia atrás, al hombre que me había agarrado y maldije entre dientes. Los ojos de Chris estaban encerrados en los míos mientras trataba de recuperar el aliento. Recordé que estaba peleando con Chase y lo busqué con la mirada. Lo vi tendido en el suelo con Vincent y Travis a su lado.

—¿Qué demonios le hiciste?

Me puse de pie y me lancé sin dudar, dándole un fuerte puñetazo en el rostro. Chris se echó hacia atrás y dejó escapar un suspiro cargado de furia.

—Intenté matarlo, pero ese maldito es más fuerte que una roca. —Él soltó una risa maliciosa—. Pero te mataré a ti y luego iré a por Sarah y a por tu familia.

Chris sacó un cuchillo de su bolsillo y la hoja salió con un siseo.

—No lo conseguirás. Rajaré tu cuello antes de tener la oportunidad. Te

voy a destrozar y voy a machacarte hasta enterrar tu puto culo bajo tierra — amenacé con voz ronca mientras sacaba mi cuchillo.

No le tenía miedo. Había luchado contra hombres más grandes y fuertes. Y además, había aprendido a utilizar la cabeza para pelear, no solo los puños, el cuchillo y la pistola. Nunca me acercaba demasiado y jamás subestimaba a un contrincante.

Avancé los pasos necesarios para saltar a un lado y asestarle un derechazo en la boca. Levanté el brazo para parar el cuchillo y la lluvia de puñetazos, pero uno de los golpes alcanzó mi mentón y el dolor me distrajo y no me dio tiempo a retroceder. Y antes de que pudiera esquivarlo, el cuchillo rajó mi antebrazo derecho provocándome un dolor tan fuerte, que parecía fuego recién prendido.

Me tambaleé hacia atrás y rechiné los dientes. La sangre manaba a chorros y el escozor era fuerte y real. Intenté golpearlo, pero me faltó fuerza y el impacto de un puño duro como la piedra estalló en mi estómago. Perdí el equilibrio y caí pesadamente al suelo.

Chris se acercó y me agarró por el brazo herido. Colocó el cuchillo bajo mi barbilla y dijo con pesar:

—¿Esto es todo lo que puedes hacer?

Lancé un rugido de rabia y le clavé el cuchillo en el pie. Me abalancé sobre él y le golpeé el jodido rostro hasta que sus ojos se cerraron. Los cuchillos volaron lejos, solo podíamos usar los puños. Levanté mi rodilla y la choqué contra su barbilla, luego le asesté otro golpe en el estómago.

Aunque Chris se tambaleó, no se derrumbó.

Mis puños palpitaban, la herida sangraba a chorros y apenas podía respirar. Pero no quería parar. Con toda la fuerza que pude reunir le lancé un golpe en la mandíbula. Solo se escuchó el soplo de aire que él había escupido a causa del impacto.

Chris cayó de rodillas como un peso muerto. Aproveché el momento para coger el cuchillo y sin compasión alguna se lo clavé en el estómago, debajo de

las costillas. Rugí como una fiera y moví el cuchillo en la carne varias veces hasta que se extravió su mirada.

—Jasper, para. —Travis tiró de mi brazo y el cuchillo cayó al suelo—. No lo mates, maldita sea.

Retrocedí y me quedé mirando a Chris durante un instante. No había muerto, respiraba con dificultad pero no lo había matado aunque esa había sido mi intención desde el principio. Había atravesado un infierno para llegar hasta él y hacerle pagar por haber lanzado a mi hermana pequeña a un maldita pesadilla.

Se produjo un momento de tenso silencio y antes de que alguien pudiera reaccionar, hubo una repentina luz brillante acercándose.

—Tenemos que irnos. —Travis tiró de mí—. La policía está aquí.

—Tengo que matarlo —gruñí.

—No lo hagas, joder. Están acabados... —Respiró hondo—. Los que no están muertos terminarán en prisión. Dejamos al lado de las motos tres kilogramos de cocaína. La trajeron *Los Hannibals*.

Pasé una mano sobre mi cabello y bajé la mirada hacia Chris. Sabía que no valía la pena quitarle la vida, terminaría entre rejas y no quería que mi familia sufrieran más por mis malas decisiones. Sin embargo, no me importaba si nunca volvía a ver la luz del día mientras ellos estuvieran bien.

¿Valía la pena quitar una vida, aunque fuera justificada, y quedarse con una carga pesada para el resto de la vida? No sabía que responder a eso y tampoco tenía tiempo para pensarlo.

—Vamos.

Fui bruscamente tirado de mis pies y no tuve la oportunidad de terminar lo que había empezado porque Travis me empujó en dirección opuesta.



—Deja de mirar ese puto teléfono y acuéstate en el sofá —bramó Chase mientras intentaba sostenerme de pie.

El dolor de la herida era molesto, pero no quería hacer nada hasta tener una maldita señal de Travis. Él se llevó a Amelie al hospital, pero no me había llamado para decirme si todo estaba bien.

—Necesito hablar con Travis —gruñí.

—Lo haré yo, maldita sea. Deja de preocuparte y hazme caso. —Me arrastró hasta al sofá—. Siéntate, la herida pinta muy mal.

—¿Sabes algo de Chris? —pregunté mientras me sentaba. Levanté el brazo para no hacerme daño y solté una maldición. El dolor era más intenso, hasta el punto de dejarme sin aliento.

—Hablé con Kate y me dijo que lo llevaron preso. No saldrá en años, tiene varias denuncias por extorsión.

—Bien...

Escuché la puerta abrirse y pasos rápidos acercándose. Parpadeé un par de veces para ver por qué había tanto alboroto de repente, pero me sentía tan cansado y débil que no fui capaz de mantener los ojos abiertos. Mi estómago comenzó a bramar en señal de protesta y me sentía mal.

No recordé nada después de eso.



Había un ruido confuso que sonaba al lado de mi cabeza. Era tan molesto que me vi obligado a abrir los ojos.

—¿Dónde estoy? —susurré—. ¿Qué ha pasado?

Miré el reloj de madera que había encima de la mesita de noche y gruñí. Quería agarrarlo y estrellarlo contra la pared, pero no podía moverme, mi cuerpo estaba entumecido.

—Estás en tu cama, tranquilo —dijo Sarah mientras se agachaba para

quedar a mi altura.

Intenté moverme pero sentí una fuerte punzada de dolor en el brazo derecho.

—No te muevas. La herida se puede abrir.

—¿Por qué estás aquí? —Conseguí decir a duras penas—. Te dije que no quería volver a verte.

—Me da igual. —Sonrió y me agarró de la mano. Se sentó en el borde de la cama y se mordió el labio—. Me necesitas.

Sentí mi respiración estremecerse y apreté su mano. No me di cuenta cuando sucedió, pero ella se había estirado a mi lado y había colocado su cabeza encima de mi pecho.

Intenté removerme lejos de ella, pues no podía permitirme albergar de nuevo esperanzas para ser rechazado al final.

—Jasper... Quiero que me escuches.

Enterró la nariz en mi cuello y las ondas rubias de su cabello se esparcieron por mi pecho. Sentí la humedad de su rostro y me quedé quieto; ella estaba llorando. No dije nada, pero sentí un fuerte deseo de abrazarla. No podía mover el brazo, así que tuve que quedarme en aquella posición hasta que ella decidió hablar de nuevo.

—Mi diabetes no empeoró, estoy bien —murmuró—. Pero no puedo tener hijos—. Levantó la cabeza y pude verla luchando contra las lágrimas. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron como rocas—. No podemos tener un futuro juntos, por eso te rechacé siempre. Tú quieres tener una familia, me lo dijiste tantas veces.

—Dios, Sarah. —Me incorporé para mirarla a los ojos—. ¿Me alejaste tanto tiempo por esto? Sí, quiero tener hijos, pero también te quiero a ti. —Mi voz rompió cuando lo dije—. La vida es un suspiro y parece que hace poco éramos niños, inocentes y con grandes planes para cuando fuésemos mayores. Pero eso no significa que no podamos construir juntos un sueño, adaptarlo a nuestras posibilidades y que sea solo nuestro. Esto no acaba aquí, dulzura.

—Lo siento. —Su rostro se desmoronó—. También te quiero. Siempre lo hice. —Sollozó—. Quiero al chico tímido pero también al malo. Me enamoré de los dos. —Ella puso la palma de su mano encima de mi pecho—. Si no es demasiado tarde, me gustaría hacer feliz este corazón. Sanarlo y devolverle la ilusión.

—No es tarde, aunque casi acabas con mi paciencia. —Mi voz era suave. No quería romper la magia del momento, por primera vez nos decíamos las cosas sin miedo.

Me moví un poco y con la mano izquierda toqué su mentón y elevé su cabeza. Presioné mis labios contra su cabeza y cerré los ojos. Lo único que quería era quedarme así para siempre y nunca dejarla ir.

—Si vamos a hacer esto, tendrás que mantenerte lejos de esta vida peligrosa y de tomar riesgos. No quiero que vivas cada día como si fuera el último porque me importas demasiado y no quiero perderte.

—¿No quieres que sea un chico malo? Acabas de decir que estás enamorada de él. —Sonreí.

—Lo estoy y a pesar de sentirme segura con él, prefiero al chico tímido. —Su boca se levantó por un lado—. Te quiero y no voy a decirte cómo comportarte conmigo, pero tienes que recordar que ahora tus acciones me afectan a mí también. Nunca voy a pedirte que seas un buen tipo o que dejes el club, pero sí voy a pedirte una vida tranquila.

—Pides mucho. Además... No he dicho que te haya perdonado. Solo que no me importa si vamos a tener hijos o no.

Ella se alejó y parpadeó mientras escrutaba mi rostro. Su expresión cambió, volviéndose más dura pero sin perder su suavidad.

—Entonces, tendré que irme...

—No vas a ir a ningún lado, dulzura. —Puse la mano sobre su costado y la atraje hacia mí—. Nunca más.

—Lo siento —susurró—. Rompí tu corazón tantas veces... Y lo que más me dolía era saber que yo era la causa de eso. Nunca encontré el momento

para decírtelo, pero tampoco quería hacerlo. Quería que fueras libre.

—Te extrañé tanto... Extrañé esto, Sarah.

—Yo también. —Limpió las lágrimas de sus mejillas y sonrió.

—Entonces, no me hagas sufrir más y bésame.

—Suenas interesante. —Inclinó la cabeza y me besó lentamente. Nuestras lenguas se enredaron hasta que se le escapó un suspiro. Se apartó y se bajó de la cama.

—Tengo que avisar a los demás —dijo con voz estrangulada—. Están esperando a que salga de aquí con noticias.

—Vuelve aquí, dulzura. No me dejes así —gemí.

—Descansa. Vendré más tarde a traerte la comida.

Me miró divertida y me sopló un beso, luego abrió la puerta y salió.

Dije su nombre en voz alta y sonó como un canto sin aliento después de una carrera. Esa mujer era el centro de mi universo y estábamos destinados a estar juntos. Veía lo bueno en todo, incluso en mí.

Sarah no solo era mi alma gemela sino la dueña de mi corazón. Ella lo había roto muchas veces, pero solo tuvo que decirme que me quería para que todo quedara olvidado. Yo no era perfecto, no formábamos la pareja perfecta pero nos amábamos y juntos podríamos superar cualquier obstáculo. Incluso ese secreto que había guardado durante tantos años.

CAPÍTULO 24

Jasper

Una semana más tarde

Me quité el cabestrillo y estiré la mano. Ya no sentía dolor, solo un calor latente que adormecía mi brazo de vez en cuando. Me acerqué a la terraza y vi a Sarah en el balcón, dándome la espalda.

Me tomé un momento para disfrutar de la vista porque llevaba una camiseta naranja con el logotipo de *Free Souls* y su cabello rubio estaba esparcido por toda su espalda. Se veía muy picante y sensual.

Ella había pedido unos días libres en el trabajo para estar conmigo y ayudarme a funcionar como una persona normal. Pero lo que ella no sabía era que en vez de cuidarme, me había torturado.

Fue difícil resistirme a la tentación de besarla y de tocarla. Ella se había mostrado muy profesional y no quise hacer nada para no hacerla sentir incómoda. Pero mi paciencia había llegado a su fin y a parte de haberme quedado sin energía, me ponía cada vez más irascible.

Mi casa se había convertido en un albergue. Vincent dormía en la habitación de abajo, Colin en el sofá del salón, Sarah y Freya en el cuarto de invitados y mi hermana en la habitación de al lado.

Era imposible encontrar un momento de intimidad con ella.

—¿Sarah? —dije su nombre en voz baja y me moví un poco más cerca—. ¿Pasa algo? Te fuiste de la cocina sin decir nada.

Ella se dio la vuelta y parpadeó hacia mí.

—Te echo de menos —susurró y miró por encima de mi hombro—. Duermo muy mal con Freya en la habitación y tú... Tú duermes solo por las noches. Tienes toda esa cama grande para ti.

Me eché a reír y di un paso hacia atrás porque su expresión parecía triste y un poco avergonzada.

—Lo que quieres es colarte en mi cama, ¿verdad? —pregunté con una gran sonrisa—. Pero hay consecuencias. Una vez dentro, tienes que someterte a mis deseos si quieres quedarte.

—Quiero quedarme. No me quejaré.

—Voy a cerrar la puerta, Sarah y no vamos a salir de aquí hasta mañana. Esperé demasiado tiempo.

No dijo nada, solo me estudió durante un minuto, antes de decir:

—Perfecto.

Ella me amaba. Siempre lo había sentido, creyéndolo incluso cuando me decía que no quería verme más. Por eso no había dejado de luchar por ella y me había mantenido al margen de los problemas. Nunca había buscado otra mujer porque sabía que algún día, Sarah iba a ser mi novia.

Di unos pasos hacia delante y me incliné lo suficiente para poder rozar mis labios contra los de ella. Ella soltó un pequeño gemido y extendió la mano para entrelazar sus dedos en mi cabello. La mantuvo donde estaba y me devolvió el beso. Devoré su boca poco a poco hasta que ella se aferró a mi cuello. Lo hice lento, vertiendo hasta la última gota de amor que sentía por ella.

Me ayudó a quitarme la camiseta y los pantalones, luego me llevó con ella hasta la cama. No me conformé con los besos por mucho tiempo, y agarré el borde de su camiseta y la obligué a quitársela. Desaté mi lengua sobre sus pechos, lamiendo y chupando con una intensidad febril que logró sorprenderla.

—Parece que voy a tener un trocito del chico malo —murmuré ella con voz ronca.

—Dejaré que el chico tímido también tenga parte de acción. —Sin ninguna prisa froté mis pulgares sobre la cremallera de sus pantalones vaqueros. Ella se retorció y gimió cuando mis manos agarraron la tela con fuerza y se los arranqué de golpe.

—Joder, me estás matando.

—Lenguaje, señorita —grazné—. Intento controlar mis modales contigo y hablar bien. No sé cuánto tiempo aguantaré si me corrompes.

—No tienes que cambiar por mí. No me importa si de tu boca salen solo palabrotas, lo que importa es lo que haces con ella.

—Tendré que controlar tu mente también. —Me eché a reír.

—Deja de hablar, joder —gruñó—. Estos días hicimos solo esto, quiero sexo.

—¡Maldita sea, Sarah! No estás ayudando...

Me acomodé entre sus piernas y gimió en voz alta cuando mi erección presionó su clítoris. Dejé todo mi peso sobre mi brazo izquierdo para extender la mano y acunar sus pechos, apretando suavemente y rozando los pezones con el dedo pulgar.

Continué jugueteando mientras frotaba la entrada con mi miembro duro hasta que no aguanté más y empujé hacia dentro. Sus uñas se clavaron en mi espalda y mis embestidas tomaron un ritmo placentero.

Todo fue muy rápido hasta que pensé que había perdido la razón. La amaba con locura, me maldije a mi mismo cuando me di cuenta de que estaba ansioso por tomarla de forma sucia. A ella no parecía importarle, pero siempre había pensado que ella no se merecía nada de eso.

—No pares, por favor.

—Todavía no, dulzura. Vamos disfrutar de esto un poco más. —Rodeé en la cama, arrastrándola encima de mí.

—Pero...

—Shhh. —La callé con un beso y nuestras lenguas se entrelazaron en un baile húmedo y resbaladizo. Su piel era suave, casi tan suave como la de un bebé cuando nuestros labios se tocaron.

Mis manos se movieron sobre sus pechos, explorando los suaves montículos y los duros pezones. Sonrió contra mis labios, claramente disfrutando del momento. Arqueó la espalda y empezó a frotarse contra mí.

—Se siente tan bien... —murmuró mientras aumentaba el ritmo.

Nos balanceamos juntos, sin dejar de acariciarnos y besarnos hasta que se corrió. Gritó mi nombre cuando el orgasmo la golpeó, sofocando el sonido de su liberación. Hizo un ruido que podría haber sido risa y se inclinó para besarme.

—Te quiero. —Me miró a los ojos, deslizando sus manos desde mi pecho para poder ahuecar mi cara en sus manos.

—Te quiero, también —susurré.

Ella selló su boca sobre la mía y luego agarró mi miembro con sus manos. Sentí una pausa por un segundo cuando su palma se deslizó sobre la cabeza haciendo imposible tener cualquier tipo de pensamiento lúcido. Sarah besó mi cuello mientras que su mano me tenía enredado y perdido.

La sentí cambiar de peso y fijó sus ojos en mí cuando dejó que mi miembro entrara en su húmedo y resbaladizo canal. Ella estaba apretada, demasiado sofocante.

Sus manos se engancharon en mi cuello y empezó a moverse de una forma ondulante. Todo su cuerpo vibraba y estaba completamente enloquecido. Tiré de sus caderas y el ritmo cambió, se volvió caótico y frenético. Susurré su nombre mientras sentía el orgasmo desencadenado mi propia liberación.

—Puedo morir como un hombre feliz —jadeé.

Suspiré de satisfacción y envolví mis brazos alrededor de ella. Después de unos minutos, Sarah se quedó dormida y me quedé escuchando la inhalación y exhalación constante de su aliento en mi oído hasta que caí en un sueño profundo a su lado.

CAPÍTULO 25

Jasper

Me desperté cuando escuché gritos provenientes desde el otro lado de la puerta. Miré hacia abajo, a la preciosa mujer que respiraba lento y profundo contra mi pecho y sonreí. Su incontrolable enredo de cabello rubio estaba rozándome la barbilla y una de sus manos estaba descansando encima de mí miembro. Mi erección matutina vibró debajo de su palma y ella gimió.

Posicioné mis manos en su culo y apreté con fuerza para despertarla.

—Quiero dormir un poco más, hoy tengo turno de tarde —se quejó, su voz era más ronca de lo normal.

—Está bien, dulzura. —Mis dedos acariciaron la suave piel con hambre—. No sabes lo que te pierdes.

Los gritos se hicieron insoportables y ella se acurrucó a mi lado mientras intentaba tapar su cabeza con una almohada.

—Haz que pare, por favor.

Besé su hombro desnudo y me deslicé fuera de la cama. Me puse una camiseta y un pantalón de chándal gris. Me coloqué el cabestrillo y abrí la puerta.

Olía a humo y a cerveza. Odiaba en lo que se había convertido mi casa. Lejos quedaba la tranquilidad y los aromas florales de mi madre.

Bajé el último escalón y recorrí el salón con la vista hasta que encontré el escándalo. Mi corazón dejó de latir y dejé caer la mano hacia abajo cuando vi a Ángela y a Stephanie apuntando con la pistola a Colin.

—No te muevas —le gruñó Stephanie—. Ni un paso más o disparo.

—Suelta el arma —dijo Vincent y giré la cabeza.

Él se acercó con pasos cautelosos, con la mirada fija en ella. Vi que tenía la mandíbula apretada, como si algo le hiciera imposible respirar. Cuando dio

otro paso vi la camiseta empapada de sangre. Parpadeé lentamente intentando enfocar. Me tomó un momento entender lo que estaba sucediendo.

—Yo... Lo siento —dijo ella y tiró la pistola al suelo—. Perdóname, Vince... Yo no quise disparar.

Enseguida él se agachó y tomó el arma, luego se acercó a Ángela y le arrancó la pistola de sus manos.

—Esta mierda no os la voy a perdonar en la vida. —Las miró durante unos segundos antes de darse la vuelta.

—Lo siento —susurró Stephanie—. No sabía que Marco nos estaba siguiendo.

—Me importa una mierda vuestro drama —rugió Colin y se impulsó hacia delante para agarrar a Angela por el cuello—. Quiero que me digáis dónde está Freya.

Yo me quedé de piedra. No sabía qué demonios estaba pasando. Era verdad que apenas vi las caras de mis amigos en los últimos días y que no hablé mucho con ellos. ¿Y quién coño era Marco?

—Freya no quiere verte —dijo ella mientras lo empujaba hacia atrás—. Hazte a la idea, idiota. Le hiciste demasiado daño. Es hora de que viva un poco.

—¿Quién coño crees que eres, puta? —Agarró su muñeca y la retorció—. No la conoces, no sois amigas... No eres nadie para ella.

—Puede que sí, pero me necesita más que a ti. Sé por lo que está pasando, estuve en su lugar y lo que más añoré en aquel tiempo, fue a alguien quien me entendiera. Todos los hombres que pertenecen a un club de moteros son unos jodidos salvajes, se aprovechan de las mujeres y las tratan como si fueran posesiones. Freya necesita un respiro de todo esto.

—¿Respiro? —La sacudió—. ¿Haciendo qué? ¿Desnudándose como una puta delante de los hombres?

—Ella no actuará en los espectáculos, pero pertenecerá a la banda *Bandidas*. Y será intocable para cualquier hombre. Sabes que una vez que

tengas un parche de algún club, nadie se meterá contigo. Ella lo lleva en la sangre. La he visto montar en moto, lo disfruta.

—¡No sabes una mierda! No puedes quitármela.

—Puedo y lo haré. Soy capaz de cualquier cosa para salvar un alma inocente de salvajes como vosotros.

—Vete de aquí. —Colin la empujó con fuerza—. Y llévate a la zorra de tu amiga. No eres bienvenida aquí. Declaraste la guerra a los *Free Souls* y la vas a tener. Si vuelvas a pisar el territorio de Texas, estás muerta.

Angela retrocedió y agarró a Stephanie por el brazo.

—Lo siento, Vince. Tuve que hacerlo. —Sollozó Stephanie.

Vince se acercó a ella y le agarró la barbilla con los dedos. Su agarre era fuerte, la piel de Stephanie se había quedado sin color en aquel lugar.

—La misma advertencia es válida para ti también. Si vuelas a Texas, te mataré.

Ella cerró los ojos con fuerza y sollozó.

—Vámonos. —Ángela tiró de ella—. No vale la pena llorar por un desgraciado.

Ellas abandonaron la casa y aclaré mi garganta.

—¿Que demonios es todo esto? ¿Qué me he perdido?

Sentí unos brazos rodeando mi cintura y giré la cabeza. Sarah colocó su barbilla en mi hombro y gimió bajito.

—No puede descansar con todo este embrollo. Tendré que volver a mi casa —suspiró.

—Una ayuda aquí, hermana —dijo Colin mientras ayudaba a Vincent sentarse.

Sarah se tensó y se despegó despacio de mí, pero no me soltó.

—¿Qué ha pasado? —susurró con voz trémula.

—Eso estoy intentando averiguar. —Tomé su mano y caminé con ella a mi lado hasta que llegamos delante del sofá.

—¿Es un herida de bala? —preguntó ella y se agachó delante de Vincent

para examinarla—. Necesito agua caliente, desinfectante, gasas, un cuchillo afilado, aguja y una pinza.

—Ahora mismo —dijo Colin mientras salía corriendo hacia la cocina.

Me senté al lado de Vince y lo miré.

—Empieza a hablar —gruñí—. No quiero más mierdas cerca de mi hermana. Ahora está en el instituto, pero cuando vuelva quiero tranquilidad. Apenas se recuperó. —Solté una maldición—. Tenemos suficiente con Chase en estado grave en el hospital. Chris no le había tocado el corazón de milagro. Sarah dice que mañana lo operan otra vez.

—Lo siento, *amigo*. Yo no planeé esto.

—Dime porque ellas estaban aquí.

—Cuando Ángela y Stephanie llegaron a Texas, pasaron por la peluquería de mis padres. Yo estaba allí, y bueno... —Se pasó una mano por la cara—. Invité a Stephanie a tomar unas copas. No sabía que formara parte de una banda, hasta que vi un espectáculo. Me molestó que me hubiera mentido, y no estuve de acuerdo con que viviera de desnudarse en un escenario delante de miradas hambrientas y salvajes. Pensé que teníamos algo, no sé... Esto es jodido. Dejé de verla hasta que le dieron la paliza a Angela. Sentí lástima por ellas y las visité varias veces en el hospital. En una de esas noches llevé a Stephanie a su casa y me quedé con ella... Nos acostamos, en fin. Eso ya da igual porque al día siguiente me encontré con una pistola apuntando mi cabeza. Era Marco, el tío narcotraficante de ella, y un jodido miembro de un cartel de New Orleans. No me mató por suerte. Stephanie se había puesto a llorar e implorar por mi vida. No sé cómo conseguí salir de esa casa.

—Jodida mierda. Por eso ellas tenían tanto dinero.

—Pensé que todo había terminado, hasta hace poco cuando me encontré a Stephanie en la terraza de mi casa. Se veía horrible y no paraba de llorar, pero no dudó ni un segundo en apretar el gatillo. Esa zorra intentó matarme.

Sarah levantó la mirada hacia nosotros y atrapó mis manos. Ella temblaba y el horror en sus ojos confirmaban que estaba asustada.

—Intenté agarrarla, pero salió corriendo. Me la encontré aquí, apuntando a Colin con un arma.

—¿A mi hermano? —La voz de Sarah salió ahogada.

—Freya se juntó con ellas y se fue —dije con voz cansada.

—¿Cómo qué se ha ido? —chilló—. Anoche estaba aquí, hablé con ella y estaba bien.

—Al parecer discutió otra vez con tu hermano —dijo Vince sin nada de entusiasmo en su voz.

—No entiendo nada. —Se puso de rodillas y levantó la camiseta de Vince. Dio un suspiro tembloroso y tomó las gasas que le había traído Colin—. ¿Le pediste perdón? —Su mirada se lanzó a su hermano, quien se había quedado parado detrás de ella.

Colin dejó todas las cosas en el suelo y se rascó la nuca. Se movió con nerviosismo y bajó la mirada.

—No tuve tiempo, bueno... Lo intenté, pero fue imposible hablar con ella.

—Te arrepentirás. Puede que no la vuelvas a ver nunca más.

—Sobreviviré. —Le dio un beso a su hermana en la mejilla y luego me miró—. Volveré a casa. Necesito un tiempo para ordenar mis pensamientos. Nos vemos en la boda.

La boda... Había olvidado que Austin y Kate se casaban dentro de una semana.

Él salió de la casa y miré a Sarah. Mordía su labio inferior mientras intentaba meter hilo en el minúsculo agujero de alfiler. Se veía tan simpática e inocente que me entraron las dudas. Stephanie había dicho que los motoristas acostumbrábamos a tratar a nuestras mujeres como posesiones. ¿Hacía lo mismo con Sarah? ¿La privaba de su libertad y de su libre albedrío?

No quería pensar que sí, pero no había duda de que la quería con todo mi corazón. Nuestro amor infantil sobrevivió, pero el amor maduro y pasional que se había desarrollado en tan poco tiempo, ¿podría quedar en pie?

Entonces Sarah me sonrió y supe que lo íbamos a conseguir. Ella tenía un poder sobre mí que nadie más podía tener.

EPÍLOGO

Sarah

Tres meses más tarde

Miré la chaqueta de cuero de Jasper y recorrí con los dedos las letras desgastadas del nombre del club. Él había cumplido con su promesa y no había regresado al bar, ni siquiera montaba en su moto cuando iba a trabajar en la tienda de sus padres. ¿Echaba de menos al chico malo y rudo que me llevaba al límite?

Sí, demasiado.

Me había quedado a vivir en su casa para dejarle espacio a mi hermano. Y era muy feliz con Jasper, pero faltaba algo.

Sabía que él había cambiado porque yo se lo había pedido. También lo hacía porque quería protegerme. ¿Pero a quién intentaba engañar? Yo me había enamorado locamente del chico malo. El hombre intenso y oscuro que hacía vibrar mi cuerpo. Y vaya que lo echaba de menos.

Había hablado con Chase para que me hiciera una chaqueta con el logotipo del club y había aprendido a manejar a escondidas una moto. Sí Jasper quería privarme de ese lado salvaje que tenía y el que me volvía loca, tendría que sacar mis garras y tomar las riendas de la relación. ¿Podría ser mala? No estaba muy segura de aquello, pero podría lucir jodidamente caliente y hablar rudo y sucio como un motero. Había aprendido de los mejores. Había estado rodeada de motos y hombres peligrosos toda mi vida, y no iba a cambiar aquello solo para tener la vida perfecta que lucía la gente pija de la ciudad.

No quería perfección, sino amor puro y verdadero, intenso y oscuro, jodido y peligroso.

Tomé la chaqueta de cuero de Jasper y la coloqué debajo del asiento de su motocicleta. Me puse la mía, personalizada con el nombre de *Free Souls* y respiré hondo. Amaba el olor a cuero y a sexo duro. Solo faltaba encontrar a mi amor para que todo tuviera sentido de nuevo.

Conduje por la ciudad y disfruté de la sensación y de la libertad que me proporcionaba aquel viaje. La experiencia de conducir se había hecho muy auténtica, sentía el viento en mi pelo y el calor de sol en mi piel. Entendí porque los hombres amaban montar en moto.

Eran casi las nueve y media cuando llegué delante de la tienda *Maravillas*, donde trabajaba Jasper y traté de mantener la compostura. Las luces estaban encendidas lo que significaba que él seguía dentro.

Me sacudí el cabello para darle más volumen a mis rizos y me quité las gafas de sol.

Justo en ese momento la campanilla de la puerta sonó y mis ojos encontraron a los de Jasper. Llevaba puesta una camiseta negra, sencilla y unos vaqueros grises desgastados y rotos en algunos lugares. Sus tatuajes le daban un poco de rudeza, pero lo que más me gustaba, era su mirada en aquel momento; confusa y ardiente. Se quedó allí mirándome como si no diera crédito a lo que veía, como si todos sus sueños se hicieran realidad de golpe.

Me bajé de la moto y me di la vuelta para que viera las letras de su club.

—Eso es jodidamente caliente, dulzura. ¡Mierda! Estoy duro.

—Entonces baja y muéstramelo. Llévame en la moto como me prometiste a los quince años.

Me di la vuelta y me lo encontré delante de mí. Su cara de sorpresa nunca se borrará de mi memoria.

—Nunca he visto algo tan precioso en mi vida —dijo y me pareció oír un toque de ansiedad en su voz—. ¿Estás segura de esto, amor?

—Sí...

—Si llevas la chaqueta con el logotipo del club no solo significa que eres miembro, también significa que perteneces a alguien. Significa que todo lo que

haces pasa a ser nuestra responsabilidad.

—Lo sé y quiero esto. Quiero que vuelvas al club, con tus hermanos, quiero que seas el chico malo que me hizo el amor como si su vida dependiera de aquello y quiero que seas mi hombre. Solo mío y de nadie más.

—Volveré con una condición. Que estés a mi lado siempre.

—Siempre, amor.

Sobre la autora



Alina Covalschi nació el 29 junio 1982 en Rumania, aunque actualmente reside en Madrid. Apasionada de la lectura y con una gran imaginación para crear historias.

Compaginando el trabajo con la escritura, escribió sus primeros libros en una conocida plataforma sumando actualmente treinta libros.

Sus géneros favorito son: el romance, paranormal y ciencia ficción. Ama leer y escribir, sobre todo libros donde los personajes pueden transmitir y hacer que el lector sienta algo.

Entre sus otras aficiones está dibujar, leer y viajar. Siempre le ha gustado crear.

Bailando con el demonio (2017) es su primera novela, editada en formato ebook por Selección RNR. Su segunda novela, *Soñando con el*

demonio(2017) publicada igualmente por Selección RNR y *El secreto*(2018). Bajo el sello Selecta de Penguin Random House, publicó *Un asesino enamorado*(2018) y *French Kiss*, que verá la luz en marzo de 2019.

Otros libros publicados: *Canta para mí, Austin*.

Agradecimientos

Esta historia es lo que es gracias a mi amiga Beatriz Gutierrez. Gracias por tu amabilidad, tu paciencia y las horas que has dedicado a mi trabajo. Te estaré eternamente agradecida por lo que has hecho.

También quiero agradecer a todos ustedes que invierten su tiempo en leer esta novela .



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

